

ISABELLE AUTISSIER



DE REPENTE, SOLOS

«Una novela palpitante sobre la supervivencia del ser humano.» *Le Figaro*

Lectulandia

Un Robinson Crusoe moderno: la acérrima lucha de una pareja de náufragos por la supervivencia.

—Cuando tu vida está en juego, solo hay dos opciones: adaptarse o morir—.

Louise y Ludovic han invertido un año de sus vidas en realizar el sueño de dar la vuelta al mundo a bordo de su embarcación, *Jasón*. En la recta final de su periplo deciden recalar en la Isla San Pedro para visitar la antigua y desierta estación ballenera y astillero de Stromness.

Sorprendidos por una tormenta, la pareja resuelve pasar la noche en tierra, confiando en poder retomar su travesía al día siguiente. Sin embargo, al despertar, *Jasón* ha desaparecido. No hay rastro del navío, y eso solo puede significar una cosa: están atrapados e incomunicados en mitad del Océano Atlántico. El uno con el otro y, pese a todo, solos.

Como dos Robinson modernos, Louise y Ludovic tendrán que luchar por su propia supervivencia. La suya será una batalla incesante contra los elementos y la faz más salvaje de la naturaleza que a su vez los llevará hasta los límites de la moral, el amor y el sacrificio.

Lectulandia

Isabelle Autissier

De repente, solos

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2018

Título original: *Soudain, seuls*
Isabelle Autissier, 2015
Traducción: Sofía Tros de Ilarduya

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PROYECTO SCRIPTORIUM
Más libros, más libres

5

ANIVERSARIO



EDICIÓN CONMEMORATIVA

Allí

Se pusieron en marcha temprano. El día promete ser sublime, como a veces puede serlo en esas tormentosas latitudes, el cielo de un azul profundo, con una particular transparencia propia de la franja 50 de latitud sur. Ni un rizo en la superficie, *Jasón*, el barco, parece ingrávido encima de una alfombra de agua oscura. Los albatros, sin viento, pedalean despacio alrededor del casco.

Sacaron el esquife hasta muy arriba de la playa y bordearon la antigua base ballenera. Las chapas metálicas roñosas, doradas por el sol, que mezclan los colores ocres, leonados y rojizos, tienen un aire alegre. Los hombres abandonaron la estación y los animales se adueñaron de ella; esos mismos animales a los que durante tanto tiempo los hombres persiguieron, golpearon, destriparon y echaron a cocer en inmensas calderas que, ahora, se hacen ruinas. Alrededor de cada montón de ladrillos, en las casetas derrumbadas, en medio de un revoltijo de tubos que ya no sirven para nada, descansan grupos de pingüinos circunspectos, familias de leones marinos y de elefantes marinos. Permanecieron un buen rato contemplándolos y ya bien entrada la mañana empezaron a remontar el valle.

«Unas tres horas largas», les había dicho Hervé, una de las pocas personas que había pisado aquel lugar. En esa isla, en cuanto te alejas de la llanura costera, dejas la vegetación. El mundo se vuelve mineral; peñascos, precipicios y unos picos coronados por glaciares. Caminan a buen ritmo, riéndose como colegiales de pindongueo delante del color de una piedra, de la pureza de un riachuelo. Cuando llegan al primer saliente, antes de perder de vista el mar, hacen otra pausa. Es tan sencillo y tan bello que resulta casi indescriptible. La bahía rodeada de cortados negruzcos, el agua removida por la ligera brisa que se levanta brilla como la plata, la mancha anaranjada de la vieja estación y el barco, su valeroso barco, parece dormir con las alas plegadas, igual que los albatros de la mañana. Mar adentro, unos mastodontes inmóviles, blancoazulados, brillan bajo la luz. No hay nada más apacible que un iceberg en la bonanza. Unos inmensos rasguños rayan el cielo, nubes de altura sin sombra, que el sol ribetea de oro. Permanecen durante mucho tiempo fascinados, disfrutando de aquella vista. Sin duda, demasiado tiempo. Louise se da cuenta de que el oeste se oscurece y sus antenas de montañera se despliegan en modo alerta.

—¿No te parece que sería mejor que regresáramos? Vienen nubes.

El tono es falsamente alegre, pero lo perfora la inquietud.

—¡Claro que no! Ay, siempre tienes que preocuparte por algo. Si el cielo se cubre, pasaremos menos calor.

Ludovic intenta no mostrar impaciencia en la voz, pero, francamente, Louise lo irrita con esa desazón suya. Si le hubiera hecho caso, no estarían allí, completamente solos en esa isla al otro extremo del mundo, nunca habrían comprado el barco ni habrían empezado ese formidable viaje. Sí, a lo lejos el cielo se está oscureciendo, pero, en el peor de los casos, se mojarán. Ese es el precio de la aventura,

precisamente ese es el objetivo, despertarse del letargo de la rutina de París, porque corrían el peligro de que esa rutina los sumiera en una cómoda apatía y los dejara sin una vida plena. Cumplirían los sesenta y se arrepentirían de no haber vivido, de no haber luchado y de no haberse expuesto a nada. Ludovic se contuvo hasta encontrar un tono conciliador.

—Es la única ocasión que tendremos para ir a ver ese famoso lago seco. Hervé me dijo que en ninguna otra parte del mundo encontraríamos nada parecido, un laberinto de hielo en la tierra. ¿Recuerdas las increíbles fotos que nos enseñó? Además no voy a cargar los piolets y los crampones para nada. Ya lo verás, vamos a disfrutar muchísimo y tú la que más.

Le toca la fibra sensible. La montañera es ella. Incluso Ludovic eligió ese destino por ella: una isla austral pero montañosa; un revoltijo de picos, a cada cual más virgen, plantados en medio del océano Atlántico, a más de 50° latitud sur.

Ya son las dos de la tarde y, cuando alcanzan la última cresta, el cielo se oscurece completamente. Hervé no mintió, es asombroso. Un cráter de más de un kilómetro de largo se abre en un óvalo perfecto. Está completamente vacío, y los lados, cubiertos de unos círculos concéntricos que dejó el retroceso del agua, como la lúnula de una uña gigante. No queda absolutamente nada de agua. Por un extraño fenómeno de sifón, el lago se vació por debajo de una barrera rocosa. Solo quedan unos gigantescos hielos, algunos de varias decenas de metros de alto, depositados en la antigua depresión, como testimonio de la época en la que solo eran parte del glaciar de abajo. ¿Cuánto tiempo llevarán allí, apretujados como un ejército olvidado? Bajo el cielo, ahora gris, los monolitos, salpicados de polvo viejo, desprenden una desgarradora melancolía. Louise aboga una vez más por dar media vuelta.

—Ya sabemos dónde está, podemos volver, no merece la pena empaparse...

Sin embargo, Ludovic desciende rápidamente la pendiente gritando de gozo. Deambulan un rato por entre los hielos varados. De cerca, los hielos parecen siniestros. Los blancos y los azules, por lo general resplandecientes, están manchados de tierra. Un lento deshielo destiñe su superficie y les da el aspecto de un pergamino comido por los insectos. Pese a todo, a Louise y a Ludovic les subyuga aquella oscura belleza. Sus manos se deslizan por los alveolos desgastados, acarician la pared fría mientras dejan volar la imaginación. Lo que se funde bajo su mirada existía mucho antes que ellos, mucho antes de que llegara el *Homo sapiens* a conmocionar la superficie planetaria. Empiezan a hablar en susurros, como si estuvieran en una catedral, como si sus voces pudieran romper el frágil equilibrio.

La lluvia empieza a caer e interrumpe su meditación.

—De todas formas, este hielo es una porquería. A Hervé le pareció divertido subirse encima pero, francamente, no veo el interés. Mejor sería que nos diéramos prisa en volver. Se levanta viento y puede cargarse el pequeño motor fuera borda del

esquife.

Entonces, Louise ya no se queja, sencillamente ha pasado a dar órdenes. Ludovic conoce ese tono de voz irrevocable y también sabe que Louise por lo general tiene intuición y buen criterio. A dar media vuelta.

Vuelven a trepar por el cráter y corren pendiente abajo hacia el valle abierto. Las chaquetas ya restallan con el viento y los pies resbalan en las piedras húmedas. El tiempo ha cambiado a toda velocidad. Cuando alcanzan el último pico, se dan cuenta, sin decir ni una palabra, de que la bahía no se parece en nada a la pacífica vista de cuando llegaron. Un hada malvada la ha convertido en una superficie negra cubierta de cuchillas rabiosas. Louise corre, Ludovic se tropieza detrás de ella y refunfuña. Llegan a la playa sin aliento. Las olas se estrellan en un caos y la pareja ve cómo el barco se zarandea brutalmente en el extremo de la cadena del ancla.

—Bueno, vamos a empaparnos, ¡nos ganaremos un buen chocolate caliente! — Fanfarronea Ludovic—. ¡Ponte delante y rema fuerte de cara a la ola mientras yo empujo! En cuanto pasemos el oleaje, arrancaré el motor.

Arrastran el esquife mientras esperan un momento de calma. El agua helada les golpea hasta las rodillas.

—¡Ahora! ¡Deprisa! ¡Rema..., pero rema por Dios!

Ludovic resbala en la arena mojada y Louise pelea con el remo en la parte delantera del esquife. Una primera ola se estrella y llena el barquito de agua, la siguiente lo coge de costado, lo levanta y lo vuelca como si nada. A ellos los lanza uno contra otro en medio de un burbujeo blanquecino.

—¡Mierda!

Ludovic atrapa con una mano la amarra del esquife que ya arrastra el reflujo. Louise se masajea el hombro.

—El motor me ha dado en la espalda. Me he hecho daño.

Chorrean uno junto al otro, la repentina violencia los asusta.

—Vamos a empujar el esquife hasta allí. En ese recodo de la playa las olas rompen menos.

Valerosamente tiran del barquito hacia un lugar que parece más adecuado. Cuando llegan, tienen que aceptar que la situación apenas es mejor. Intentan la maniobra dos veces y las dos veces se ven lanzados dentro de un torbellino de espuma.

—¡Para ya! Nunca lo conseguiremos y me duele mucho.

Louise se derrumba en el suelo. Se sujeta el brazo gesticulando, le caen unas lágrimas invisibles por la cara, que la lluvia azota. Ludovic, rabioso, da una patada que hace que se levante un montón de arena. La frustración y la furia lo invaden. ¡Asqueroso país! ¡Qué mierda de isla, de viento y de mar! Media hora, como máximo una hora antes y, en ese momento, estarían secándose delante de la estufa y riéndose de sus aventuras. Lo enfurece la impotencia y la sensación de remordimiento que se insinúa dolorosamente.

—Tienes razón, no lo conseguiremos. Escucha, vamos a refugiarnos en la estación y a esperar a que esto pase. El viento ha subido de velocidad, pronto bajará.

Con mucho esfuerzo llevan de nuevo el esquife a lo alto de la playa, lo atan a un poste desvencijado y se meten por entre los restos de planchas y chapas.

Durante sesenta años el viento ha hecho su labor en la antigua base ballenera. Algunos edificios están por dentro como si los hubiera destruido una explosión. Las piedras salieron volando y rompieron los cristales, por ahí se metió el viento y se ocupó de lo demás. Otras edificaciones se inclinan peligrosamente, a la espera del golpe de gracia. Junto a un gran paño de madera ladeado, donde se cargaban las ballenas para descuartizarlas, una casita llama la atención de Louise y Ludovic. Pero, dentro, un espantoso olor se les mete por la garganta. Cuatro elefantes marinos, amontonados unos encima de otros, eructan con mucho ruido ante la interrupción.

Decepcionados, se meten entre las ruinas hacia un edificio de dos plantas que parece en mejor estado. Una bandada de pingüinos imperturbables pasa por delante de ellos y Ludovic está tentado de ir a por ellos, para que paguen por esa indiferencia. El interior es lúgubre, oscuro y húmedo. Un viejo alicatado, unas mesas de chapa y unos calderos ajados les revelan que aquello debía de ser una cocina colectiva. La habitación contigua parece, en efecto, un refectorio. Louise se derrumba en un banco aterida de frío. Siente dolor, pero sobre todo miedo. Conoce las manifestaciones de la montaña, allí sabe qué hacer, en el peor de los casos enterrarse en la nieve en un saco de dormir y esperar. Aquí, se siente perdida. Ludovic sube por la escalera de hormigón. Arriba, encuentra dos amplios dormitorios, unos cubículos separados por medios tabiques y en cada uno de ellos un colchón destrozado, una mesita y un armario abierto de par en par. Algunas fotos descoloridas, unos zapatos tirados, una ropa andrajosa colgando de un clavo, parece que unos hombres muy contentos de poder huir de ese infierno abandonaron el lugar a toda prisa. Al fondo, una puerta medio arrancada de sus goznes da paso a una habitacioncilla con unas vigas de madera y mejor amueblada: la habitación del capataz, seguro.

—Ven, aquí arriba se está mejor. Esperaremos a cubierto.

«A cubierto» era mucho decir. Se tumban en la cama y esta gime. La lluvia golpea con fuerza contra los cristales desunidos de la ventana, se cuela dentro y ya ha formado un charco en un rincón podrido del suelo. La luz verdosa resalta los regueros de humedad sobre una pintura que fue blanca. La única silla está rota y Ludovic se pregunta, extrañamente, por qué. Solo un viejo escritorio con un cajón, como el de los maestros de principios de siglo, parece intacto.

—¡Bueno, pues este es nuestro refugio de montaña! Vamos, déjame que te vea la espalda. Y tenemos que secarnos.

Ludovic se concentra para conseguir un tono de voz apaciguante y dar así la impresión de que todo eso solo es una peripecia, pero le tiemblan las manos ligeramente. Ayuda a Louise a desnudarse para escurrir la ropa que chorrea. Louise, desnuda, con ese cuerpo delgado y musculoso, parece frágil. Ella siempre se negó a

ponerse morena cuando estaban en mares cálidos. Solo tiene bronceados los brazos, la cara y la parte inferior de las piernas, lo que hace que el resto de su pálida encarnación destaque. El flequillo negro le gotea en los ojos verdes con chispas de color castaño. Esos ojos fueron lo primero que le hizo caer rendido hace cinco años. A Ludovic le inunda una oleada de ternura. La frota con su jersey, tan rápido como puede, para que entre en calor y retuerce la ropa empapada de Louise. El hombro izquierdo de Louise muestra un buen tajo, seguro que fue la hélice, y una placa ancha que se está amoratando. La mujer tiembla y se deja hacer como una muñeca. Ludovic también se frota, pero pronto siente el frío de la ropa empapada que se le pega a la piel. En verano, la temperatura apenas sube de los 15 grados cuando hace bueno. Ahora, el termómetro debe aproximarse a los 10 grados.

—¿Tenemos un mechero?

—En la mochila.

Por supuesto, Louise, la alpinista, nunca sale sin su precioso mechero. Ludovic también encuentra dos mantas isotérmicas y se apresura a envolver a su mujer con ellas.

Revolviendo en la cocina, descubre una especie de gran bandeja de horno de aluminio y arranca las tablas de unas estanterías escacharradas. Sube todo, con un cuchillo corta en ramitas la madera y acaba encendiendo un pequeño fuego. Pese a que la puerta está abierta, el humo invade rápidamente la habitación, pero eso es mejor que nada.

Ludovic se obliga a salir para examinar la situación. El viento ha aumentado y las ráfagas hacen que el mar humee. Más de 40 nudos. No es el apocalipsis pero resulta imposible llegar al barco. Entre la cortina de lluvia, ve que este se mantiene valerosamente frente a las olas. El techo nuboso ha bajado hasta ocultar el alto de los acantilados en la grisalla y la luz se debilita.

—Me parece que pasaremos la noche aquí —anuncia Ludovic—. ¿Queda algo de comer?

Louise ha recuperado un poco de energía y mantiene el fuego reconfortante, aunque las tablas, al quemarse, desprenden un terrible olor a alquitrán. Cuelgan las chaquetas cerca del fuego y se apretujan uno contra otro mordisqueando unas barritas de cereales.

A ninguno de los dos le apetece comentar la situación. Ese es, lo saben, un terreno peligroso en el que corren el riesgo de enfrentarse: Louise, la prudente, Ludovic, el impetuoso. Las explicaciones llegarán más tarde, cuando dejen atrás ese desagradable episodio. Los dos reconstruirán la historia, ella le demostrará que han sido inconscientes, él contestará que era imprevisible, discutirán y luego se reconciliarán. Eso casi se ha convertido en un ritual, en una válvula de seguridad de sus diferencias. Ninguno se reconocerá vencido, pero cada uno, seguro de tener razón, aceptará una paz de valientes. De momento, hay que hacer frente a la situación juntos y esperar. Con los ojos enrojecidos por el humo, se van secando en medio de un estrépito que va

aumentando. En el piso de abajo, el viento ruge en las habitaciones abandonadas. Es una modulación de base continua con entonaciones más agudas en cada ráfaga. De vez en cuando se instala una breve pausa y ambos sienten cómo se les relajan los músculos al unísono. Luego se reanuda el bufido y les parece aún más fuerte. Por todas partes resuenan las chapas metálicas como enormes cajas. Louise y Ludovic permanecen en silencio, a ambos los absorbe esa lúgubre sinfonía. El cansancio de la caminata y aún más la consecuencia de las emociones se abaten sobre ellos. Finalmente, Ludovic descubre una manta que huele a polvo viejo, se acurrucan en la pequeña cama y se duermen inmediatamente.

Ludovic se despierta por la noche. Los ruidos han cambiado. Deduce que el viento ha rotado y ahora sopla de tierra. Su violencia aun ha aumentado. Arriba, a lo lejos, se oye el estruendo que baja rápidamente al valle en redobles de tambor, luego golpea el edificio, que parece oscilar con los golpes. Ludovic considera que la rotación del viento es una buena señal, se acerca el final de la tempestad. En la oscuridad y con la tibia humedad de los cuerpos enredados, disfruta por un instante de un sentimiento de calma. Ahí están los dos y ningún otro ser humano en miles de kilómetros a la redonda, solos en ese gran vendaval. Pero están a cubierto y pueden reírse de la tempestad. Ludovic percibe cada parcela de su cuerpo como si fuera autónoma, acumulando los ingredientes de esa extraña situación: el hueco del colchón se hunde bajo su espalda, la lenta respiración de Louise contra su pecho, un soplo de aire que llega de ninguna parte y le roza la cabeza. Está tentado de despertarla para hacerle el amor, pero recuerda que le duele el hombro. Mejor será dejarla dormir. Mañana por la mañana, quizá...

Poco antes del alba, el ruido cesa brutalmente. Los dos se dan cuenta medio adormilados, luego vuelven a dormirse, esta vez completamente tranquilos.

Un rayo de sol saca a Louise de su letargo. Hasta que llegó la calma tuvo pesadillas: veía cómo una ola gigante hacía volar los cristales de su piso en el distrito 15 de París y luego se encontraba a la deriva, en una balsa, por las calles inundadas de agua oscura, en medio de gritos de socorro y de brazos que se agitaban desesperadamente en las ventanas.

—¿Estás dormido, Ludovic? ¡Parece que se acabó!

Los dos se estiran, están anquilosados. Al incorporarse, Louise hace un gesto y se palpa detenidamente el hombro.

—¡Creo que no lo tengo roto, pero te tocará a ti trabajar durante una buena temporada!

—Vale, princesa. Vamos, el hotel no es a todo lujo, pero se servirá el desayuno a bordo dentro de un cuarto de hora. Si la señora quiere tomarse la molestia.

Se sonríen, recogen sus cosas y abandonan la habitación, que huele a humo frío.

Fuera, el sol resplandece tanto como el día anterior.

—¿Qué mierda de país, ¿no?

En el umbral de la puerta, los dos tienen exactamente la misma sensación: una

violenta mano de hierro les agarrota el estómago, una bocanada agria les sube hasta la garganta como una quemadura, les agita un temblor incontrolable. La bahía está vacía.

—... El barco..., imposible..., no está ahí...

Ambos balbucean, murmuran, parpadean, como para rectificar la imagen que tienen delante. Todo esto solo es un mal sueño. Basta con rebobinar la película de la noche y luego volver a dar un curso normal a las cosas. Tendrían que haber salido, haber visto a *Jasón* de nuevo inmóvil, tranquilizador, y bajar bromeando hacia la playa. Sin embargo, la realidad persiste cruelmente. El barco ha desaparecido. Los dos se quedan un buen rato escrutando la bahía, buscando los restos o al menos un trozo de mástil que sobresalga cerca de un acantilado. Nada. O mejor dicho, la vida, como siempre: unas gaviotas hurgan en la playa a picotazos apresurados, el silbido del oleaje. Todo es normal. *Jasón*, su barco, su casa, el vehículo hacia su libertad, sencillamente ha sido borrado como una tachadura, como un error. Eso es inaceptable, eso no puede ser. Petrificados, no están en condiciones de intercambiar ni una palabra. En cada uno de ellos se abre camino el horror de las consecuencias de esa desaparición: ya no tienen casa, ni comida, ni ropa, ni modo de salir de la isla, ni de comunicarse con nadie. Más allá de la rebeldía, les desborda la incongruencia de la situación. Sencillamente, Ludovic jamás imaginó ni por un segundo que alguna vez le faltaran los elementos básicos de la vida: techo y alimento. Al ver en la televisión la miseria en África o Asia, combatía los oscuros remordimientos convenciéndose de que seguro que aquella gente no tenía las mismas necesidades, que estaba acostumbrada a vivir con poco. Ocasionalmente enviaba un cheque a Unicef, sin sentir que eso fuera realmente de su incumbencia.

Louise, durante las expediciones de montaña, había tenido que dormir al raso a menudo, a veces con un ojo abierto y empapada por la lluvia. Incluso le había ocurrido, por culpa de un mal cálculo de intendencia, tener que compartir durante tres días, con cuatro personas, una ración normalmente individual. Louise había sentido esa fragilidad inherente al ser humano, tirado en plena naturaleza, lejos de sus referencias y de lo básico. Pero aquello siempre había sido solo un paréntesis, sin nada vital en juego. Al margen de las ojeras y de unos retorcijones de estómago, acababan bajando al valle y disfrutando sin parar de una ducha o de un chuletón, con el estremecimiento retrospectivo de la aventura. Al final, esas situaciones no eran más que buenos momentos para recordar entre risas con los compañeros de cordada, pero como mínimo la habían preparado para enfrentarse a lo imprevisto. Por instinto o por entrenamiento, Louise sabía separar lo indispensable de lo superfluo, lo peligroso de lo impresionante. Para convertirse en una buena alpinista, había aprendido a volver a evaluar un objetivo según las condiciones, a renunciar o perseverar teniendo en cuenta el estado del grupo, de la meteorología y de las condiciones naturales. Así que ella era la única capaz de sacarlos de su apatía:

—¡Ojalá que aún esté el esquife allí! Hay que ir a ver. *Jasón* estaba a medio

camino entre la punta y el grupo de rocas de enfrente. Quizá se haya hundido en el mismo sitio.

—¡Pero veríamos sobresalir el mástil!

Ludovic lucha a su manera contra la evidencia. El hombre, por lo general optimista y dispuesto a todo, se siente vacío. Nada sirve para nada.

—Ha podido desarbolar. No hay más de siete u ocho metros de agua, podríamos recuperar nuestras cosas, comida, herramientas. En la bolsa estanca de emergencia hay un teléfono vía satélite. Al menos tenemos que intentarlo. ¡Vamos, muévete!

—No, estoy seguro de que ha sido el ancla que ha perdido el fondo. Esta noche lo he oído. El viento ha rotado a noroeste. Se aceleraba al caer desde la montaña, unos auténticos *williwaws*, como de manual.

—De manual, me importa un comino —grita Louise, con lágrimas en los ojos—. ¿Qué quieres hacer? ¿Quieres volver al hotel?

Sale hecha una furia hacia la playa, Ludovic la sigue. Las mismas ideas se atropellan en sus cabezas. La isla está desierta. De hecho, es una reserva natural y ellos en realidad no deberían haber atracado allí. Sin embargo, de común acuerdo, se habían permitido esa infracción al reglamento.

«De todos modos, no pasa nadie por allí. Una escapada a la auténtica naturaleza. Unos cuantos días escalando, nadie lo sabrá...».

No, nadie lo sabe. Sus familias y amigos, en tierra, creen que están en ruta hacia Sudáfrica. Nunca los buscarán allí. Pensarán que han desaparecido en alta mar. Ludovic tiene una fugaz visión de sus padres, cerca del teléfono, en su casa de Antony. Si no encuentran el barco, esa isla es una prisión, una prisión sin más guardián que miles de kilómetros de océano.

El esquife aún está allí, la tempestad lo ha cubierto de arena y algas. Eso les proporciona un ligero consuelo.

Durante una hora, ambos bregan alrededor del sitio donde habían fondeado. La brisa apenas riza el agua clara. El agua es de un verde traslúcido y permite distinguir las piedras dispersas por el fondo y unas masas oscuras que parecen elementos de un mecanismo perdido o arrancado de la estación ballenera. Los restos no podrían escapárseles.

Desanimados, regresan a la playa.

—No largamos suficiente cadena —refunfuña Louise.

—Sí, tres veces la profundidad, como siempre.

—¡Pues vale, a todas luces, aquí no es como siempre!

—Además, el ancla Soltant es la mejor, generalmente se agarra a todo, nos salió bastante cara.

—Pues muchas gracias, señor Soltant, ¿vendrá él a buscarnos? Si hubiéramos largado el doble de cadena, no estaríamos así. Y ayer te dije que teníamos que regresar antes. Pero no, el señor quería disfrutar, se puso cabezota, todo estaba bien, solo nos mojaríamos un poco...

La voz de Louise es blanca, impregnada de una rabia fría. Se masajea el hombro nerviosa, mira fijamente la arena, de espaldas a Ludovic. Si lo mira a él, sabe lo que verá: un gran cuerpo de luchador impotente, con los brazos colgando y los ojos azules de un niño decepcionado al que se le ha roto su juguete, el hombre hecho para disfrutar y vivir despreocupado al que ama. Si lo mira se deshará en lágrimas y no es el momento.

Ludovic no quiere responder a sus pullas; desde que, el día anterior, dieron media vuelta, tiene el sabor amargo del remordimiento en la boca. No obstante, los comentarios de Louise lo han herido. Le corresponde a él encontrar soluciones para que ella lo perdone. Por fuerza tiene que haberlas.

—Podríamos recorrer la bahía con el esquife, a lo mejor el barco se hundió junto a algún acantilado.

—Estás de broma. Y por otra parte, ¿qué haríamos? No sé cómo íbamos a sacarlo a flote.

—Quizá al menos sumergirnos, rescatar...

Ludovic no termina la frase. Louise llora en silencio. La apoya en su hombro. ¿Cómo han llegado a esa absurda situación? Es demasiado injusto que haber prolongado una simple caminata reciba esa sanción. Tiene treinta y cuatro años y pocas veces se le ha pasado por la cabeza la idea de la muerte. La desaparición de dos amigos, uno en un accidente de moto y el otro de un cáncer de páncreas fulminante, lo conmocionó, pero le sirvió de argumento para ese viaje en barco de vela. ¡Hay que vivir! ¡Tenemos que vivir intensamente antes de que te atrape la muerte! Atrapados están en ese paisaje sublime, en ese suave día de verano austral. Un sol hipócrita hace que resplandezcan las gotas de humedad como miríadas de diamantes. En un segundo plano, la llanura humea ligeramente. Unos leones y elefantes marinos descansan, bostezando de gusto. Ludovic mira a su alrededor y piensa que nada, ni el vuelo de un pájaro, ni una ola, ni una brizna de hierba, nada cambiará si ellos desaparecen allí. El viento pronto barrería la huella de sus pasos.

Ludovic parece el genuino producto de lo que se ha dado en llamar la Generación Y; hijo único de padres ejecutivos con chalet en las afueras. No le ha faltado de nada, esquí en el Alpe d'Huez, vela en las Baleares y videojuegos que debían mantener ocupada la cabeza rubia hasta que sus padres regresaban a casa, demasiado tarde. Ludovic es rubio, y ese pelo cortado al uno, que embadurna de gel todas las mañanas, acentúa aún más su metro noventa. Sus ojos azules y el hoyuelo en el mentón hacen que las chicas del colegio y luego las del instituto caigan rendidas a sus pies. No se privó de esos fáciles éxitos. Su diletantismo provoca las quejas de sus profesores: «No explota sus posibilidades» aparece como una antífona en las notas del colegio. Mal que bien, acabó la carrera de empresariales, aunque se aplicaba más con la cerveza y el canuto que en clase. Con ayuda de los contactos de su padre, consigue el puesto de responsable de clientes en Foyd & Partners, una empresa de organización de eventos, que no puede ser más francesa, aunque su nombre, supuestamente de moda, no lo indique así. Sin embargo, bajo ese personaje algo superficial, a Ludovic lo anima un talento especial para la felicidad que atrae e imanta. Con él, uno se siente bien, la vida se vuelve fácil, divertida, apasionante. No solo ve siempre el vaso medio lleno, además, sin esmerarse demasiado, contagia su entusiasmo y sus ganas de vivir. Esa actitud no es ni una fachada ni una pose, sino más bien el resultado de una vida hasta entonces protegida y feliz. No recuerda haber despertado alguna vez triste, ni siquiera nostálgico. Poco a poco se hizo consciente de esa facultad, pero no se vanagloria especialmente de ella. Poner a disposición de los demás ese exceso de alegría es algo natural en él, es su manera de contribuir al funcionamiento del mundo. Dicen de él que es una gran persona.

Louise, a primera vista, tiene un lado clásico, casi anticuado. Una silueta delgada, la cara alargada y esa sonrisa fugaz, a menudo forzada, de los que solo quieren no molestar. Hija de unos comerciantes de Grenoble, que siguen mirando el dinero a pesar de su situación desahogada, tampoco a ella le ha faltado de nada, salvo auténtica atención. Sus dos hermanos mayores eran el orgullo de la familia. Ella, «la pequeña», se colaba por los intersticios. Sus ideas, sus sueños, su trayectoria escolar o personal nunca alimentaron las conversaciones familiares. Su físico refleja la poca atención que se le ha dedicado. Ella misma se considera del montón. Un metro cincuenta y cinco, morena, huesuda, durante mucho tiempo estuvo desesperada porque no le crecía el pecho. Louise ha caminado por la infancia y adolescencia sin llamar la atención, pero con buena voluntad, como para hacerse perdonar. Decían de ella que era una chica que no daba problemas... Terrible consideración. Aprobó el bachillerato, hizo derecho en Lyon, unas oposiciones y consiguió una plaza en una oficina de Hacienda del distrito 15 de París. Durante todo aquel tiempo, esa especie de transparencia de su ser la hizo sufrir. De pequeña, se refugiaba en la lectura, devoraba los libros de Julio Verne, de Zola y todo lo que le caía en las manos de la

biblioteca. Desde entonces, se pasaba las horas imaginándose una vida palpitante y unas aventuras jadeantes, en lo más recóndito de la selva o cubierta de seda entre la alta sociedad. Louise desarrollaba un imaginario hecho a través de argumentos improbables en los que al fin ella desempeñaba el papel protagonista. Día tras día, daba vueltas a sus papeles, cuidando las puestas en escena y las respuestas heroicas que se atribuía. Louise se convertía en exploradora, en un personaje que luchaba por la libertad, en músico o en deportista de élite. Se veía por los sótanos de la Resistencia, en alta mar o en medio del desierto. Esa doble vida la aliviaba y la tranquilizaba sobre la posibilidad de que algún día alguien se fijara en ella. Se metía en la cama, cerraba los ojos y se dejaba llevar por su relato interior. Si tenía que abandonarlo a la hora de ir al cole, por la noche, al regresar a casa, retomaba el hilo con gusto. Por fin, ya adolescente, encontró algo más que un refugio imaginario: la escalada y el alpinismo. Empezó a practicarlos por casualidad en un campamento de verano, pero esas actividades coincidían exactamente con lo que le hacía falta: la exaltación de ese cuerpo al que no amaba lo suficiente; la tenacidad y el valor con los que se engalanaba en sus sueños; un lugar dentro de un colectivo en donde cada miembro de la cordada es importante. Ligera, flexible, a Louise se le daba bien. Se le pasó por la cabeza la idea de hacerse guía, pero no tuvo agallas para asumir la ruptura familiar.

—Ese no es un trabajo de mujeres. ¿Y qué vas a hacer cuando tengas hijos?

Se había convertido en una afición y se quedaría en eso. Adulta e independiente, con un trabajo en París, Louise se contentaba con salir corriendo a la estación de Lyon todos los fines de semana, con los pies de gato o los piolets y los crampones en la mochila.

Tren de alta velocidad, vagón 16, asientos 46 y 47. Ludovic se pone en marcha para ir a reunirse con unos amigos en una estación de esquí, pero, después de haber estado enredando con el iPhone durante tres cuartos de hora, empieza a aburrirse. Louise está inmersa en una Topoguide de escalada; la chica debe de ser de su misma edad.

—¿Eres montañera?

Louise, al principio, responde con desgana a ese pelmazo que la saca de su entretenida lectura, pero acaba dejando que la atrape su sonrisa cautivadora.

Louise, a menudo, intentaba charlar con sus compañeros sobre su pasión, pero pronto se cansaban de sus historias sobre vías y grados y de su argot técnico. Así que se refugió de nuevo en sus fantasías. El mundo del alpinismo que ahora puebla cada rincón de su imaginario se convierte en una torre de marfil. Louise vive para los sábados y domingos y pasa por el resto de la semana con una educada indiferencia. Con frecuencia contempla el póster de Las Drus con el que ha decorado su despacho. Es su secreto, un mundo que los demás no pueden entender, un mundo para ella sola.

Con ese tipo tan cordial, en el paréntesis atemporal del viaje en tren, se deja

llevar. Los movimientos de cabeza del desconocido le infunden confianza, incluso se toma una pequeña revancha y se pone poética. Le habla del color azul rosado del alba al salir del refugio, del grano de cada clase de roca que se puede reconocer con la punta de los dedos, de las noches colgada en la pared en el *portaledge*, la tienda hamaca, que el viento balancea como si fuera una brizna de paja, cuando las luces del valle han desaparecido debajo de las nubes y te sientes más cerca del cielo que de la tierra, cerca de la eternidad. Intenta explicarle la belleza de una vía, la más sencilla, la más recta posible, deslumbrante de pureza. Describe los crujidos de la corteza helada bajo los pies, el silbido de la cuerda que sale hacia lo desconocido. Ludovic la escucha, le divierte encontrar tanta pasión en esa chica de aspecto más bien corriente. Aunque tiene unos bonitos ojos verdes con chispas doradas que brillan cuando se entusiasma. Se separaron al salir del tren de Chamonix. Ludovic la invitó por cortesía, pero también con una pizca de interés.

—Pásate con tus amigos una de estas noches. Nosotros después de esquiar estamos en el Dérapage.

Dos días después, a Phil, Benoît y Sam, los compañeros de cordada de Louise, les extraña que sea ella la que propone ir a tomar una copa al bajar de las Agujas Rojas. Por lo general, más bien hay que arrastrarla a las juergas. Las dos pandillas congenian enseguida. A Ludovic le sorprende cómo la reverencian sus tres amigos:

—Es la mejor. Pasa del 7. No hay nadie que note una grieta como ella.

—Jamás se inmuta cuando retumba una tormenta en la pared. Nunca tiene bastante.

—Es increíble tanta energía en ese cuerpo de renacuajo.

Ludovic la mira por el rabillo del ojo, desde el otro extremo de la mesa. Cuando baja de escalar, Louise tiene un aspecto tranquilo y una bonita sonrisa mientras sus manos, con las uñas rotas, relatan con gestos, a los de enfrente, la historia de cómo se agarró a una minúscula presa de milagro. ¡Después de todo, no es una chica tan corriente!

Una vez de regreso a París, Ludovic sigue intrigado y la llama, le propone que, si algún día hace una vía no demasiado dura con sus amigos, lo lleve y le enseñe. Nada puede gustarle más a Louise. Por supuesto, Ludovic ya la atrae, pero ella nunca había tenido la oportunidad de seducir a un gigante tan guapo. Su experiencia amorosa se limita a unos sobeteos de adolescente y a algunas noches en las que no tuvo el valor de decir que no. Al fin y al cabo, hay que ser como todo el mundo. Realmente no ha disfrutado de las cosas del amor, y está convencida de que todo eso no tiene ninguna importancia. Vivir sola es una manera como cualquier otra de evitar los fracasos a los que Louise se anticipa. Pero, ahora, se siente halagada y secretamente atraída a la vez. Así pues, se las ingenia para encontrar unas vías mixtas que puedan ser adecuadas para un principiante y para sus amigos, que se limitan a intercambiar unas risitas cómplices.

«¡Ya, por fin la madona de las paredes está colada por alguien!».

Seis meses más tarde, se van a vivir juntos. Su relación empieza como una aventura de vacaciones, pero rápidamente les desborda de alegría el cuerpo y el corazón. Ludovic la hace reír, Louise lo impresiona. Ella tiene la energía a flor de piel; parece tranquila, reservada, incluso tímida, pero se metamorfosea en una pared o cuando hacen el amor. En esos momentos grita sin contenerse bajo sus dedos. Es agua estancada, pero siempre está dispuesta a bajar en cascada.

Pasada la divina sorpresa de ver que un tipo tan guapo se interesa por ella, Louise lo ama por los nuevos horizontes que le aporta. Él es la alegría y la despreocupación que ella nunca sintió cuando era «la pequeña». A veces, a Louise le parece que tiene unas reacciones de adolescente tardío, pero, en el fondo, él tiene razón. Ella entierra la cabeza en el hueco de su hombro y él se entusiasma hablando y haciendo planes. Ludovic le ilumina la existencia.

Evidentemente, Ludovic es quien primero menciona el viaje. Ya sea porque no ha tenido suerte o porque no ha estado bastante concentrado, ha sufrido dos fallos profesionales uno tras otro: un congreso en el que los participantes comieron mal... ¡insostenible! Y eligió mal a un ponente que aburrió a toda la fila de directivos con su ponencia. Se lo reprocharon sin miramientos. Y él llega a la conclusión de que ese es un coñazo de trabajo. Con un alegre cinismo organizó unas sesiones de *paintball* o unos fines de semana en Córcega, fingiendo que compartía la idea de que así se reparan los estragos de las fusiones apresuradas de las empresas. Se esforzó sinceramente para que estuvieran los aperitivos puntuales, para que hubiera imágenes bonitas de fondo en el escenario y una música marchosa al final del día. ¡Pero no va a pasarse la vida así! La maldita primavera le obliga a ir en metro en lugar de en *scooter* y, una noche, siente que le invade una auténtica rabia. Rabia contra esa masa amorfa en el vagón donde todos van traqueteados, con los auriculares en las orejas y la mirada vacía. Rabia contra el vaho ligeramente rancio que se escapa de los cuerpos húmedos y va a gotear a los cristales. Rabia contra la indiferencia, la tristeza, la rutina. Observa las gabardinas marrones o grises, la comisura de los labios que tira hacia abajo, las manos agarradas mecánicamente a las barras de acero inoxidable. Tiene la terrible sensación de que alguien que los observase desde fuera no lo distinguiría dentro de esa masa. Por supuesto, puede seguir así. Algún día tendrá una casa en el golfo de Morbihan, unas vacaciones en las Antillas, noches de juerga y, sin lugar a dudas, el puesto de jefe de proyectos y uno o dos hijos. Pero ni siquiera esa última idea lo consuela. De vez en cuando, en el monte o en el mar, tiene la impresión de rozar la verdadera vida. Guarda en la memoria algunos minutos fugaces en los que ha experimentado una concentración total, sintiendo cómo le tiemblan las puntas de los dedos en una presa demasiado pequeña o cómo le vibra hasta la punta del culo surfeando una ola. No es «la superación de uno mismo», el término le da risa, sino la percepción de que, por el espacio de un instante, habita su cuerpo completamente. Si a los treinta y tres años pasa revista a su vida, solo permanecen grabados en su memoria esos instantes, junto con, es obvio, algunos éxtasis amorosos. Ahora tiene

que reaccionar, y rápidamente, reaccionar o morir.

Ludovic tarda seis meses en convencer a Louise. Para ella todo está bien. Durante el día, Louise se sumerge concienzudamente en los meandros jurídicos de la oficina de recaudación de Hacienda y por la noche se olvida de ella. Se ha aficionado a salir a cenar a pequeños restaurantes, a ir al cine, a pasar las noches en su burbuja de enamorados o desmadrándose en alguna fiesta. Los fines de semana, Ludovic se ha convertido en un escalador aceptable y ella descubre la vela en el barco de los padres de Ludovic y le gusta mucho. Por qué no esperar tranquilamente a que, algún día, sin prisa, engorde su vientre.

Sin embargo, Louise siente que debe ceder. Ludovic se ha vuelto huraño y saca el tema continuamente. Después utiliza una estrategia que la exaspera: empieza a contar a sus amigos que pronto se irán de viaje. Desde entonces, no hay ni una sola velada en la que uno u otro amigo no suelte con tono burlón:

—¿Así que os iréis pronto?

Louise se deja convencer porque tiene miedo a perderlo. ¿Qué riesgo corren? Una bonita y larga travesía y luego regresarán. Es ahora o nunca, cuando aún están en forma y no tienen hijos. Uno no puede ser siempre formal, hay que vivir, al menos una vez, intensamente. Ese último argumento da en el blanco, coincide con sus heroicas fantasías de infancia. Eso es lo que más le gusta en una pared, esa intensidad que hace que te entregues a las sensaciones presentes. Ludovic ya le ha aportado su calor humano, su alegría. Si no hubiera ido a por ella, la soledad la habría atrapado y endurecido. Ella sabe que al pie de una vía peligrosa es normal tener miedo y negar el obstáculo por espacio de unos minutos. Alguna vez ha llegado a preguntarse qué estaba haciendo allí, con el casco en la cabeza y el piolet en la mano. Basta con concentrarse en la técnica para volver a sentirse desbordado de alegría en el extremo de la cuerda. Louise duerme cada vez peor y, una noche, las cosas le parecen muy fáciles: si no accede, si lo tira todo por la borda optando por la rutina, se lo reprochará toda la vida. Entonces, despierta a Ludovic para decirle inmediatamente que acepta y así no poder echarse atrás.

Luego negocian despacito. Louise consigue que solo sea un año sabático. Después ya verán. De la decena de proyectos que Ludovic le plantea, dejan de lado atravesar los Andes a caballo, Nueva Zelanda en bicicleta o la subida a las cumbres de Pakistán.

Lo mejor es un barco y atravesar el Atlántico. La ruta lógica es partir rumbo a las Antillas para ir cogiendo práctica, luego bajar hacia la Patagonia, que promete ser el paraíso del alpinismo y, a continuación, la travesía hacia Sudáfrica. En Ciudad del Cabo, decidirán. Entonces estarán a tiempo de meter el barco en un carguero y volver sensatamente a trabajar, pero también estarán a las puertas del océano Índico y quizá de la vuelta al mundo. Luego discuten, a veces brutalmente, sobre cómo poner en marcha el plan. Ludovic se burla de ella porque quiere navegar en invierno para curtirse con el mal tiempo. Louise lo considera un irresponsable cuando asegura que

la radiobaliza de emergencia es una inversión inútil. La pareja se tambalea. Aquello se ha convertido en un sueño común que ahora les apasiona como una estrella inaccesible y no pueden evitar moldearlo cada uno a su estilo. Durante un año acuden a todos los salones náuticos y a las «semanas de los mares australes» que organizan los turoperadores. Conocen a mucha gente, entre otros al famoso Hervé, un viejo y curtido militante del chárter a la Patagonia, que les ayuda a buscar el barco ideal. Encontraron a la primera un velero tosco y panzudo, que estaba tristón en el patio trasero de un astillero, pero su nombre, *Jasón*, los sedujo. Vivir aventuras dignas de la mitología, conquistar su propio vellocino de oro, ¡ese era exactamente el objetivo! El nombre del barco es un guiño del destino. Se pasan las noches examinando mapas, los mejores fondeos y las trampas de los *williwaw* con Hervé. Hablan de viento, frío, mar gruesa e icebergs. Los amigos de Louise les dan más planos de vías de escalada en Ushuaia de los que nunca tendrían tiempo de hacer.

Una mañana, con una deliciosa angustia, dejan Cherburgo entre nubes y se ponen en marcha en la suya. Tienen razón, como pareja funcionan de maravilla, él a veces se pasa, ella a veces se queda corta, pero se respaldan el uno al otro. Su vida se vuelve llena como un huevo. Durante semanas, ven pasar el tiempo fondeados en algún sitio, estallan de alegría en la cima de un pico, luchan mano a mano en una maniobra. Cada mañana es una aventura, cada día, diferente, cada noche les deja saciados de descubrimientos y de libertad. Ese viaje no es solo unas tremendas vacaciones, en ese viaje descubren una alegría que se convierte en euforia. Canarias, Antillas, Brasil, Argentina, conforme avanzan, el mundo les parece un terreno de juego más complejo, extraño, conmovedor y exultante. Les encantan los azulejos descascarillados de Lisboa, la lluvia que los empapa durante la ascensión de 3.700 metros del Teide, en Canarias, se atiborran de doradas lampugas cuando cruzan el Atlántico. En las Antillas, huyen de las costas decepcionantes de Guadalupe y la Martinica y las cambian por el encanto de Montserrat o por una semana a lo Robinson, solos, en las infinitas playas de Barbuda. Cantan, bailan y se quedan sin aliento piel con piel con el pueblo de Olinda, en Brasil, y lloran al enterrar el Carnaval tras cuatro días de delirio, de sudor y de *cachaça*. Se ríen cuando les roban el móvil en Buenos Aires y juran que nunca más volverán a comprar otro. A lo largo de la costa argentina, el aire se vuelve más punzante, el cielo, más luminoso y el viento no da tregua. Sacan los chubasqueros de los temporales con la voluptuosa sensación de llegar a lo duro. Y así es, dos fuertes temporales seguidos los dejan a ambos extenuados y con el rostro blanco de sal. Pasan tanto miedo para que embocar el canal de Beagle y amarrarse al desagradable pontón de Ushuaia sea pura felicidad. Allí se mezclan con unos rostros curtidos, iguales a los que habían visto en las revistas, que los reciben como a marinos. Louise y Ludovic se enorgullecen de eso. Durante dos meses hacen un montón de excursiones por el revoltijo de los viejos bosques, consiguen hacer bonitos recorridos por el macizo de Darwin, se dan al mate y al pisco sour, el espantoso alcohol del lugar. Hacen el amor en el puente una noche

de color malva, en la que solo les molesta el gruñido de los glaciares.

Son tantos los días buenos y tan pocos los malos. Ni se les pasa por la cabeza la indecencia de su felicidad respecto a los demás.

Con el transcurrir de las millas, se curten, ganan experiencia y confianza en su *Jasón*; ya no dudan sobre poner un rizo en la mayor o desplegar el spi. Quizá Louise habría podido darse cuenta, pero han llegado al punto exacto que en la escalada se conoce como peligroso: cuando se sabe lo bastante como para intentarlo todo, pero no lo suficiente como para salir de todas las situaciones complicadas. Al dejar la Patagonia rumbo a Sudáfrica, ya saben que el viaje no se detendrá allí. El océano Índico les abre los brazos y, más tarde, el océano Pacífico.

Entre medias, la isla prohibida les guiña un ojo, otra escapada... Louise protesta sin ganas y se sumergen en lo prohibido con el entusiasmo de los pillos.

—Unos días, dos semanas como mucho. ¡Estamos a principios de temporada, el mejor momento para ver los cachorros de pingüino!

Sí, acertaron en todo, hasta aquella noche de enero.

Están sentados el uno frente al otro, mirando la bahía como si, por un milagro, pudiera haberseles escapado algo. Su único bien, la mochila, parece minúscula plantada entre los dos. Conocen con exactitud el inventario: dos piolets, dos pares de crampones, veinte metros de cuerda, tres fisureros por si acaso, dos mantas isotérmicas, la cantimplora, el mechero, una caja de cerillas de supervivencia, dos polares, la máquina de fotos, tres barritas de cereales y dos manzanas que sobraron de la cena de ayer. Eso es todo lo que los une a su mundo anterior.

Ludovic acaba intentando:

—Tengo hambre. ¿Tú no?

—Quedan manzanas y barritas.

Louise tiene el tono arrogante de los días malos. Tiene ganas de mandarlo a paseo. ¡Comer! Lo único que hace es poner de relieve el lado trágico de la situación. Ese es él exactamente, ese, un irresponsable, como siempre. Él los ha metido en la mierda hasta el cuello y quiere irse de pícnic. Su experiencia en las cordadas hace que se contenga. No es el momento de pelearse.

—¿Quieres?

—No, no tengo hambre.

La voz es tan glacial que Ludovic no se atreve a sacar las escasas provisiones.

—Vamos, come y aprovéchalo bien, es la última vez. —Louise sigue luchando por controlarse, pero, en esta ocasión, es batalla perdida—. ¡Venga, come y luego ya veremos, como siempre, primero actuar y luego pensar!

Ludovic le planta cara:

—¡Bueno! ¡Ya vale de lecciones! ¡No vamos a quedarnos mirando las manzanas! De todos modos, tendremos que encontrar algo para comer, dos manzanas no cambian nada.

—Lo sé, pero estoy harta. Siempre es igual y este tipo de comportamiento es el que hace que estemos aquí —masculla Louise.

—¡Pero bueno, yo no te he obligado a venir! Lo organizamos todo juntos.

Ya está, el miedo se transforma en rabia. Discuten como si no pasara nada, como si estuvieran cómodamente instalados en el sofá de su casa. La angustia se adueña de Louise. No solo están abandonados sin un techo sino que están condenados el uno al otro, uno con otro, o uno contra otro. ¿Qué pareja resistiría esa clase de encierro?

Ludovic no anda lejos de ese pensamiento. No se atreve a sacar la comida de la mochila, se siente como un niño pillado en falta y esa sensación lo irrita hasta el extremo. En lugar de soltar reproches, Louise podría ser positiva, hacer un esfuerzo. Él lo intenta:

—Podemos ir a ver si en la base hay algo.

—¡Ya me extrañaría! Está abandonada desde los años cincuenta.

—Pero siempre se puede intentar.

—Vale, intentémoslo —le otorga Louise.

Pese a todo, tardan un buen rato en adecuar el gesto a la palabra. Uno y otro aún se sienten aturcidos, los invade la impotencia y una apática desesperación. Ambos se aletargan en una especie de ciénaga del pensamiento en donde todo les parece confuso, incierto e inútil. Arrancarse de la contemplación hipnótica de la bahía vacía, intentar cualquier cosa, actuar, vuelve a ser aceptar una realidad detestable. Romper el abatimiento supone un esfuerzo, casi un dolor.

Ludovic los saca del letargo. Tiene la voz cansada.

—Vamos.

Durante dos horas deambulan por la estación, una auténtica aldea.

Recorren, entre vigas caídas, planchas golpeando y suelos podridos, el taller donde se fundía la grasa, la carpintería y los laboratorios.

La isla de Stromness figura en los mapas desde que, a mediados del siglo XVIII, al señor De la Truyère, en la ruta para pasar Cabo de Hornos desde Lorient, lo desviaran una serie de peligrosas depresiones, hasta distinguir unas cumbres nevadas que emergían entre la bruma como una monstruosa cúpula de crema de chantillí. Después, la isla no tuvo ni cincuenta años de descanso antes de que los cazadores de focas fueran a merodear por allí y a perseguir a los leones y elefantes marinos, que sus mentes ávidas tradujeron inmediatamente en barriles de grasa. Durante algunas décadas, los grandes buques se limitaron a fondear en las bahías más seguras. Alumbraban sus chalupas, que vagaban por allí poniendo en peligro sus vidas, y regresaban cargadas hasta los topes. El buque insignia había tenido tiempo de disponer las calderas en el puente y, tanto de día como de noche, caminaban con dificultad entre la grasa fundida por un lado, mientras que despellejaban a los animales por el otro. Cuando todos los barriles estaban llenos y la suave piel de león marino abarrotaba las bodegas, el buque ponía de nuevo rumbo a Europa, dejando a menudo desvanecerse pobres cruces de marinos desafortunados bajo las embestidas de la lluvia y del viento.

De la fase artesanal, cuando se luchaba con lanza y arpón, se había pasado, en el siglo XIX, a la fase de matanza industrial. Entonces, se dieron cuenta de que era más cómodo y, sobre todo, más rentable instalar en la propia isla los talleres de tratamiento de los esqueletos, de mantenimiento de los barcos y de los hombres. En barcos llenos se llevó con lo que construir esas factorías del fin del mundo y dar alojamiento a los pobres tipos que no tenían nada que envidiar a los mineros de las Midlands.

Luego escasearon los leones y los elefantes, y con ayuda técnica se optó por las ballenas que aún jugueteaba en el fondo de las bahías. A partir de 1880, aquellos establecimientos permanentes se convirtieron en auténticas aldeas, pero sin mujeres ni niños. En invierno, unos equipos permanecían allí ocupándose del mantenimiento

y en verano las bahías eran un hervidero de centenares de pescadores, despieceros, conductores, carpinteros, electricistas, mecánicos, veleros, controladores, cocineros, incluso algún cura, médico y sacamuelas. Los barcos suministraban de todo, desde el mínimo perno hasta la comida y regresaban cargados con el «oro blanco»: grasa para la iluminación, lubricante para la industria, pieles y barbas, ámbar y carne, huesos...

Los estajanovistas de la franja 50 de latitud sur se enorgullecían de los centenares de ballenas que mataban.

El *stock* de material acumulado era impresionante: miles de toneladas de madera, de chatarra, de máquinas y de piezas de recambio que llegaban en barcos llenos hasta el corazón de esa isla salvaje. Una vez abolidas las distancias, a esa factoría bien pensada y organizada para la matanza de mamíferos marinos respondían otras factorías más allá de los mares; de esas máquinas dependían otras máquinas, como en un movimiento perpetuo. Murieron centenares de miles de leones, elefantes y ballenas. El paraíso animal se convirtió en un cementerio. Fue tan eficaz la labor de la muerte que triunfó sobre la vida. Los animales desaparecieron, la caza se desmoronó. Simultáneamente, el desarrollo de la industria petrolera, de los aceites sintéticos y de los plásticos llevó la caza de la ballena y de la foca a los museos, junto con las ballenas de los corsés que las mujeres ya no utilizaban.

En el período de entreguerras empezaron a cerrarse las estaciones. Las primeras medidas de protección de las especies acompañaron a la retirada del capital de esa industria exhausta. El otoño de 1954 vio partir a los últimos barcos. Los hombres escaparon, dejando tras de sí aquellas ciudades fantasma, testigos de su avidez, unos vastos basureros a cielo abierto, donde solo el viento se encargaba de borrar aquellas patéticas huellas.

La exploración de la base tranquiliza a Louise y a Ludovic. No están tan solos, otros hombres han vivido allí y quién sabe lo que dejaron tras ellos. Deambulan de taller en depósito, impresionados.

Algunos lugares, más íntimos, hablan de la fragilidad de los cuerpos y almas de todos aquellos tipos que solo estaban allí para trabajar: el sillón del dentista, los exvotos toscamente esculpidos en la capilla, la foto de un rostro femenino que la humedad casi ha borrado y en la que una chincheta roñosa traza una lágrima oscura. Allí hubo gritos, órdenes, broncas, y también risas, momentos festivos. Al final, de allí se desprende una impresión de desastre que da rabia. ¿Unas vidas miserables y montañas de desechos para que pudieran engrasarse unas máquinas y París pudiera llamarse «la ciudad de la luz»?

Ludovic y Louise hoy no están de humor para preguntarse sobre los modelos de civilización. Sus pupilas solo se concentran en lo que pudiera tener forma de vieja

lata de conserva o paquete de comida. Después de dos horas de búsqueda, ambos creen en los milagros. Cerca de la orilla, había montado un auténtico astillero. Allí queda un ballenero de al menos veinte metros, que se había caído de la cuna de construcción, algunas chalupas y una colección de hélices oxidadas. Un edificio que debía de servir de oficina y, contiguo a él, un extenso hangar que haría las delicias de un chatarrero: centenares de cajas llenas de piezas de recambio nuevas, motores enteros cuidadosamente embalados, estantes con barras metálicas clasificadas por tamaño y armarios de pernos. En un rincón de una estantería, dos cajas con la inscripción aún bien visible les ponen en trance: «kit de supervivencia».

Han oído contar innumerables historias sobre los botes que iban costeando para pescar elefantes y leones marinos en las playas y sobre los inevitables naufragios. ¿Habría conmovido el peligro a los armadores? ¿Algunos compasivos funcionarios habrían impuesto como obligatorio ese irrisorio equipo? En cada caja hay diez paquetes envueltos en tela asfáltica y precintados. Dentro, bajo tres capas de protección de papel, unos panes morenos y grasiento. El sabor es repugnante, entre harina vieja y aceite rancio. Louise está a punto de vomitarlo, pero su estómago reclama lo que rechaza la boca. Se tragan media ración entre los dos, se apropian de las cajas y se baten en retirada hacia la guarida de la noche anterior.

Ha empezado a llover de nuevo, sin viento. El chapoteo del agua produce una música melancólica que acaba por destrozarlos. Ludovic se obliga a buscar unos tablones, encienden otra vez un fuego y durante un buen rato se quedan ensimismados con el movimiento de las llamas, su único consuelo. Se sienten vacíos, sin voluntad, sin soluciones. En las latitudes altas el día baja con infinita lentitud. Ludovic pone toda su energía en romper el silencio.

—Seguro que hay equipos científicos que pasan por aquí. Esto es una reserva natural, tendrán que venir a estudiar yo qué sé qué, a contar los albatros o a los pingüinos. Y probablemente ahora, en primavera.

—Seguro, pero ¿dónde tienen la base? Aquí no, evidentemente. Ciento cincuenta y cuatro kilómetros de largo, por treinta de ancho, una isla con glaciares infranqueables entre cada bahía, los científicos pueden venir y volver a marcharse sin vernos.

—Podríamos llamar su atención, poner un SOS en las colinas, construir un mástil con una bandera.

—Vale, pero ya pueden darse prisa, con lo que tenemos para comer, no aguantaremos mucho tiempo.

—Entonces cazaremos focas y pingüinos. En el punto en el que estamos, una multa más o menos... Un guiso de pingüino con toda su grasa tiene que estar comestible, no seremos los primeros.

Louise mira detenidamente a Ludovic, sumerge sus ojos en los de él, como buscando detrás de la barrera de las pupilas la fuente de ese sorprendente optimismo.

—Te quiero.

La coge de la nunca y se besan lentamente, muy lentamente, como lo hicieron en su primer beso. Ese drama ha hecho de ellos dos seres diferentes. Ambos lo sienten, lo descubren. Hace un rato, subió el tono, pero era un movimiento de humor sin importancia, el resultado del pánico que los atenazó. Mientras estén juntos, su amor los sostendrá, los protegerá. Ahí reside su fuerza: un hombre y una mujer juntos contra los miles de kilómetros de desierto líquido, contra la soledad, contra la muerte. Dejan que los invada esa necesidad desesperada del otro, se acurrucan en la pobre cama y hacen el amor suavemente; los anima más la ternura de unos padres que acunan a su hijo que el frenesí de unos amantes.

A las cuatro de la mañana, ya es de día. Louise siente la tentación de volver a dormir, de abrazarse a su gigante. Cerrar los ojos y, por arte de magia, cuando los abra de nuevo, habrán retrocedido veinticuatro horas y todo terminará bien. Pero no. Louise se enreda pensando en las pequeñas causas que provocan grandes consecuencias: unos metros más de cadena, una ráfaga que pasa por aquí y no por otro sitio...

Ludovic se remueve, le molesta la luz. Él también estaba pensando. Hay que actuar. Los dos son jóvenes, inteligentes y tienen buena salud. Cuántas personas han sobrevivido en peores condiciones. Fueron en busca de aventura y ahí está, la auténtica, la que te revela a ti mismo. Ellos participarán. Por un momento, Ludovic se imagina dando una conferencia, algún día, a una multitud que lo aclamará con una gran ovación...

No, no es el momento de soñar despierto. Ludovic se quita la manta.

Así empieza la vida de Robinson para ellos. Se levantan al alba y se ponen manos a la obra con energía. Las discusiones parecen haber quedado atrás. Esa prueba, piensan los dos, los unirá.

La base es un formidable taller. Si quieren un martillo, una pinza, un trozo de madera o de chapa, basta con ir «al almacén». Improvisan una estufa haciendo una abertura con forma de fogón y unos agujeros para el tiro en un bidón de doscientos litros. En la parte superior logran ensamblar un tubo que hace de chimenea y lo sacan por la ventana rompiendo un cristal. Eso crea una corriente de aire, pero el humo ya no les enrojece los ojos ni les pica la garganta. Esa hazaña los llena de optimismo. Arreglan la puerta, consiguen un colchón mejor, encuentran unas escudillas, una mesa y unas sillas. Más tarde, se darán cuenta de que en ese lanzarse a la acción hay una especie de negación. En ese momento, no llegan a creer de verdad en su abandono. Inconscientemente, viven con la idea de que alguien irá a buscarlos, es cuestión de días, como mucho de semanas. Juegan a las comiditas como críos mientras esperan que llegue la hora de la cena. No obstante, esa actividad les permite mantener el ánimo, los tranquiliza y les aleja el miedo.

Durante los días siguientes, se aventuran hacia el exterior de la bahía, eligen una colina bien orientada hacia alta mar y colocan unas piedras formando un gigantesco SOS con una flecha hacia su refugio. Ese trabajo es agotador. Hay que encontrar las piedras más blancas y las más lisas, a menudo desenterrarlas a golpes con una barra de hierro, luego llevarlas a su sitio. Trabajan con la cabeza gacha, de espaldas a alta mar instintivamente, conscientes de que el horizonte liso, al que solo dan vida el oleaje y los icebergs erráticos, es una negación formal de sus esperanzas de salvación. Desde ahí arriba, para quedarse tranquilos, escudriñan la siguiente bahía, por si su querido *Jasón* apareciera tendido sobre un costado. Pero solo hay más acantilados, agua sembrada de hielo y una lacería de arroyos como una red plateada que se pierde en la playa. Se dan cuenta con gran alegría de que allí hay una extraordinaria cantidad de pingüinos. La orilla está negra, una alfombra de plumas, el mar escupe y traga riadas de animales; parece que unos movimientos brownianos dan vida a las colinas. Debe de haber decenas de miles.

—¡Vaya, la despensa está llena! —bromea Ludovic.

Los pingüinos han sido la gran cuestión. Pese a la exploración minuciosa, en la base no encontraron nada más para comer. Pronto les atenazó el hambre y la angustia de acabar con las reservas de alimento. La solución se llama pingüino, un animal torpe y tranquilo. Necesitaron un tiempo para depurar la técnica. Al principio, los perseguían, pero las aves siempre acababan encontrado una salida al mar y desaparecían. La técnica consiste en cortarles la retirada, empujar lentamente a un grupo de ellos, sin espantarlos, hasta algún rincón de los edificios, y luego golpear al grupo con unas pesadas barras de hierro. Las aves se desploman sin gritos. De vez en cuando, alguno intenta darles un picotazo en las piernas, pero recibe una patada rabiosa. Su mejor objetivo es el pingüino real, de casi un metro de alto y con más ventajas en términos de carne que los pingüinos papúa, de penacho anaranjado, o los barbijo, más pequeños. Ni Louise ni Ludovic tienen remordimientos; incluso a veces sienten que los invade un macabro placer al matar animales con tanta facilidad. Esas graciosas cabezas negras delineadas con un penacho de un naranja resplandeciente los dejaron extasiados. Se enternecieron viendo a los padres alimentar a los hijos, se rieron del serio balanceo, pero aquello fue en otra vida, cuando solo estaban de paso. Ahora, pertenecen a ese ecosistema y, como cualquier depredador, se apoderan de lo suyo.

Desplumar a las aves es una aventura. Imposible escaldarlos en agua hirviendo, como contaba la abuela de Louise. Los esfuerzos al tirar desgarran la piel y al comer se les pegan restos de plumas en el paladar. Por fin, aprenden a desollarlos y de paso lamentan perder la grasa buena adherida a la piel. Pese a su tamaño, ni siquiera el pingüino real ofrece una fabulosa comida. Una vez despellejado, no le queda más que las dos articulaciones de las alas, a cada lado de la aleta, que se parecen a las pechugas de pollo pero con un fuerte hedor a pescado. Las cuecen en una mezcla de agua dulce y agua de mar para salarlas y fingen divertirse poniendo nombres

rimbombantes a su pitanza: «filete de pechuga sin salsa», «sopa de esqueleto con restos de carne».

Ludovic había leído que la col del lugar era un potente antiescorbuto, pero tiene un sabor tan fuerte que les desgarran la boca como la guindilla. Tendrían que hervirla en varias aguas, lo que es largo y costoso en madera. Además, crece poco alrededor de la base. Luego prueban unas algas largas que abarrotan las piedras y recogen lapas. No son muy nutritivas y todo acaba siempre con ese maldito sabor a pescado. A razón de cuatro pingüinos por persona y día, sacian el hambre, pero no hay muchos animales en esa bahía.

Así pues, deciden hacer una expedición de reavituallamiento a la ensenada que descubrieron. De buena mañana, echan el esquife al agua y, a remo para ahorrar gasolina, tardan tres horas en circunvalar la punta a su oeste. Una peste a excrementos y a pescado pasado los recibe en el mar aún muy adentro. En la playa, el estruendo es ensordecedor. Los animales regresan de cazar con el buche hinchado de una papilla de pescado, que regurgitan para alimentar a sus crías. Solo reconocen a su prole por el canto específico de cada individuo. De manera que los que llegan van dando gritos y reparten picotazos para echar a los inoportunos hasta que encuentran a los suyos. Entonces, el progenitor que se ha quedado para incubarlos cede su sitio y una o dos bolas castañas corren a acurrucarse junto al recién llegado con el pico muy abierto. Por todas partes, unas chionis, blancas como palomas, picotean en las deyecciones, y los págalos, con perfil de rapaz, dan vueltas a baja altitud, dispuestos a atrapar algún polluelo perdido o enfermizo.

Louise avanzó muy despacio por en medio de la colonia y el mar de plumas volvió a cerrarse tras ella. En esa pequeña sociedad humanoide, cada uno se ocupa de sus tareas, cuida a su prole, la abronca a picotazos, roba las piedrillas del vecino para su propio nido, pelea, corteja. Parece que alguno de los animales solo está de paseo, con esos ojos negros eternamente sorprendidos o pensativos. Reina una ola de tibieza de cuerpos apretujados. A Louise se le llenan los ojos de lágrimas sin saber muy bien por qué. ¿Será solo por el espectáculo de esa vida frágil que se perpetúa así, en los confines helados del mundo? ¿O más profundamente, será por la nostalgia de la multitud, de una masa de semejantes con los que compartir o de los que defenderse? Por un instante, envidia a los pingüinos y se siente profundamente sola.

Un concierto de piidos la saca de sus pensamientos. Ludovic se ha lanzado al asalto de la colonia con la codicia del hambre mal saciada. Cada molinete de su palo aturde a varias aves y las de al lado huyen entre protestas. Ludovic golpea y golpea, sus gestos están llenos de un ansia casi sórdida. Louise contempla a ese hombre sucio, matando a diestro y siniestro y, por un segundo, el odio le llena el alma. Casi sin levantar la cabeza, Ludovic grita:

—¡Venga, no te quedes ahí plantada, así! Mételes en el esquife y no dejes que los otros corran al agua.

Louise sale de su estupor y obedece. Media hora más tarde, el barco está

abarroado con un centenar de animales, una montaña sedosa blanca y negra con unas plumas húmedas que aún brillan al sol.

—¡Para! Ya va a costarnos mucho volver con semejante cargamento. Y luego habrá que vaciarlo todo.

—No vamos a venir aquí cada dos por tres —protesta Ludovic, mientras vuelve a su tarea. Al final, evalúa el montón que llena todo el esquife—. Vale, vámonos, ahora ya sabemos el camino a la despensa.

La vuelta resulta claramente más peligrosa que la ida. Van sentados encima de un montón de carne muerta que se les resbala debajo del culo. Louise tiene la impresión de oír cómo se machaca la carne y cómo se rompen los huesos. Tienen que poner toda la energía en remar. El oleaje de través provoca el cabeceo del barco sobrecargado y les salpica. Al cabo de una hora, tienen que mover la carga para achicar, algunos animales resbalan al agua y por primera vez desde el naufragio, Louise y Ludovic discuten.

A Louise, que se le ha despertado el dolor de hombro al remar, aprieta los dientes pero, al cabo de otra hora, ambos se dan cuenta de que el viento aumenta de verdad y de que solo ganan la orilla con mucho esfuerzo.

—Arranca el motor o no llegaremos —suplica Louise.

—¡No! No vamos a despilfarrar gasolina, imagínate que vemos pasar un barco, tendremos que poder alcanzarlo.

Pasan irritados diez minutos más y, luego, Ludovic acaba por dar un golpetazo rabioso con el remo al montón de aves muertas.

—¡Mierda!

El ruido del motor, ese ruido de civilización, los tranquiliza. Si cierran los ojos, podrían creer que están regresando de un paseo por tierra, que van a encontrar a su querido *Jasón* y que se meterán debajo de un edredón mullido o se sentarán delante de una buena comida.

Una vez que llegan a tierra, aún tienen que transportar la carga a la planta baja del edificio que han ocupado, para protegerla de la lluvia, que vuelve a caer. Empapados y agotados, apenas les queda energía para encender el fuego, despellejar a los cuatro pingüinos diarios y esperar casi una hora a que el agua hierva y los animales estén cocidos. Generalmente, Louise insiste en que se laven, o, mejor dicho, en que se pasen un trapo viejo mojado con agua tibia por el cuerpo. Esa noche, se meten en la cama con la ropa y las manos aún impregnadas de sangre y de plumas pegadas. El profundo sueño les impide oír el jaleo que se monta en el piso de abajo.

Sin embargo, por la mañana, cuando bajan para afanarse en despellejar a los animales, el ruido de sus pasos hace que salgan huyendo hordas de ratas que han estado repanchingadas toda la noche. Aquello es una carnicería. Los pingüinos están tirados por el barro por todas partes, todo está regado de vísceras, de trozos de piel y de cabezas con los ojos roídos. El montón de aves que tanto les costó reunir parece haber explotado por dentro, esparciendo unos montones viscosos. Cuando se acercan,

una rata sale del mismísimo centro de la masa sanguinolenta, sus dientes blancos resplandecen sobre la piel negra, brillante de mucosidad y de sangre.

¡Tanto trabajo para esto! ¡Un día agotador y esa matanza solo para dar de comer a unas bestias inmundas! A través de la ventana sucia, el sol acaricia a tres animales que se han salvado. Tumbados unos contra otros, con los párpados cerrados, parece que duermen. Louise tiene ganas de cogerlos en brazos y acunarlos. Louise estalla en lágrimas.

—Louise, no es el momento de lloriquear.

Ludovic se lanza hacia la rata que se esfuma, después se vuelve hacia el montón de pingüinos y mete las manos para seleccionar a los animales intactos. Actúa con rabia y tira los animales dañados al suelo.

—¡Anda, ven, no te quedes ahí plantada!

Louise se une a Ludovic y se pasan el día seleccionando, despellejando y colgando los cuerpos de una barra, fuera de alcance. Solo se salvan unos cuarenta. Después, hay que recoger los cadáveres y limpiar lo mejor posible para no atraer otra vez a los roedores. Es una tarea fastidiosa; tienen que ir a buscar agua al riachuelo que está a cien metros de allí y fregar con una escoba a la que le falta la mitad de los pelos. Trabajan sin decir ni una palabra, cada uno reprocha mentalmente el desastre al otro. Ya bien entrada la tarde, Louise va a por unas lapas para variar el menú. Necesita alejarse de esa tarea nauseabunda. La mar está baja, la arena oscura brilla, el viento levanta las olas en penachos de vapor y blanquea la bahía. Louise tiene frío, se siente miserable y abandonada. Hasta ese día, ha mantenido a distancia los recuerdos de su vida anterior, concentrada en la esperanza de sobrevivir, convencida de que juntos serán capaces. De pronto, ya no está tan segura. Recuerda la cuarta planta de la oficina de Hacienda, la mesa gris, los clasificadores de plástico, el ordenador, la planta verde enfermiza, el póster de las Drus, el aroma a café en el pasillo y las voces agudas de sus compañeros detrás de la puerta de cristal que, quizá, en ese momento, la envidien por estar pegándose la gran vida al sol. Todo le viene como una bocanada que le crispa el pecho, un paraíso irremediabilmente perdido. Se niega a imaginarse su casa, su confortable nido que abandonaron tan estúpidamente. ¿Por qué cedió frente a Ludovic? Es culpa suya, debería haberse mantenido más firme. Le dio miedo perderlo y por eso, en ese momento, los dos están en peligro de perderse. Ludovic sigue siendo un insensato. Si se hubieran llevado menos animales, habrían vuelto tranquilamente a remo y habrían tenido tiempo de ponerlos a salvo. Louise rumia sus pensamientos mientras arranca las algas y al final sonrío cuando descubre unos pececillos que la marea ha dejado abandonados en el hueco de una roca. Luego le parece que Ludovic y ella son como esos pobres peces, que están atrapados y a los que una gaviota o un pájaro devorará rápidamente. ¿Tienen ellos otro futuro?

Cuando Louise regresa, Ludovic ha encendido el fuego y sierra la madera con la misma rabia contenida de siempre, haciendo volar el serrín. También él ha estado pensando. Hay que endurecerse, ser más agresivo con ese medio que no les regala

nada. Siente a Louise indecisa, asustada. Se han llevado una desilusión, pero de los errores se aprende. Hay que volver a la colonia, aprender a manejarse con el remo. ¿Y por qué no atacar a los leones y elefantes marinos? Se convertirá en un hombre nuevo, más duro, más salvaje, luchará, luchará, luchará. Repite la palabra como un mantra mientras golpea la sierra cada vez con más violencia.

Esa noche se gesta una tormenta entre ellos. Ludovic estalla cuando Louise quiere lavarse la chaqueta y el pantalón sudados.

—¿No estás harta de ir a por agua? Y además se desperdicia la madera de la estufa —dice Ludovic con rabia.

—Madera, hay un montón, y soy yo la que va a ir a por agua. No tengo ninguna intención de vivir apestando además de hambrienta.

Ludovic explota: Louise no hace ningún esfuerzo para adaptarse. Los que sobrevivieron allí seguro que no serían tan tiquismiquis. Repasa con todo detalle el episodio de los pingüinos para demostrarle que, con un poco más de energía, habrían podido hacerlo mejor. La estufa que es la única luz le hace una tez rojiza; parece aún más enfadado. Como siempre, cuando está irritado, habla tanto con las manos como con las palabras, y su sombra gesticulante se proyecta como un malvado genio en la vieja pintura. Louise mira cómo agita las manos enormes y se da cuenta de cuánto ha cambiado en pocos días. Esas manos están llenas de arañazos y heridas, se han hinchado y los nudillos y las venas sobresalen hasta casi deformarlas. En las muñecas tiene quemaduras por el roce continuo de la chaqueta mojada con agua salada. Los antiguos bacaladeros llamaban a eso «petisú».

La isla les deja marcas en la carne y eso no ha hecho más que empezar. ¿Qué pasará si se ponen enfermos? ¿Les debilitará la mala alimentación? Llegará el invierno... Louise, mientras lo escucha a medias, contempla el humo que sale de la ropa que está secándose, una especie de bruma ligera que se disipa a la altura de la ventana por el efecto de la corriente de aire. Pero Ludovic pronuncia una frase de más:

—¡Confía en mí de una vez!

Es como si una piedrecita al desprenderse provocara el derrumbe de toda una presa. Louise no quería alterarse, ni sacar a relucir viejas historias, ni machacarlo con sus reproches, pero las palabras le salen de la boca, unas palabras demasiado tiempo contenidas, unas frases duras, malvadamente irónicas, como nunca las ha pronunciado: ¿confianza? ¿Quién los arrastró hasta ese inútil viaje? ¿Quién los hizo dejar una apacible vida para demostrar no se sabe qué? ¿Quién decidió ir a esa isla por una bravuconada? ¿Quién se empeñó en aquella estúpida caminata cuando se anunciaba mal tiempo? ¿Hasta cuándo tendría que confiar en él? ¿Hasta acabar allí, en ese sórdido cuchitril, hambrienta y helada? Todo el miedo, las decepciones, la desesperanza, el hambre, el frío, la ausencia de futuro alimentan su furia. Basta de jugar, se acabó la pareja moderna y dinámica, ya solo quedan dos seres y la muerte que se va cocinando a fuego lento delante de ellos. Su voz tiembla, chirría, se eleva

hasta las alturas. Conforme habla va dándose cuenta de que es incapaz de dominarse. La razón le ordena controlarse, conservar esa entente indispensable. Esa furia es una primera derrota, la primera fisura en el pacto de optimismo que establecieron después del naufragio.

Ludovic se ha quedado paralizado, aturdido por el maremoto que ha provocado. Le gusta discutir porque sabe que Louise siempre se controla. Es más, utilizó esas discusiones como una estrategia, un juego; siempre exageraba mucho para conseguir un poco. Sin embargo, esa voz que taladra ya no es un juego. Louise grita como una loca, tartamudea de rabia. Su rostro se ha vuelto anguloso por las privaciones y el pelo pegado por la mugre le hace el cuerpo más delgado, más frágil, pero paradójicamente refuerzan ese discurso implacable. Louise le pasa por las narices su inconsciencia, su mediocridad, su necedad. ¿Pensaba todo eso desde el principio de la relación? ¿Por qué está con él si es tan inútil? ¿No será más bien que esa isla, esa historia los está volviendo locos? Ludovic mira fijamente al suelo, atontado, se siente hundido. La confianza en el destino se resquebraja y esa constatación supera sus fuerzas.

La voz de Louise acaba rompiéndose en un sollozo y ahí se quedan los dos, sentados uno frente a otro, agotados. Un silencio irreal los envuelve. Esa noche no hay viento que atormente la base y la gran casa, solo silencio, como si ellos no estuvieran allí, como si la isla ya se los hubiera tragado.

La vida en común se reanuda, no tienen elección. No tienen ni energía ni ganas de seguir con la pelea. Mejor dicho, dominan los remordimientos por haber sobrepasado los límites. La víspera, después de quedarse un buen rato tirados junto al fuego, se acostaron, apretados uno contra otro por lo estrecho de la cama. Al final, sin decir una palabra, se abrazaron o más bien se escondieron como para resistir frente a los miedos que aquella bronca había desencadenado. Cuando se despertaron, cada uno puso de su parte por tácito acuerdo. No se había solucionado nada, se habían pronunciado y escuchado unas palabras que no se borrarían nunca. Pero hay que poner buena cara porque la perspectiva de la soledad es aún peor que la del desencuentro. Su relación se ha convertido en algo así como un plato de porcelana, un objeto que proteger y cuidar exageradamente. Empiezan a acompañar sus actos o sus decisiones con un «¿qué tal?», «¿de acuerdo?», palabras que exageran la recíproca buena voluntad hasta lo ridículo.

Les favorece el buen tiempo presente durante toda la semana. La angustia no se desvanece, pero se atenúa. El medio parece menos hostil. Todas las mañanas se despiertan con un sol sereno. La base recobra los colores rojizos que tanto los sedujeron el primer día. La intensa luz subraya cada puntilla de óxido que destaca sobre el azul absoluto del cielo. Los viejos maderos ya no parecen grises, sino plateados. Con esa luz destaca la inverosímil maraña de ruinas, los edificios descuartizados, los depósitos enormes que parece que los hubiera atrapado la mano de un gigante y los hubiera dislocado sobre ellos mismos. Todas esas cosas se amontonan unas encima de otras, con ángulos incongruentes. Bruscas apariciones, una plancha metálica por aquí, un madero por allá que parecen desafiar al tiempo. En los huecos resguardados de ese caos, el musgo de color verde fluorescente, el líquen de color amarillo fuerte o el malva pálido de un matorral de acaenas acaban con los dos colores de un universo ocre y gris. En la bahía, el océano de colores esmeralda cerca de la playa vira al negro en las grandes profundidades y refleja, como un auténtico espejo, los acantilados marrones y las cimas sembradas de nieve. La isla resplandece y, pese a la desesperación, Louise y Ludovic disfrutan de esa belleza efímera. Por todas partes reina un silencio que el reclamo de un pingüino, el piar de un charrán en su nido o el eructo de un elefante marino, los ruidos reconfortantes de su corral austral, solo acentúan.

A mitad del día casi hace calor y Louise y Ludovic trabajan en camiseta. Con esa vida dedicada por completo a la búsqueda de alimento, tienen la sensación de haber vuelto a la Edad de Piedra. Al cabo de cinco días, las aves que llevaron de la primera expedición se cubrieron de moho y empezaron a apestar. Obstinados, volvieron a la otra bahía, esa vez con más tranquilidad, atraparon unos cincuenta animales y les cortaron los músculos aviares en rodajas de filetes magros. La carne, colocada al aire libre, protegida del sol y de los depredadores de plumas o de pelo, en una jaula que

improvisaron con alambres, empieza a secarse y a ennegrecer. Están orgullosos de ese plan y ya se ven al frente de una auténtica reserva. No obstante, su gran triunfo es haber atacado a un león marino. Hasta ese momento han evitado a esos animales agresivos durante la época de reproducción. Hervé los había advertido.

—¡Esos bicharracos son como pitbulls! Arremeten contra ti y corren por tierra más rápido que tú. Si te muerden, tienes que ir inmediatamente al hospital. Se infecta muchísimo.

Había hecho bien en avisarlos. A primera vista, ese bonito animal de piel sedosa entre marrón y beis, con esos grandes bigotes, las orejas minúsculas y los preciosos ojos negros, te dan ganas de acariciarlo. Louise y Ludovic rápidamente se dan cuenta de que los grupos están peleándose continuamente, las hembras defienden a sus crías y los machos agresivos tienden a confundir, en su vindicta, a los humanos con la competencia. Por lo tanto, la pareja se mantuvo a distancia de ellos. En la época de los balleneros, quedaron prácticamente extinguidos por su piel, con la que se hacían unos abrigos elegantes y calentitos. Desde que se convirtieron en especie protegida, volvieron a ocupar el territorio, como lo confirman los ruidos y olores. No obstante, un león marino, aunque sea joven, supone varias decenas de kilos de carne garantizada y la grasa que Ludovic piensa utilizar para las lámparas de aceite.

Así pues, una mañana, Louise y Ludovic se adueñan de la fragua para afilar de nuevo unos viejos mechadores, que se utilizaban para descuartizar a las ballenas, y salen de expedición. Tienen en la cabeza los grabados de los libros de aventuras, en los que los cazadores levantan la lanza firmemente y regresan, alardeando, con las presas colgadas de un palo. Pero no es tan fácil convertir a una inspectora de Hacienda y a un responsable de comunicación en tramperos. Para empezar, están asustados. Los pingüinos no les dan miedo y matar a un ave resulta anodino. Ahora, por primera vez en su vida, van a enfrentarse a un ser vivo de tamaño grande, a un mamífero cercano a ellos. El animal se defenderá; no está claro el final del combate. La posibilidad de un cuerpo a cuerpo les angustia, les repugna. El valor físico no se aprende, se experimenta. Ludovic ni siquiera se peleó a menudo en el patio del colegio. La pareja habla mucho sobre la estrategia pero da marcha atrás en el momento de pasar a la acción. Intentan acercarse, pero los dos huyen con el corazón a mil por hora en cuanto un león marino se incorpora rugiendo. Al final, se fijan en una hembra pequeña que está en un rincón. Cuando la hembra los ve, arremete contra ellos, lanzando ese gemido nasal característico. Ya no hay tiempo para pensar. Ludovic le asesta un tremendo golpe en el pecho y Louise le golpea en la parte de atrás de la cabeza. Dos géiseres rojos brotan y el animal, desconcertado, suelta un chillido. Antes de que el animal se recobre, ya le han propinado dos golpes más. El miedo guía sus armas con gestos violentos y desordenados. El león marino intenta débilmente resistirse, se le empapa la piel de sangre y se derrumba de golpe. Louise y Ludovic esperan hasta estar seguros de que ha muerto para cogerlo, temblando de alivio y de orgullo. Despellejarlo después no es tarea fácil. El cuchillo hace trizas la

piel, pero recogen láminas de grasa y trozos de carne muy roja, que les hacen la boca agua. Acaban cubiertos de mocos y sangre de los pies a la cabeza.

Esa repentina avalancha de alimento los serena. Es cierto, el sabor del león marino es terrible y esa dieta exclusivamente de carne les provoca dolorosos trastornos intestinales, pero el miedo al hambre se aleja. Aquella noche, mientras el cielo se cubre de nubes con forma de plumas largas, que anuncian un cambio de tiempo, Louise y Ludovic se instalan uno junto a otro, en lo alto de la playa, con la espalda apoyada en una vieja plancha metálica. A lo lejos, un sol tibio salpica de luz los icebergs, la bahía está en calma, la noche veraniega suaviza las ruinas y los restos de mica relucen en la arena, como unas lentejuelas de oro. Esa aparente serenidad les da el valor de hacer balance y olvidarse definitivamente, creen ellos, de la bronca. Desde que se dieron cuenta de que *Jasón* había desaparecido, han vivido al día para conseguir comida y cobijo. En ocasiones, uno u otro se sumían en pensamientos angustiosos cuando el viento o la incomodidad de la cama los despertaba. No compartirlos era un modo de apartarlos. Vivir al día y vaciar la mente de las perspectivas de futuro les ha servido de estrategia. Ahora, la supervivencia parece probable. Lentamente, aceptan la evidencia: existe el riesgo de que su estancia allí se eternice. Ludovic lo afronta bromeando, como es natural en él.

—Con tanta carne, tendremos que devanarnos los sesos para conseguir recetas diferentes. ¡Ya estoy harto de ala de pingüino cocida!

A Louise se le insinúa la idea de una ensalada de tomate.

—¿Crees que esto durará mucho? ¿Pasaremos aquí el invierno?

La mujer se encoje en su posición favorita, se abraza las piernas dobladas, como para enfrentarse a los grandes fríos futuros.

—Alguien pasará por aquí... Un barco científico...

—Basta ya, estamos a finales de enero. Si alguien tuviera que venir a hacer el recuento de aves, aprovecharía la primavera y el verano. Ya estaría aquí.

—Es posible que hagan un recorrido y que terminen aquí o en la bahía James, donde vive la colonia de pingüinos. Los veremos pasar.

Instintivamente los dos vuelven la mirada hacia alta mar. El horizonte está claro, apenas brumoso, pero desesperadamente desierto.

—Se nos pueden escapar. Pueden pasar de noche y no ver el mensaje de la colina —insiste Louise.

—No, por aquí nadie se pasea de noche. Si quieres, también podemos ir a la bahía James a poner otra inscripción.

A Louise no le basta ese argumento, deja demasiado espacio a lo aleatorio, a los caprichos del destino.

—Podríamos intentar ir a buscarlos, tienen que tener la base al este —insiste Louise—. Sabemos que al oeste es imposible, solo hay acantilados o glaciares inaccesibles.

—Estás loca, entre cada bahía hay un glaciar inaccesible, como tú dices, y la isla

tiene casi ciento cincuenta kilómetros de largo. Nunca lo conseguiríamos. Al menos aquí tenemos un techo y comida. Hay que quedarse aquí, no tenemos elección.

Desde el rincón de costa en el que están, no pueden ver las altas cumbres. Cuando se acercaron a bordo de *Jasón*, contemplaron el casquete glaciario inmaculado que se extendía, sembrado de picos y agujas. Desde allí corrían los ríos blanquiazules, unos glaciares que dividían la isla como en gajos de naranja. En aquel momento, Louise tembló de placer delante de todas esas «primeras ascensiones»; ahora calcula la dificultad de aventurarse por allí con poco equipo y aún menos comida.

—Entonces, eso quiere decir que probablemente pasaremos aquí el invierno.

Por fin, Louise formula la sentencia. Les espera un largo invierno de frío, de noche y tempestades. Como para ilustrar sus palabras, cae el día. El horizonte que se había teñido de fucsia se vuelve malva, luego gris y parece congelarse. ¿Cómo es posible que, en la era de internet, cuando todo el mundo está localizado, fichado y tiene seguidores, ellos puedan estar tan aislados, tan solos? ¿Cómo puede escapar a eso tan drásticamente una parte del planeta? Antes de empezar el viaje se plantearon llevar una baliza de posicionamiento con la que sus familiares y amigos podrían seguirles la pista, con un ordenador y un código de acceso. Pero Ludovic se enfureció y argumentó que precisamente lo que pretendían era vivir libres, lejos de cualquier *big brother*, incluidos los familiares. Y, además, así sería imposible esa escapada a la isla prohibida. Libertad, seguridad y responsabilidad son los tres ángulos de un triángulo imposible. Se inclinaron hacia el primero, convencidos de que los otros dos irían detrás, de que la técnica los protegería siempre y en todas partes. Sin embargo, los hechos son obstinados y la realidad, la terrible indiferente realidad, tiene la última palabra. En las aventuras que habían soñado, en cualquier momento, una llamada con el teléfono por vía satélite, una tarjeta bancaria con fondos, un sistema de salvamento perfeccionado permitían interrumpir el juego antes de que fuera demasiado lejos. Más que la soledad, lo que los devasta es el alejamiento del mundo civilizado. ¿Cuánto tiempo pasarán allí? ¿Seis meses, ocho meses? ¿Y si nadie va el próximo año? ¿Pasarán el resto de sus vidas entre la mugre y el frío, moliendo a palos a los animales y despellejándolos como salvajes? ¿Hasta que les llegue la muerte? La prisión austral se cierra ante ellos.

—Yo iré allí, a esa base científica —suelta Louise—. Todavía quedan días de quince horas, no tardaré mucho. Tenemos los crampones y los piolets, me llevo león marino y pingüino seco. Tú te quedas aquí. Así duplicamos las posibilidades. También estoy segura de que en esa base hay material de transmisión, una radio, un teléfono vía satélite.

—¡Es demasiado peligroso! —grita Ludovic. La perspectiva de quedarse solo le resulta insoportable—. Por otra parte —continúa—, solo podemos cazar y manejar el esquife los dos juntos. E imagina que te caes y te haces daño. Escucha, en el peor de los casos pasamos el invierno aquí y, si nadie viene, iremos a buscar esa base en primavera, los dos juntos.

Cada uno esgrime sus argumentos, pero, en el fondo, a Louise le espanta ir sola. Jamás, ni siquiera en la montaña, ha intentado nada sin la seguridad de una cordada.

Cae la noche, los últimos destellos hacen que, pálidos, los viejos edificios destaquen y se vuelvan amenazantes. Se arraiga el viento del oeste y una plancha metálica chirría. Se retiran a su guarida.

Paradójicamente, tomar la decisión de pasar allí el invierno los libera. Ya no se sienten sometidos a la espera. En sus cabezas, el futuro reviste la forma de un proyecto, de un eje en torno al que reconstruirse: organizarse para el invierno y encontrar un medio de evasión.

Se apodera de ellos el ansia de acondicionar su casa. Eso tiene que dejar de ser un cuchitril, una chabola, y convertirse en una auténtica casa. La llaman el «40», el número de su edificio en el distrito 15, en la calle de Alleray. En la planta baja la «cocina» ha recuperado su utilidad y allí preparan las comidas. Han tendido unos alambres donde almacenan su preciado alimento, a salvo de los roedores. En la primera planta, el amplio dormitorio desocupado se engalana con el nombre de «taller». Una mesa construida con una puerta colocada sobre unos ladrillos les sirve para hacer bricolaje. También allí está la reserva de madera, las herramientas de caza, los cuchillos, la piedra de afilar, las barras de hierro que usan como garrotes y los sacos viejos de yute para recoger las conchas y las algas. Y el sanctasanctorum, la buhardilla del capataz, es sencillamente «el dormitorio». A menudo dan vueltas por la ruinas y recogen un amasijo de chatarra y tablas. Les asombra que todo lo que, unos meses antes, les habría parecido que era para la basura ahora lo consideran un auténtico tesoro. En lo que debió de ser un laboratorio para el control de calidad de los aceites, descubren un montón de botellas, frascos y tarros de cristal con el culo grueso, unos cuencos de cobre manchados de verde y gris. Funden con mucho trabajo la grasa del león marino y con ella improvisan unas mechas de tela y hacen lámparas de aceite.

Al empujar la puerta del dormitorio, el piso está cubierto de trapos supuestamente para aislar el suelo; a la izquierda, dos vértebras de ballena delante de la estufa sirven de taburetes y por las noches pueden tapar las ventanas con algo parecido a unas cortinas. Enfrente, una serie de estanterías contienen la comida del día, el material de alpinismo, herramientas, clavos, tornillos. Debajo de las estanterías están colocados el escritorio, convertido en mesa, y dos sillas. En el rincón, a la derecha, está la cama con una especie de baldaquino de tela apolillada que la protege de las corrientes de aire y les proporciona, cuando están acostados, una sensación de seguridad. Todo apesta a humo, a grasa rancia y a humedad. Louise y Ludovic ni siquiera se dan cuenta. Eso se ha convertido en su olor, en el olor de su vida.

Tras la caza del león marino, creyeron que el asunto de la comida estaba resuelto. Nada más lejos de la realidad. Mientras el tiempo se mantuvo bueno y seco, la carne se secó más o menos, pero ahora vuelve a pudrirse con la menor humedad. Tienen que tirar más de la mitad después de que casi se envenenan. Se pasaron dos días arrastrándose y vomitando. Intentan ahumarla al aire libre o en la cocina cuando hace mal tiempo. Consiguen algún resultado al precio de mucha madera y larguísimas horas avivando el fuego. Esas dificultades engendran interminables conversaciones

sobre cómo lo harían las personas de antaño, los pioneros, esos aventureros que ilusionaron sus lecturas. ¿Serán los dos especialmente torpes? ¿Qué clase de sabiduría se ha perdido desde que las penurias alimentarias están resueltas? ¿Habrán tenido la mala suerte de caer en una isla más pobre en recursos naturales? En su memoria, los Robinson de cualquier tipo no se pasaban la vida buscando alimento. Recuerdan los relatos de los cazadores de focas que recogían centenares de huevos de albatros o de pingüinos y llegan a la conclusión de que la vida salvaje es menos abundante por culpa de una explotación abusiva por parte de sus predecesores. Se les pasa por la cabeza que también en Francia la caza y la pesca se han reducido a la mínima expresión y ya no podrían pretender alimentar a una población, que también sería incapaz de conservar lo que ha recolectado en sal o arena, como sus antepasados lejanos.

Su otra conclusión es que los antiguos debían de comer poco y mal, mientras que para ellos la alimentación siempre ha sido incuestionable. Ahora el hambre los acompaña todo el día y los despierta por la noche. Los retorcijones de estómago y las súbitas salivaciones generan una tensión y una frustración permanentes que a veces les llenan los ojos de lágrimas. No se acostumbran, el hambre los persigue, un poco o mucho según el día, insidiosa e ineludiblemente. ¡Una bandeja de patatas humeantes, con justo una nuez de mantequilla y una pizca de sal! ¡Una salchicha condimentada con finas hierbas sacada de la barbacoa! ¡Pasta con jamón! Reunir esas maravillas en el pensamiento les aumenta el ansia. Luego caen en la cuenta con horror de que han perdido hasta el recuerdo del sabor de esos platos tan normales. Su mundo gustativo se reduce en torno al pescado más o menos rancio, ave con sabor a pescado y león marino con sabor a pescado. Lo demás solo es literatura.

Ambos adelgazan. Los músculos de Ludovic se diluyen a simple vista y así parece aún más alto. Louise, que no tiene mucho que perder, parece, al contrario, achicarse, encoger, como si sus miembros, al sostenerla peor, la hicieran apergaminarse. Louise tiene vértigo continuamente, pero no se atreve a mencionarlo.

Los días se acortan. El tiempo se vuelve desapacible, el cielo casi siempre está gris, hinchado de bolsillos oscuros que revientan en lluvias diluvianas. Louise y Ludovic sueñan con los días de calma, pero, todas las mañanas, escuchan, desde la cama, la brisa que sopla en la esquina de la casa y el chapotear de una lluvia pesada. Se vuelve cada vez más peligroso acceder a remo, con el frágil esquife, a la bahía de James, porque tienen que bordear una punta y exponerse a la rompiente. Han acabado con los pingüinos de delante de su casa, así que se proponen llegar a la bahía de James por tierra. Por la costa, se topan con grandes acantilados que rezuman espuma. Pasar por el interior alarga singularmente el camino. Louise y Ludovic ascienden por el valle que siguieron el primer día, luego tuercen a la derecha utilizando los pies y las manos en el pedregal, bajan de nuevo hacia un pequeño riachuelo, remontan y pasan un desfiladero abierto al viento. Por último se enfrentan a ciento cincuenta metros de escalada peligrosa por la ladera de un acantilado antes de llegar a los

pingüinos. Cuando regresan, cargados de animales muertos, patinan en las rocas mojadas y se desgarran las chaquetas con los colmillos de la pared. Contando con una hora de caza, tardan siete horas en ir y volver, y llegan al «40» agotados, con unos treinta animales como mucho.

Una de sus más señaladas conquistas es la recuperación de antiguas libretas en el laboratorio. Páginas enteras cubiertas con una escritura regular, columnas de números, informes de matanzas, control de calidad de la carnicería, toneladas de grasa que, algún día, debieron de convertirse en un buen dinero. Las páginas están arrugadas, picadas de manchas marrones y de herrumbre. El moho ha trazado rosetas eruptivas, azuladas, rosáceas y verdosas en las páginas. Ese tesoro les recuerda tiempos pasados, las hojas blancas y crujientes que salían de las resmillas, las malgastadas con tres garabatos que se lanzaban artísticamente a la papelera. Ludovic recuerda pilas de folletos sin distribuir, de los que mandaba que se llevaran cajas enteras. Louise suspira por los cuadernos sofisticados donde le gustaba escribir su diario, papeles artificiales, anchos, verjurados o granulados, en los que le parecía que sus pensamientos se aguzaban en armonía con el soporte. El papel pasa al rango de joya de la tecnología. Louise y Ludovic fabrican un estilete con un palito tallado y una especie de tinta mezclando hollín con grasa. Es burdo, pero permite apuntar cosillas. En el reverso de las hojas, crean un diario y discuten para saber qué día puede ser. Por las noches, rendir cuentas de las tareas realizadas, con pocas palabras para ahorrar papel, se ha convertido en un ritual:

6 de febrero: terminada la mesa del taller.

12 de febrero: cazados 32 pingüinos, empieza el ahumado en la cocina.

21 de febrero: perdidos 10 pingüinos podridos, recolectados un saco de algas y tres puñados de lapas.

23 de febrero: se rompe el filo del cuchillo bueno, muerte de una hembra de león marino.

Esos modestos registros les proporcionan un grandísimo bien. Les ofrecen de nuevo una historia, les acercan a una vida normal, civilizada. Es cierto que tienden a referir sus victorias más que sus derrotas y sus proyectos más que sus dudas. Inconscientemente se dejan llevar e imaginan que algún día alguien leerá esas líneas y a ellos les gustaría dar una buena impresión. A veces, a uno u otro le apetece unir su nombre a una hazaña, pero juraron no hacerlo nunca, por solidaridad...

Pese a ello, ambos sueñan con tener su propio diario, que también podría servirles para desahogarse.

Por la noche, apretujados en el rincón del bidón rojizo, se cuentan retazos de lecturas que recuerdan: las expediciones de Shackleton, Nordenskjöld y otros grandes exploradores polares. En algunos momentos, eso los estimula y les da una infinita

confianza en el hombre sumido en la desgracia; en otros, al contrario, se desesperan por ser tan torpes y débiles en comparación con aquellos héroes. También intentan distraerse recomponiendo novelas, episodios históricos, geografías. Louise alardeaba respecto a la literatura, pero es incapaz de recordar con precisión *Alicia en el país de las maravillas*, de contar *Madame Bovary* o *Rojo y negro*. Ludovic se enreda con la lista de los reyes de Francia o cuando dibuja el mapa de África. Todas esas cosas que habían aprendido les parecen ya tan lejanas, casi inútiles. Esas cosas forman parte de su cultura, de lo que se supone les proporciona los códigos de la sociedad, pero ¿ahí tienen vigencia? ¿Esas cosas les ayudan a encontrar comida o a protegerse de la enfermedad? Sin embargo, cultivar esas reminiscencias es una manera de no ceder ante la desesperación, de seguir considerándose integrados dentro de la comunidad humana que tanto echan de menos. Mantenerse «normal» es una obligación, un viático para resistir. Ellos no lo dicen, pero lo que más les viene a la cabeza, del mundo anterior, son elementos de su infancia, las canciones infantiles que se sorprenden canturreando, las imágenes de un paseo con uno de los abuelos, el olor del chocolate caliente. Ninguno se atreve a confesar esas regresiones, pero son su pilar.

Louise y Ludovic deciden establecer reglas, principios y ritmos para la vida diaria; están convencidos de que así mantendrán a distancia la dejadez. Por la mañana, se obligan a saltar de la cama al amanecer y a realizar estiramientos que Louise dirige; luego discuten la lista de tareas. Está prohibido cenar hasta que todo esté terminado. A menudo, su torpeza les obliga a acabar de noche, bajo la luz parduzca de las lámparas de aceite. Organizan turnos para acarrear agua y para mantener el fuego, tanto de día como de noche, así ahorran el uso del mechero. Incluso establecen sanciones para el que no cumpla con sus obligaciones. Louise se acuerda del ritual familiar del mes de diciembre. Sacaban un tablón de madera con veinticuatro agujeros en tres columnas, una para cada niño. Todas las noches, los padres valoraban las buenas o malas acciones del día y subían o bajaban unas estrellas pinchadas con clavos. Se suponía que Papá Noel comprobaba antes de dejar los regalos que cada crío había subido su estrella a lo alto del tablero y así podía reivindicar su recompensa. Por supuesto, siempre lo conseguían, aceptando todas las tareas cuando se acercaba el vencimiento del plazo, para trabajar por cuatro. A Ludovic eso le parece pueril, pero lo acepta por darle gusto a Louise. Por las noches, después del aseo obligatorio, reparten minuciosamente la comida en unas escudillas desportilladas. Acordaron que a Ludovic, más grande, le corresponde una cucharada más. Se pasan una parte de la velada con combates verbales sobre los respectivos méritos del día, lo que se traduce en un clavo roñoso que sube en una tabla podrida. El domingo llega la hora de echar cuentas y el que pierde es condenado a ir a por agua una vez más que el otro. Louise insiste en que el domingo sea festivo. Ese día están prohibidas las actividades productivas, la caza, la pesca, la fabricación de herramientas; es una especie de «día del Señor» austral, algo incongruente para dos

no creyentes. Remolonean en la cama, hacen distraídamente el amor, teniendo mucho cuidado de no arriesgarse a un embarazo, y se permiten un mordisco a la ración de supervivencia. Si ese día salen, solo es para dar un paseo o remontar el valle como en la época de sus caminatas despreocupadas. Si llueve, Louise se dedica a intentar el curtido de las pieles de los leones marinos, frotando minuciosamente la dermis para ablandarla. Ludovic talla la madera que flota en el mar y la convierte en un torpe bestiaro.

Poco a poco, esos rituales rayan con la superstición, faltar a sus obligaciones sería rebajarse ante sus propios ojos, romper el acuerdo tácito y, quién sabe, provocar una justicia inmanente. Esforzarse, obligarse, controlarse, repartirse puntos positivos y negativos forma parte del aprendizaje de ese nuevo mundo. El destino que sopesa las almas y los actos solo tendrá clemencia con quien lo merezca. Esas tareas también les ayudan a estructurar el tiempo, les mantienen en la tensión del presente, les ocupan la mente y evitan que se agobien con el futuro. El examen de conciencia, la satisfacción del trabajo cumplido y los esfuerzos justifican su humanidad, los diferencian de los animales, simples depredadores, los alejan de la vida de las cavernas que, a veces, tienen la sensación de vivir. Copiar la sociedad es pertenecer aún a ella. Entre aquí y el distrito 15, solo debe haber cuestiones de forma, no de fondo.

El tiempo está gris, llovizna. Los anoraks, que solo deberían haber servido para una corta caminata, se desgarran por todas partes y permiten que traspase la humedad y el frío. Louise y Ludovic han empezado a guardar los tablones para el fuego en una cabaña que está en la orilla del mar. La madera está erizada de clavos viejos y tienen mucho cuidado de no hacerse ninguna herida. Los dos trabajan con la cabeza gacha, sin decir ni una palabra. El cansancio físico y anímico les pesa un poco más cada día. En un momento dado, Louise se incorpora para masajearse los riñones, está de frente a alta mar. En el hueco de la bahía, muy visible pese al calabobos, un enorme barco traza su ruta en paralelo a la costa. Por un segundo, Louise cree que es una alucinación, luego siente como una presa que le cede en el pecho, un calor que le invade y hace que tiemble, un agradable y suave calor.

—¡Lu... Ludo! ¡Allí!

Se queda petrificada, ni siquiera tiene fuerza para levantar los brazos, pero no hace falta, Ludovic estalla en una risa nerviosa.

—¡Uau! ¡Corre, al esquife!

—No, espera, tenemos que encender fuego para que nos vean. Voy a buscar gasolina.

De pronto, ambos están febriles, exaltados, la prisa les late en las sienes. No tienen tiempo para entretenerse con una estrategia. Cuando colocaron el mensaje con las piedras, en las colinas exteriores, les había parecido evidente que algún barco pasaría cerca, los vería y fondearía en la bahía. Ese barco está lejos, seguro que demasiado lejos para distinguir nada que no fuera una tierra que la bruma oculta. Es un barco grande, de más de cien metros, uno de esos buques de cruceros que llevan a los turistas a la Patagonia o a la Antártida. Pese al día tan oscuro, el barco chorrea miles de luces, que hacen que destaquen, en su silueta oscura y maciza, los puentes, los pasillos, los camarotes. Un mundo agradable, organizado, fácil, suave. ¡Ahí, justo delante de sus narices!

Cuando Louise y Ludovic iban en su velero se cruzaron muchas veces con esas catedrales flotantes y se burlaban de los conejitos de la tercera edad que sorbían el té detrás de las cristaleras mientras ellos vivían la vida de verdad. En ese momento, lo darían todo por ser uno de ellos. La angustia los invade. ¿Y si el barco no los ve? Louise se lanza hacia la vivienda para ir a buscar el mechero. Ludovic, por su parte, sale volando hacia la playa y el esquife. Cuando Louise vuelve a salir, ve que no se han entendido.

—¡Para, Ludo, tenemos que hacer fuego!

Louise lo alcanza, con el corazón a mil por hora. ¿Dónde está el barco? Ya ha sobrepasado la mitad de la bahía y sigue tranquilamente su camino. ¡Ay, no! ¡Para! ¡Espera! Al mismo tiempo que grita al barco, Louise se lanza al esquife para arrancar el depósito de gasolina, con el que piensa hacer fuego. Pero Ludovic la empuja

brutalmente hacia atrás.

—¿Estás loca o qué? ¡Tenemos que ir a por él, tenemos que alcanzarlo!

—Imbécil, nunca lo conseguiremos, va demasiado rápido, no nos verán. Lo que tenemos que hacer es fuego...

Louise no termina la frase; Ludovic se le echa encima, la empuja con fuerza. En un segundo han perdido la palabra y la razón. Luchan uno contra otro, poseídos por una rabia brutal, con la cara deformada por la ira y la prisa. Ludovic es más fuerte pero Louise es despiadada, muerde, araña y vuelve a la carga. Los cuerpos unidos y los jadeos recordarían el clímax amatorio si los ojos de ambos no brillaran con un odio repentino. Se trata de sus vidas. Al final, gana Ludovic, empuja a Louise contra la arena y ella se desploma sangrando por la nariz. Ludovic aprovecha ese respiro para arrastrar la pequeña embarcación al agua con un gruñido de triunfo. Con las prisas, tiene que intentarlo tres veces hasta que el motor arranca... Había olvidado abrir el paso de la gasolina. Le tiemblan las manos, siente con qué fuerza le late el corazón en el pecho hasta hacerle daño. El tiempo se eterniza. Por fin, el fueraborda da tirones y sale a todo gas.

Louise, aturdida, se arrastra gimoteando.

—¡No! ¡Ay, no! ¡Vuelve! Necesito la gasolina...

La mujer golpea con el puño y levanta pellizcos de arena, le invade una pena intolerable. La violencia que ha explotado entre ellos la hace temblar. Si hubiera tenido un cuchillo, se lo habría clavado en la espalda a Ludovic, al hombre que de pronto detesta desde lo más profundo de su ser. Siente que le invade la vergüenza, pero no distingue si es por haber perdido el combate o por haber permitido que sus pulsiones, su cerebro límbico tomara el control. El ruido del fueraborda la reanima, de un salto se pone en pie y, apretando el mechero hasta romperse las articulaciones, embiste contra el montón de madera que estaban recogiendo unos minutos antes. Sin prestar atención a los clavos ni a las astillas que le desgarran las manos, junta los trozos que le parecen menores y más secos e intenta prenderles fuego. Batalla perdida, solo se quema la punta de los dedos. Louise no quiere mirar hacia alta mar, tiene que concentrarse. ¿Quizá el crucero haya aminorado la marcha para que los pasajeros admiren el paisaje? ¿Tal vez aún le dé tiempo de hacer aunque solo sea humo? Aturdida, examina su alrededor. En un tablón, hay unos viejos periódicos clavados, sin duda algo parecido a un aislamiento. Los arranca y los enciende temblando... Ay, Dios mío, haz que... Louise no ha vuelto a rezar desde que a los dieciocho años le dijo a su madre que no creía y que no iría nunca más a misa. ¡Milagro! La llama tiembla y se transmite a las tablillas. Louise suspira de felicidad. Añade trozos de madera con el sigilo de un siux. En pocos minutos, prepara una hoguerita con su ojo rojo. Que prenda un poco más y ya podrá añadir tablones podridos que arrancarán un buen humo. Louise se incorpora.

En la bahía ya no hay nada. Ni barco, ni esquife, solo bruma y las pálidas siluetas de los icebergs.

Louise se tumba encima de una tierra demasiado fría para exhalar el menor olor y empieza a gritar. La desesperación, el odio contra el bestia de Ludovic que acaba de echarlo todo a perder, las consecuencias de la bronca brotan como un torrente convulsivo. Cree volverse loca. Y el colmo de esa confusión, la soledad, se cierne como una masa que le rompe los huesos. Va a morir. Por otra parte, eso sería mejor que una lenta agonía. Si Ludovic desaparece, ¿quién la llorará de verdad? Sus padres, que habían desaprobado severamente aquella expedición; ellos la consideraban «una estupidez cuando se tiene una buena profesión».

¿No es más que «la pequeña» para siempre, cantidad insignificante? Su grito se alza en la bahía desierta, se hincha, se enronquece, y de nuevo solloza, se reanuda, aún más doloroso. Dos pingüinos huyen espantados batiendo las alas.

Ludovic ha llegado a la entrada de la bahía a todo gas. Allí, tiene dificultades con una ola que coge al esquife de costado y tiene que disminuir la velocidad. Más mal que bien, se pone en pie, se quita la chaqueta y la agita por encima de su cabeza. El barco se aleja. Venga, por lo menos habrá un marinero fumando fuera, un turista más curioso que los demás. Recuerda la historia de un tipo que se cayó al agua en el Mediterráneo y lo salvó un cocinero que estaba tirando las mondas y milagrosamente lo vio. El bote cabecea en todos los sentidos y lo desequilibra. Tiene que llegar al barco, no hay otra opción. Vuelve a poner el esquife a toda velocidad y con una mano achica el agua que salpica al interior. Al cabo de media hora, el crucero solo es un resplandor que baila a lo lejos en la grisura. Es inadmisibile, es intolerable, pero es verdad. Se siente como un condenado ejemplar al que, inexplicablemente, se le añadiría una pena suplementaria. La rabia, la frustración y la angustia forman una bola que lo ahoga. Llevan semanas luchando, soportan esa vida miserable con valor. Él incluso ha seguido bromeando para animar a Louise, ha abundado en los miles de rituales ridículos que ella ha implantado. ¿Y todo eso para qué? ¡Para que llegue ese asqueroso barco a burlarse de ellos! ¿No hay ninguna justicia?

Bruscamente, le desborda el deseo de las cosas simples y normales, el mundo del crucero, la ducha, la música de fondo sobre la mesa bien puesta y, más lejos, más allá, detrás del horizonte, las personas que, a esa hora, regresan a sus casas, echando pestes contra los atascos y se toman una copa con los amigos. Ludovic quiere su sofá y su ordenador; quiere el ruido de las llaves que se sacan del bolsillo, el olor a cebolla frita y hasta el del metro los días de lluvia. Ludovic quiere...

Un chaparrón hace que su esperanza desaparezca en el horizonte; está empapado y temblando. La cabeza le da vueltas. Se ve a sí mismo, barbudo y enflaquecido, andrajoso, en esa lancha de goma bailando encima de las olas, humillado por su propia debilidad. Cuando por fin decide dar media vuelta, ya es muy tarde. Hasta yendo muy despacio, está a punto de volcar varias veces. Debe acercarse a la costa en oblicuo para estabilizarse. Visto desde alta mar, el paisaje es lúgubre, una escala de negro y blanco sucio. Las olas enseñan los dientes a una tierra oscura, desolada, sembrada de capas de nieve. Ludovic apaga el motor y se mantiene a la deriva. ¿Para

qué volver a esa tierra hostil? ¿No sería mejor acabar ya? Llegará la noche, el frío lo atraparé con sus garras indiferentes y, poco a poco, se insensibilizará y se dormirá. Dejar de luchar, abreviar esa pesadilla que no conduce a ningún lugar. Dormir, dormir sin hambre, sin esa permanente angustia del día siguiente. De pronto se siente tan cansado por todo lo que ha luchado durante semanas. La esperanza que reavivó el crucero vuelve como un bumerán y lo devasta. Está agotado, es incapaz de hacer el menor gesto, se entrega a los elementos. Se enrolla como una bola en el fondo del esquife, maltratado por el oleaje, y empieza a soñar despierto. Le gustaría algo suave, algo tibio, cualquier cosa o cualquier persona conciliadora para dormirse, para aniquilarse.

Veamos, ¿quién fue la primera chica a la que besó? ¿Amélie? Sí, no era muy guapa, pero los chicos decían que se dejaba. La chica tenía la barbilla prominente y la nariz grande, y él también. Recuerda que cuando se acercaba hacia su cara se preguntó cómo conseguirían encajar esos dos apéndices. El sabor de la saliva le pareció insípido. Busca un recuerdo más agradable. Louise. La había tenido que domesticar y eso lo llenó de orgullo. Las primeras veces sentía cómo se crispaba cuando la penetraba, dispuesta a huir. Así que multiplicó los preliminares, pequeñas caricias, paradas repentinas, para permitir que el deseo se desatara en ella, hasta que un día Louise empezó a maullar como un gatito. Luego su voz adquirió amplitud, se fue modulando desde la queja al canto y ganó en agudos. Aquella noche, creyó que había entendido todo de la feminidad. A Ludovic le gustaba que Louise se pusiera encima de él y ver los pequeños pechos caer como dos triángulos. Su Louise, su pequeña, su pequeñita Louise. Ludovic empieza a canturrear.

—Pequeña, pequeña, pequeñita...

El esquife va a la deriva como un pez muerto. Un petrel gigante, intrigado, se arremolina un instante encima de él. Pero ese chisme grande no se parece a nada que se coma.

—Pequeña, pequeña...

Hace frío, ¿por qué Louise no va a reconfortarlo? ¡Es mala, él ha hecho tanto por ella! Un poco de calor, eso es todo lo que pide. Louise tiene mal fondo, es seca y dura, solo le importa el maldito monte. Si él no hubiera estado allí, Louise se habría convertido en una solterona rodeada del polvo de los impuestos y de los bestias de sus amigos de cordada. Tiene tanto frío, de verdad, alguien tendría que ir a darle calor. Si no es Louise, vendrá mamá. Mamá, tan guapa. A él le encanta que le lleve al cole para que sus compañeros la vean. Pero mamá tampoco es cariñosa siempre, está tan desbordada. Tiene su trabajo...

—Ludo, no hagas tanto ruido, acabo de salir de una reunión y estoy agotada..., sé bueno, ten cuidado, no pongas tus patas sucias en mi vestido..., sé bueno, Irina te cuidará esta noche, mamá sale con papá..., sé bueno...

Si él siempre es bueno. Ludovic se acurruca. Las salpicaduras se acumulan en el cuerpo inerte y se acumulan en el fondo, en un charco que oscila con cada balanceo

de las olas.

Un rugido se introduce en su cabeza, le impide dormir y rompe el hilo de su amargo sueño. Un ruido rítmico de catarata, incongruente, le obliga a abrir los ojos. Es la hora de entre el día y la noche, del interminable crepúsculo de la franja 50 de latitud sur. Los rayos oblicuos gotean debajo de las nubes y se enganchan a todo, tiñen de oro los ríos de musgo verde, resaltan todos los desniveles del acantilado y los largos regueros blancos de las deyecciones de las aves. Más abajo, una agitación casi fluorescente de olas se estrella, brota en chorros altos y vuelve a marcharse lamiendo la pared y arrastrando tras ella largos filamentos de agua y medusas. A Ludovic le gustaría cerrar los ojos, espantar esa visión inoportuna, pero no puede, ya no puede. Ese acantilado, a pocos metros, hacia el que le empuja el viento, es la muerte. La muerte, ahí, inmediatamente. Se imagina su cuerpo aplastado contra las rocas, las piedras que sobresalen desgarrándole la piel, las olas asfixiándolo. ¡No! ¡Ahora no, aquí no! El pequeño esquife entra en la zona espumosa del oleaje. Ludovic está cansado, muy cansado, pero tiene que abrir los ojos. Repta hacia el motor; tirar del arranque lo agota. El ruido del mar se ha convertido en un estruendo y provoca en él tanto miedo que una fuerza desesperada lo anima. El motor arranca y en el último instante lo arranca a él del desastre anunciado. En la oscuridad que va en aumento, se deja llevar a lo largo de la costa con las olas a su espalda.

Navega media hora larga mientras unas sensaciones extrañas lo acosan. Está débil como después de una larga enfermedad, la cabeza sigue dándole vueltas. Ya no recuerda exactamente qué ha pasado, solo ve de nuevo las luces traseras del gran barco, como el último pabilo de una vela que se extingue. En la noche que llega, le sorprende encontrar el episodio divertido. Ludovic deambula solo por una costa desconocida. Al fin libre. Si no temblase como un palúdico, le parecería bien seguir como los críos que se demoran antes de regresar a casa y juegan a pasar miedo fuera.

El acantilado se abre en una fina escotadura. Las noches a finales del verano en la franja 50 de latitud sur nunca son completamente oscuras. Por el horizonte aún corre un filete pálido que le permite ver el manto de terciopelo negro de las aguas lisas y protegidas. Se mete allí y, pocos minutos después, la hélice choca contra los guijarros de una playa minúscula. Ludovic salta a tierra, se sienta en la arena fría e intenta recuperar la razón. ¡Ya está! ¡Ya recuerda! Vieron un barco enorme y él lo persiguió sin éxito. ¿Y por qué no está Louise con él? Su mente borra el recuerdo de la riña. Empapado, tiembla todo él. Cueste lo que cueste tiene que encontrar a Louise, debe de estar muerta de miedo por verse sola, o es a él al que le aterra la soledad.

Al fondo de una estrecha hondonada, un riachuelo rueda por el medio de un acantilado casi liso. Tira ligeramente del esquife hacia las piedras y empieza la remontada agarrándose a angulosidades resbaladizas. El agua glacial le corre por las manos y las paraliza. Tiene la sensación de estar en una película a cámara lenta, se levanta, resbala, vuelve a empezar. De cornisa en resalto, consigue llegar hasta una meseta. El mal tiempo se aleja. Quedan unas nubes despedazadas que dejan asomar

una luna casi llena, de un blanco cerúleo. La luna hace que las zonas nevadas exploten de blancor y exagera las sombras. Cada colina, cada diente de piedra, el menor guijarro hacen la situación más inmensa y más angustiosa. Le persiguen imágenes de películas: *Nosferatu el vampiro*, *Cumbres borrascosas*. El primer plano de la luna que ocultan las nubes indica que empiezan los problemas para el protagonista. En el guión, él tiene que caminar, caminar por aquel desierto de pedriscos. En alguna parte, alguien gritará: «¡Corten!».

Se encenderán las luces, le llevarán un té hirviendo y una manta, le dirán que ha estado bien y que la toma sirve. Pero no, nada de eso pasa, Ludovic sigue andando. Solo tiene una idea. Louise.

Ludovic sigue la costa a ojo. ¿Una hora? ¿Dos? ¿Tres? Solo sabe que tiene frío y a veces ganas de acurrucarse, solo un instante, para entrar en calor. Pero no, está Louise. A Louise no le hará ninguna gracia que llegue tarde a cenar. De pronto, un manto negro de tinta interrumpe la meseta: la bahía, su bahía. Al otro lado, ve brillar bajo la luna las ruinas de la estación. Se imagina las miles de noches que esos restos han pasado así, en el frío nocturno, ignorados, abandonados, hundiéndose en la destrucción.

¿Una hora? ¿Dos? ¿Tres? Hay que bajar la ladera tanteando, chapoteando en los charcos de la llanura aluvial.

Ya está, el «40», la escalera, la puerta, la cama.

Louise grita delante de ese desarrapado con ojos de loco que se abalanza sobre ella.

Al día siguiente, no se levantan. El día avanza, un rayo de sol hace bailar el polvo un momento. Reina un silencio mortal. Tuvieron tanto miedo de perderse que por la noche se pegaron uno a otro. De los dos cuerpos unidos se desprende un ligero vapor.

Cuando Louise regresó de la playa, se metió directamente en la cama, incapaz de cualquier otra cosa. Al cabo de una o dos horas, se obligó a levantarse de nuevo y a volver a la orilla que se sumía en las tinieblas. La invadió la misma clase de angustia de cuando se dieron cuenta de que *Jasón* había desaparecido, pero, esa vez, era Ludovic el que no respondía a la llamada. Esa preocupación ocultaba el recuerdo de la pelea y su furia. Escaló la colina de la inscripción a toda prisa, pero, en alta mar, solo el océano extendía su manto gris verdoso. De vuelta al «40», se metió de nuevo en la cama para luchar contra el frío. Esperarlo despierta junto al rincón del fuego hubiera sido casi impertinente. Comer, ni siquiera pensaba en eso. Ludovic estaba allí, en alguna parte en la oscuridad que se acercaba. Por supuesto, no había conseguido alcanzar al barco. ¿Se habría ahogado? ¿Tendría ya la piel abotargada, reblandecida, se habría convertido en una presa, en carne, en alimento anónimo? ¿Estaría en alguna parte en la costa? ¿Herido? La torturaba la impotencia. La espera era exasperante. Al final, de manera semiconsciente, Louise oyó los pasos tambaleantes en la escalera. Ludovic había regresado.

Bajo las mantas, ambos están envueltos en la tibia humedad de la ropa que no se han quitado. Por toda la espalda, el cuello y la cabeza, los dos sienten el frío externo repugnante y agresivo. Ayer se encadenó todo tan rápido... Aún tienen el cuerpo y el corazón agotados. El tiempo pasa o no pasa, ya no lo saben. Se despiertan del sopor a destiempo el uno del otro y vuelven a sumirse en él. Fuera todo es demasiado frío, demasiado duro.

Finalmente, Louise salta. Sale. Le castigan todos los músculos, como si hubiera recibido una paliza. Necesita aire, salir, respirar libremente. Al salir, un viento ligeramente agrio le proporciona un primer alivio. Le gustaba tanto en el monte ese viento que te corta la cara. Se fuerza a caminar, a volver a ponerse en movimiento. Recorre la playa intentando no pensar en nada: un paso, otro y otro más. Las algas secas crujen bajo sus zapatos, unas olitas silban, una gaviota grazna. Louise deja que esos ruidos le invadan el cerebro. Ruidos íntimos de la vida que sigue su curso y de los que ella forma parte. Se concentra en la sensación de las plantas de los pies. Los zapatos escacharrados le hablan del suelo: arena seca y blanda, arena dura que la marea ha lamido, piedras, el abultamiento de una concha. Punta, tacón, punta, tacón, Louise pone los pies en la tierra, en un pequeñísimo planeta en el seno del cosmos. El viento le irrita las manos: *Homo sapiens*, mamífero omnívoro, homotermo. Ayer se rompió el lazo que la retenía en el mundo normal, en el del distrito 15, el de las luces de la ciudad, las casas caldeadas y el agua corriente. Pensar en eso es doloroso, como pensar en un amor perdido, pero si Louise no hace el duelo no habrá sitio para otra

cosa. ¿Otra cosa? Pero ¿qué? Siente que los acontecimientos la zarandean, igual que el fino caparazón de crustáceo que caracolea junto a ella por el empuje del viento. ¡Rehacer la vida! Una de las palabras clave de esta época nuestra tan confusa. Rehacer tu vida después de un divorcio, pese al paro o la enfermedad. Los periódicos están llenos de ejemplos de personas que tienen una fe casi mística en su futuro, fénix modernos que reinventan un trabajo, un techo y un lugar en la sociedad. Lo que Louise sufre debe de parecerse a lo que viven los afganos perdidos en las ciudades europeas: una incrédula desesperación y una impotencia irremediable.

Louise nunca ha tenido tendencias suicidas. Por otra parte, ni siquiera lo piensa. ¿Un trozo de chatarra oxidada para cortarse las venas? ¿Una cuerda fría alrededor del cuello? Solo pensar en eso le produce escalofríos y le provoca un arrebato animal. Sus idas y venidas han ahondado un estrecho surco en la playa. Ahí está ella, aún viva, hay que seguir adelante, hasta el final.

Cuando Louise regresa al «40» casi está serena otra vez. Al entrar en la habitación la recibe el olor del humo frío. Ludovic no se ha movido. Se ha tapado la cabeza con la manta y únicamente forma una protuberancia inerte en la cama.

—¿Ludovic? ¿Ludo? Cariño, ¿me oyes?

Louise se sienta en la cama, le quita la manta y le coge la cara con las manos. Las lágrimas han dejado unos surcos claros en la mugre de las mejillas. Louise y Ludovic hablan durante mucho rato. Primero ella sola, poco a poco Ludo se atreve con unos ruidos, unas sílabas. El chico ya no cree en nada. Está acabado, jodido, son un par de desastres, van a palmar y da igual. Todo es culpa suya, el viaje, la isla, la caminata, el crucero y le pide perdón. Y ahí está Louise consolándolo, forzando la voz, sin creer en ello, con tonos alegres, refutando, animando, estimulando, como una madre. Louise no siente ni rabia, ni compasión, ni ternura; lo único que quiere es que Ludo se levante para que no la deje sola.

Al final, Ludovic tiene hambre.

Para Louise, la sensación es nueva. Hasta entonces, se había deslizado por los intersticios de las vidas de los demás, sus amigos de cordada, sus compañeros, Ludovic. Cuando eres «la pequeña», das educadamente tu opinión si te la piden. Louise es sensata, a la gente le gusta preguntarle su opinión. Ella responde, eso es todo. Le vienen a la memoria sus fantasías de niña. En las historias que se inventaba, ella tenía el mejor papel, ella era la protagonista, admirada o combatida, pero actriz de su propia vida. ¿Por qué renunció a sus sueños? ¿Cuándo admitió que era preferible no ser guía de alta montaña? ¿Qué miedo hizo que renunciara a sus ideales y se contentara con ser cabeza de cordada durante unas horas a la semana? En la vida real, Louise a menudo creía que era una incompetente y prefería ver cómo los demás decidían por ella. A día de hoy, ya no tiene elección.

Ludovic está encallado. Algo se ha roto en lo más profundo de él. Una especie de péndulo incontrolado lo hace oscilar del optimismo al pesimismo, el humor le cambia tanto como las nubes que desfilan, aclarando u oscureciendo la bahía. A veces, se ve

regresar a la civilización triunfante tras unas pruebas homéricas. Y un instante después, todo es inútil. Es demasiado negado. Si pudiera, se quedaría acurrucado debajo de las mantas sucias. Quedarse ahí, soñar despierto, huir mientras duermes, esperar. Levantarse es un sufrimiento. Volver a encontrarse con la luz grisácea, la humedad, las mil heridas que le atormentan el cuerpo debilitado resulta insoportable. Empieza a detestar ese «40» que él acondicionó con tanta energía. Hasta el ridículo nombre le parece insoportable. Ludovic lucha, se levanta.

Louise lo entiende. Sentados en las vértebras de ballena delante de la estufa que ella hace zumbir hasta el rojo vivo, hablan en voz baja, como si estuvieran trazando un plan secreto. Louise da el todo por el todo:

—Construiremos un barco, repararemos el ballenero que está en el dique seco en el astillero. No está en tan mal estado.

—Tú estás loca, estamos a 2.500 millas de Sudáfrica y a 800 de las Malvinas.

—Y qué, a dos nudos de media es posible. Las Malvinas están a contraviento, pero Sudáfrica en un mes o mes y medio es posible. Recuerda Shackleton y la travesía que hizo desde la Antártida.

—Sí, pero nosotros no somos Shackleton. ¿Y la comida? ¿El agua?

—Oye, nos llevará tiempo. Tenemos todo el invierno para reparar el barco y acumular los víveres. Tenemos que reaccionar, Ludo.

Louise se entusiasma. Describe el barco, con los lados redondeados, una cabina pequeña, un mástil y las velas improvisadas. Será el *Jasón 2*, su segunda oportunidad.

Ludovic la ve en el tren, la primera vez, con los ojos salpicados de estrellas, igual que hoy. Tomar cualquier decisión le repugna. Pero Louise se empeña, se esfuerza como un buen soldadito. Está patética, con esa chaqueta de la que el azul pálido solo es un recuerdo debajo de los rastros de barro, las greñas pegadas por la mugre, las manos llenas de cicatrices de tajos, volviendo al asalto como un soldado de la Primera Guerra Mundial. Louise expone sus argumentos tanto para tranquilizarse ella como para convencerlo a él. Ludovic cede, por impotencia, casi fascinado por esa chica flacucha con infinita energía. Tomar una decisión es un alivio.

Ludovic recuerda las imágenes piadosas que su abuela le enseñaba. Un cruce del que salían dos vías: el camino hacia el paraíso empezaba enmarañado y poco a poco se iba suavizando, mientras que la ruta que a primera vista parecía segura conducía al infierno. ¿Tonterías judeocristianas? ¿Superstición sacrificial? ¿Quién sabe? En el punto en el que están...

El ballenero yace en el terraplén del astillero, como un monstruo dormido. Un mal viento lo había torturado hasta que derribó las cunas de botadura. La tablazón de estribor cedió casi un metro cuadrado cuando el barco se apoltronó. Nueve metros de largo, tres de ancho y en los lados aún tiene una gruesa jarcia de cáñamo revestida de caucho, que indica que debía de ser una pilotina. El barco que flanqueaba a los pesqueros y los guiaba hacia el muelle. Muchos tabloncillos se han separado y cintas de estopa hechas polvo se escapan del barco como montones de gusanos.

El grueso roble se ha encanecido con los años, se ha llenado de ríos de herrumbre y excrementos, pero aún inspira confianza. En el puente, la superestructura de la cabina está abierta a todos los vientos. En la boca de hombre que servía de puesto para el piloto, la barra solo es una varilla dorada del óxido. En la parte delantera, la vida ha recuperado sus derechos. Dentro de cada intersticio han germinado las festucas, que cubren la proa con una cabellera pajiza. Los cormoranes se han apoderado de ellas y han tejido las hierbas en altos nidos. Con sus ojos de color azul rey, que realza el pompón de color naranja oscuro, escrutan a los intrusos con aspecto preocupado y alzan el vuelo a su pesar. Louise aprovecha para liquidar a los polluelos con vistas a la ración de la noche. El interior está devastado, lleno de agua podrida. Aún hay una mesa y un banco sólidamente atornillados a unos armarios inestables, todo pegajoso de humedad y ennegrecido por los hongos. Un bloque de herrumbre ya no merece el nombre de motor.

De manera extraña, el monumental trabajo para hacer de esa chatarra un barco capaz de enfrentarse a los mares del sur le da nuevas energías a Ludovic y atenúa su sentimiento de fracaso. El entusiasmo ha desaparecido, pero al menos consiente en volver realmente a trabajar. Lo absorbe la actividad y se refugia en ella. De sujeto pasivo, rendido, ahí está, vuelve a ser actor. Louise lo vigila como una enfermera que acompaña los primeros pasos de su paciente.

Durante una semana, se empeñan en enderezar el navío para quitar la parte estropeada. Clavan puntas anchas a mazazos y lo apuntalan con maderos que a duras penas arrastran. Cada milímetro que ganan es una victoria, un paso hacia la libertad. Su capacidad para hacer bricolaje es más que limitada. Habitualmente, lo que está roto se tira. La experiencia de Ludovic se limita a algunas cabañas en árboles y al mantenimiento de su bici, la de Louise es cero. Clavar tablas en los agujeros no es ninguna tarea fácil. Ya solo cada herramienta que necesitan exige horas de trabajo. Hay que encontrarla, ponerla en condiciones, restregarla, quitarle la roña, afilar. Ambos la utilizan mal, se les va de las manos, la desvían, la retuercen, la rompen. A menudo, una mancha de su sangre oscurece la madera o el hierro. Ser tan torpes los desconcentra. Ajustar dos tablas, clavar un clavo derecho parece tan simple, como una de esas cosas que normalmente se sabe hacer de manera instintiva, como la bicicleta. Los dos descubren la complejidad, los imprevistos y las trampas. ¿Son tan

negados?

Los pioneros, los protagonistas de sus lecturas parecían despachar todo del tirón: «Construimos una cabaña» o «Con los restos del barco hicimos una chalupa».

Louise se acuerda de su padre que, para ahorrar, había construido los armarios de la tienda él mismo. Todo parecía evidente. Al final, las estanterías estaban rectas, las puertas cerraban y los cajones corrían. Cae en la cuenta de que ni ella y ni siquiera sus hermanos habrían sido capaces de hacer ni la mitad. Como entre los dos no consiguen tallar un bisel regular para ensamblar las tablas, deciden clavar la madera por el exterior del agujero que tienen que tapar. Dan forma de manera tosca a unos listones, para que se ajusten al redondeado de la tablazón, con unos cepillos que han desenterrado en la carpintería. Pero los tablones se doblan hacia arriba, arrancan los clavos y se parten con el esfuerzo. Al final, usan pernos, pero el resultado es lamentable. A estribor, el casco presenta una hinchazón digna de una mejilla torturada por una infección dental. El conjunto no ofrecerá ninguna estanqueidad y la idea de calafatear los sumerge en un abismo de perplejidad. Ambos tienen vagos recuerdos de unas historias en las que se colocaban de costado unas fragatas para esa delicada operación y se reprochan haber pasado tan rápido por esas descripciones que parecían aburridas. También el timón les plantea un problema insalvable. Los herrajes están oxidados y se han soldado unos a otros así que es imposible mover el pesado apéndice.

Louise y Ludovic podrían desanimarse. En la vida normal, hace mucho tiempo que habrían abandonado, habrían dejado a otros más competentes que ellos actuar en su lugar. Sin embargo, trabajar es un modo de redención. Recuperan la camaradería que los había acompañado durante la navegación. Ahí están luchando hombro con hombro, tímidamente, vuelven a aceptar burlarse de ellos mismos, de su torpeza y de sus esperanzas. Por la mañana, van «al trabajo», como todo el mundo. Por la noche, en medio de los copos rubios, con la espalda hecha polvo por haberse esforzado demasiado y la cara surcada de arrugas de mugre, comentan el día y planifican el siguiente. Esa apariencia de vuelta a la normalidad les da más serenidad que cualquier otra cosa, los une. Ya no es raro que, por la noche, uno u otro deslice una mano bajo los harapos del otro y que se dejen llevar, en su cuerpo a cuerpo, lejos de ese edificio húmedo.

El trabajo avanza lentamente porque, como desde el principio, siguen teniendo que correr detrás de la comida.

El otoño se apodera de la isla. Por las mañanas les pican la cara y las manos por el frío. En el momento en que dejan de estar activos, tiemblan dentro de la ropa desgarrada. Ha debido de empezar el mes de marzo, el momento que, en sus vidas parisienses, marcaba la renovación y ya se olían los planes de vacaciones. Ahí, los días se acortan y el paisaje se hunde en el gris. No tienen más elección que forzarse, día a día, ya sople el viento o llueva, a buscar la pitanza y a alimentar la loca esperanza que los une en torno al barco ballenero.

Una mañana que llueve a trombas deciden tomarse un respiro, pero a primera hora de la tarde el tiempo degenera y una fuerte tormenta sacude la base. El viento ruge, gime, se enfurece. Las viejas planchas metálicas parecen cobrar vida y gruñen como tambores que se responden unos a otros con el avance de las ráfagas. De vez en cuando un crujido largo indica que alguna de las planchas ha cedido, devastando un poco más la aldea perdida. Louise y Ludovic se enclaustran en «el 40», carraspeando por el humo que echa la estufa. La lluvia es tan densa que forma una pantalla casi palpable delante de la ventana. El mundo ha desaparecido, su refugio es una isla en una isla, un fragmento de nube en la que están flotando. No existe nada más, ni tierra, ni hombres, ni plantas, ni animales, ni siquiera el mar. Solo están los dos, en el corazón atronador del huracán. Terminan escondiéndose en la cama, con una de las velas encendida para protegerse de la oscuridad, como unos niños. Cuando golpea una ráfaga más violenta, las paredes vacilan. Por un instante, imaginan que los cristales ceden y los exponen a esa furia, completamente solos, completamente desnudos. Los invade un miedo animal, un miedo frío y duro que los absorbe. Al principio, intentan hablar, se cuchichean historias de antes, de la época en la que sus vidas eran normales. Pero, rápidamente, eso se convierte en un gran esfuerzo porque tienen la mente enfocada hacia el estruendo de fuera. Louise y Ludovic están ahí, postrados como animales, con los puños cerrados, sobresaltándose con las sacudidas del viento. El día se alarga, ambos dormitan cogidos de la mano. La poca luz desaparece, debe de ser de noche. Ludovic, con la cabeza debajo de la manta, se da cuenta de que le caen lágrimas por la mejilla, y no sabe muy bien por qué. Se pregunta si llegará vivo a la otra orilla de esa tempestad. ¿Escaparse de la isla? Estaban locos si lo creían posible. En el mar con ese tiempo, el ballenero remendado se habría hundido sin siquiera dejar un círculo en el agua. A Ludovic le parece, como cuando estaba en el esquife después de haber perseguido al crucero, que el agua le invadía la boca y los pulmones.

Louise también piensa en el ballenero. Igual que Ludovic, el miedo a ahogarse baila delante de sus ojos. Ha llegado a la conclusión de que tienen que quedarse en tierra. Después de todo, ahí hay vida, agua, plantas, animales. Acabarán adaptándose. Louise recuerda las historias de los indios de la Patagonia, que vivían desnudos en el frío del invierno, cazaban en la nieve y pescaban en las aguas heladas. Parece ser que esos indios hablaban con cariño del país que tanto horrorizaba a los colonos. ¿Acaso ellos están menos dotados que aquellos pueblos primitivos? Seguro que sí, porque las ventajas de la civilización desarrollada les han apartado de esa comprensión milenaria de la naturaleza, de esos conocimientos ancestrales que permitían a los hombres vivir con nada. Al civilizarse, han ganado en comodidad y longevidad; sin embargo, esa sofisticación les ha llevado a olvidarse de algunos fundamentos de la vida, y por eso ahora se encuentran sin recursos.

El día siguiente apenas es mejor. Vuelven a pasar el día debajo de las mantas. Solo se levanta Louise para coger un trozo de pingüino ahumado que mascan a

regañadientes. Al fin, por la tarde, el viento se pierde y suelta sus últimos soplos. Por la noche, la base solo emite algunos crujidos, como las réplicas de un tsunami.

Renace un día tranquilo, el cielo límpido les parece frágil. Instintivamente, acechan señales precursoras de la tormenta que volverá. Por fin, relajan la respiración.

En el astillero todo es un desastre. Los pobres puntales han cedido y el casco yace de nuevo, destripado, encima de los tablones que habían clavado con tanto trabajo y que han estallado. Sin gritos, sin llantos, paralizados a unos metros uno del otro, contemplan la destrucción de semanas de esfuerzo. Ya no les queda energía para tener estados de ánimo. Ambos se sienten solo vacíos, tan groguis como un boxeador arrinconado contra las cuerdas, tan aturdidos como el primer día de la desaparición de *Jasón*. Sin embargo, en esa ocasión, los dos han luchado y perdido.

Lo que les espera en la bahía James es aún más preocupante. Los pingüinos han desaparecido, dejando tras sí una alfombra de excrementos rosáceos y fétidos. Louise y Ludovic se habían dado cuenta de que las crías empezaban a nadar con torpeza y de que los padres estimulaban a la prole a picotazos para obligarlos a hacerse autónomos. La naturaleza no es conciliadora y la vida solo dispone de unos pocos meses para enraizarse. El frío entumece la tierra. Mala suerte para el que llega tarde y para los endebles, que no podrán ganar a tiempo el océano protector. La tempestad ha acelerado su retirada. De las decenas de miles de individuos, algunos centenares aún recorren ese campo de batalla desierto.

Los tres días siguientes, atenazados por la urgencia, se empeñan en salvar todo lo que puede serlo y en capturar la mayor cantidad de pingüinos posible. Con la rutina han adquirido gran destreza. Las piedras ya no ruedan debajo de sus pies cuando bajan rápidamente la colina; saben anticiparse a los movimientos de huida erráticos de los animales, los palos golpean justo con la fuerza necesaria que da el puño y no fallan el objetivo. Cada vez regresan al «40» cargando más animales. Los cazadores de focas del siglo XIX les habrían admitido de muy buen grado en su comunidad.

Al cuarto día, la nieve les para en seco el impulso. Ludovic, en cuanto abrió los ojos, reconoció la luz más azulada y el silencio espeso. Como cuando era niño, vuelve a cerrar los ojos para saborear el día que se presenta. En Antony la nieve no es muy frecuente y pronto se convierte en un barro grisáceo que se pega a las suelas, pero al menos hay un día de gracia. Ludovic va a abrir la puerta ante ese mundo que se ha vuelto virgen y del que será el explorador. Recuerda el instante de contención delante de la página en blanco del jardín, el paisaje familiar y cambiado a la vez. Recuerda su prisa por destrozarse la nieve rodando por encima de ella, por poseerla entre grandes carcajadas, por revolcarse sobre la nieve para dejar su huella con los brazos y las piernas en cruz.

Sin embargo, cuando salen del «40» no encuentran nada de aquella alegría. La nieve ha dejado de caer, pero aún infla el cielo de un gris uniforme que absorbe la luz. La humedad ha ennegrecido la madera y la chatarra. El manto blanco, que da un

aspecto aún más desolado a esas ruinas, les deslumbra todos los sentidos. Al margen de algunas huellas tridáctilas de aves de mar, no hay ningún rastro de vida. Lejos de experimentar esa sensación de un mundo nuevo, Ludovic tiene una sensación de abandono, del adormecimiento previo a la muerte. Louise no es tan macabra, pero mentalmente echa cuentas. El invierno llega, el invierno está aquí. En la cocina solo cuelgan unos cuarenta pingüinos resecos y restos del león marino. ¿Y luego?

Los dos bajan a la playa cogidos de la mano. Esa nieve después de la tormenta señala una nueva fase de sus vidas en la isla. Dejan tras ellos las actividades escritas en borrador y desordenadas, sus reflejos de resistencia cotidiana. Ese universo blanco aparece como una metáfora: vuelven a partir de cero. Pero, esta vez, no tienen nada, ni comida ni medios de evasión.

No hablan, siguen a pasos lentos la línea de altamar donde la nieve se detiene bruscamente. El tiempo está en calma, un mar gris silba suavemente sobre la arena, hay unos lazos de nubes, inmóviles, a media altura del acantilado, el cielo pesa como una tapadera. Sobre esta playa blanca habrá que escribir una nueva historia, encontrar una idea, un impulso. El cansancio es el que domina, un abatimiento irreprimible los deja sin fuerzas ni esperanza.

Según las cuentas del cuaderno, debe de ser finales de abril. No amanece antes de media mañana. Se han acabado las actividades regulares, la gimnasia matutina, el plan de trabajo diario. Desde que desaparecieron los animales y se descuajeringó la chalupa, Louise y Ludovic se sienten en caída libre. La nieve ha estado cayendo de manera esporádica durante los últimos quince días, han tenido que quitarla para llegar al río que, a menudo, tiene una fina película de hielo.

Los días les pesan. Quisieran dormir y dormir para olvidar, dormir y despertarse milagrosamente libres de esa pesadilla que ya ha durado demasiado.

Han decidido limitar la ración a un pingüino por día y persona. A mediodía, fríen los mejores trozos con la grasa del león marino; para el resto del día, cuecen durante horas una extraña mezcla de jirones de carne, huesos machacados y la piel, que antes despreciaban. Por la mañana y por la noche estiran al máximo esa sopa, y el agua caliente que les llena el estómago les da una breve sensación de saciedad. El resto del tiempo, el hambre les retuerce el estómago, les provoca repentinos mareos y paraliza cada uno de sus movimientos como si se debatieran en una tela de araña. El hambre también les roe el ánimo, les impide pensar, hacer planes, imaginarse solo mañana. Louise y Ludovic están atrapados en ese letargo que crea la inactividad. Cortar tablones para alimentar la estufa y recoger un puñado de molusco con la marea baja es su única ocupación, pero hasta eso les repugna. El resto del tiempo lo pasan junto a la estufa.

Ludovic tiene una tos cada vez más cavernosa. Él insiste en que solo es una angina pasajera, pero Louise ve cómo se lleva la mano al pecho instintivamente conteniendo un gesto de dolor. Ha adelgazado tremendamente, cada una de sus articulaciones forma una protuberancia enfermiza bajo la piel. Camina a pasitos, como un viejo, moverse lo agota. Pese a todo, hace esfuerzos desesperados para reanimar la llama de su legendario optimismo. Ha fabricado dados y fichas de dominó con trozos de madera y los ha pulido con cuidado, preocupado por su estética y duración. A Louise le irrita verlo absorto en ese trabajo inútil, pero no hay nada más que hacer, así que más vale que se ocupe de eso. Y le pone aún más nerviosa que Ludovic intente jugar a la normalidad.

—¿Una partida? Quiero la revancha, me diste una buena paliza la última vez. Hoy, me apuesto el bol de sopa de la noche.

—Deja de hacer el imbécil, mírate, solo tienes hueso y pellejo.

—Pues por eso, un bol de agua caliente más o menos...

Louise no tiene ganas de jugar, ya no tiene ganas de nada. Ha puesto fin a la época de buen soldadito. No puede hacer más esfuerzos, los ha estado haciendo durante toda su vida y, a la vista de los actuales resultados, ha sido completamente en vano. Le saca de quicio Ludovic con su falso buen humor. Sabe que tendría que sentir lástima por él, intentar dulcificarle la vida, porque ella está en mejor forma, pero

sufre una indiferencia que la hace sentirse culpable. En ocasiones, llega a sentir un odio brutal hacia él, tan incontrolable como inexplicable. Tiene en la punta de la lengua unas respuestas hirientes para sus bromas, pero ya no quiere discutir como acostumbraban a hacerlo. Louise se vuelve obsesiva y se pone a contar todo: el número de pingüinos que disminuye, el número de moluscos que han cogido, los trozos de madera que echan al fuego. En los arranques de rabia contra ella misma, se da cuenta de que el espíritu mercantil de sus padres no ha muerto. Esa herencia es lo que más la desespera de todo. Si el tiempo lo permite, Louise prefiere salir, no ver cómo tose Ludovic en la semipenumbra de la habitación mientras juega compulsivamente al Yams.

La nieve ha hecho impracticable una buena parte de la base y el fondo del valle. Louise se contenta con ir y venir a la playa y cuenta las vueltas decepcionada, sin poder evitarlo. Caminar la tranquiliza, pero le da aún más hambre. Regresa a casa.

—¡Cariño, mira, es Navidad! He conseguido atrapar una rata.

Ludovic agarra por la cola a un animal con la garganta cortada, por la que aún gotea sangre. Hace días que prueba distintos tipos de lazos o trampas sin importarle que Louise se burle de él. Comer una rata. A Louise le gustaría mandarlo a paseo, pero se le llena la boca de saliva. El deseo de sentir carne contra el paladar, hacer crujir los huesecillos con los dientes, la supera.

Imposible saber la hora, quizá es medianoche. El silencio es palpable. Louise no duerme, está tumbada, buscando el mínimo crujido o roce que le indique que aún pertenece al mundo de los vivos. Ese silencio es un no ruido, igual que la no existencia que viven. Aquello parece una pesadilla en la que todo hubiera desaparecido.

Cada vez le ocurre con más frecuencia que se despierte de ese modo, la alerta un silencio que es todo salvo quietud. Por lo general, se acurruca contra Ludovic, él duerme de lado y ella se mete de cucharita, le pone la mano en el pecho y percibe los lentos latidos de su corazón, se concentra para escuchar su respiración que, después de todo, es un ruido. En esos momentos, Louise se siente en paz con él y ese gran cuerpo abandonado la conmueve de nuevo. Es un sentimiento más maternal que de enamorada, pero Louise tiene ganas de volver a ver brotar su desarmante sonrisa. Entonces hace un montón de buenos propósitos para el día siguiente: ser menos hiriente, más tolerante. Sabe que no los cumplirá.

No obstante, esa noche, en el momento de abrazar a Ludo, la atraviesa un sentimiento fulgurante: ¡Debe huir! La idea se le presenta como una evidencia, o, peor aún, como si una parte de su cerebro hubiera madurado y se impusiera, aprovechándose de su debilidad. Todo se encadena con lógica en su mente, sin ningún afecto. Solo son unos pensamientos, uno llama al otro. Van a morir. Los dos. Apenas ha empezado el invierno y ya no tienen casi nada para comer. Ludovic está enfermo físicamente, pero sobre todo roto moralmente. Eso es así desde el episodio del crucero, y que se derrumbara el ballenero lo ha rematado. Se ha quedado sin energía. Louise no se atreve a pronunciarlo: «no sirve para nada», pero esa idea ya la ha invadido. La única solución que le queda es marcharse sola a buscar la estación científica. En ese lugar tiene que haber necesariamente víveres almacenados y quizá algún medio de comunicación. Han sido unos pusilánimes por no querer ir allí. Ahora, Ludovic ya está demasiado débil para hacer semejante viaje. Incluso, pase lo que pase, es posible que no sobreviva. Louise lo siente, lo sabe. Ella debe vivir, por lo tanto, ponerse en marcha. Eso es todo.

Un instante después, siente una vergüenza sin límites. ¿Se va a ir sin él? ¿Acaso eso no es entregarlo a la muerte? Ludo es débil. ¿No queda en ella nada de su amor o al menos una parcela de compasión? ¿Se ha convertido en un monstruo de egoísmo?

Piensa de nuevo en sus fantasías infantiles. Nunca en sus papeles de protagonista habría abandonado a una viuda o a un huérfano. Al contrario, volaba en auxilio del prójimo, aun a riesgo de su vida. Y ahí está, en ese momento, dispuesta a convertirse en culpable de abandono de una persona en peligro. Y no es cualquier persona, es el hombre de su vida. Esa existencia miserable y las privaciones no solo han mermado su nivel de vida y su opulencia. El miedo ha destruido lo más esencial en ella: sus sentimientos, su humanidad. Ahí está desnuda y con su supervivencia como única

obsesión, igual que cualquier de los animales con los que se cruza a diario.

Le gotean las lágrimas en la cara. Ludovic debería darse cuenta. A ella le gustaría que él se diera la vuelta, la abrazara y le susurrara solo una palabra. Una caricia no: solo una palabra, un gemido que le comunicara que está ahí, que él no deja nada tirado, a ella tampoco. Louise se concentra en esa idea como hace a veces, creyendo poder influir en el destino solo con la voluntad.

No sucede nada. Ludovic no se mueve ni un milímetro. Podría estar muerto. Y si muere, ¿no sería él el que la abandonaría? ¿Qué sería de ella entonces? Louise se ve aún más débil que hoy, sola en esa chabola, donde la estufa acabará apagándose y el corro de ratas acercándose.

Louise respira lentamente para tranquilizarse. Muy despacio, muy despacio... Solo es la hora mala, la de la noche profunda, la hora negra del cielo y del alma, la hora en la que todo se deshace. Louise conoce bien esa hora, a menudo ha luchado contra ella. Desde que era una cría, cuántas veces se ha despertado así, segura de que no se sabría la lección, de que su madre olvidaría su cumpleaños, de que nevaría demasiado en el monte, de que Ludovic no volvería a llamarla... Louise se obliga a pensar que es su cerebro límbico el que está en acción, su lado de mujer cavernícola que veía apagarse el fuego en mitad de la noche y dudaba de que el sol se levantara al día siguiente.

Solo tiene que conseguir volver a dormirse. Como si fuera un niño, tiene que acunarse con una historia agradable... A dormir mi niño..., que tengas lindos sueños... Cariño mío...

Louise se da media vuelta y se aprieta contra Ludovic. Siente una arcada. Ludovic apesta, huele como un mendigo, a basura, sudor y orina enfriada, le huele la ropa vieja que ya no se quita, en la que se pudre un cuerpo sucio. El tufo la ahoga y sin embargo hasta entonces nunca lo había notado. Al menos ella debe de oler menos mal. Sigue esforzándose por lavotearse todas las noches. Ludovic podría hacer lo mismo, aunque fuera por educación. Y ahí está la antífona que arranca de nuevo: Ludovic no hace ningún esfuerzo. Ella se encarga de todo y ya no tiene fuerzas para cargar con los dos, ni ganas de compartir el escaso alimento, ni está dispuesta a soportar ese olor a derrota. El olor no miente, es el sentido más instintivo. Se puede mentir con el gesto o la palabra y hasta con la mirada. No se puede mentir con el olor. Los animales lo saben muy bien, usan y abusan de él para expresar su miedo o su deseo. Desde tiempos inmemoriales, el hombre ha pretendido separarse del olor llenándose de perfume, ¿acaso no es por esa única razón?

El olor no miente. El de esta noche le dicta huir, rechazar a Ludovic inmediatamente.

En los momentos importantes, piensa Louise, el humano está solo. Frente a la vida, la muerte y las decisiones supremas, el otro deja de contar. Debe olvidar a Ludovic y simplemente vivir. Tiene el más absoluto derecho a ello, es su deber para consigo misma.

La noche sigue igual de oscura y tranquila. Solo arde el ojo rojo de la estufa que no apagan nunca. A ella le toca vigilar el fuego. Así que a Ludovic no le extrañará, en sueños, que ella se levante y hurgue por la habitación. Louise coge su chaqueta y los zapatos, uno de los cuchillos más afilados, vacila durante un segundo antes de coger el mechero y se lo mete en el bolsillo. A tientas coge el cuaderno, el estilete, la tinta y una vela que enciende antes de alimentar el fuego.

En el taller garabatea:

«Me voy a buscar ayuda. Volveré como más tarde dentro de una semana».

Louise no sabe si esa última frase es verdad, a ella le gustaría creerlo, o al menos fingir que lo cree.

Duda y añade:

«Cuídate, te quiero».

En ese preciso instante, ella no lo quiere. Incluso Ludovic le resulta indiferente. Su marcha lo devastará. Louise suelta esa última palabra como una limosna.

Su mente ya no está con Ludovic, se concentra: una botella para usarla de cantimplora, la mochila con los piolets y los crampones... Abajo, descuelga cuatro pingüinos, cambia de opinión, coge un quinto. Quedan quince, nadie podrá acusarla de nada. Pero ¿quién iba a acusarla y de qué?

Fuera, el frío la invade, solo con inspirar se le hiela la nariz. Durante un segundo, siente la tentación de volver y acurrucarse junto a Ludovic. ¡Vamos, fuera las dudas! Basta con que se imagine que sale de un refugio de montaña y que le espera una bonita subida.

Unos cúmulos se arrastran delante de una medialuna que da a la nieve un brillo azulado. Lo suficiente para caminar. No sopla nada de viento ni se oye ningún ruido en la vieja estación, que parece un decorado. Lúgubre como un cuadro de Buffet. Louise siempre ha detestado a ese pintor. Se vuelve rápidamente y empieza a dejar su huella en la nieve virgen que le llega hasta la pantorrilla. Se niega a pensar en nada que no sea su camino, remontar el valle, girar a la izquierda y luego buscar un paso por el primer glaciar, el que ha creado el famoso lago seco. Después, no sabe muy bien. Recuerda que los mapas mostraban una serie de bahías separadas por otros glaciares. Su objetivo se encuentra en una de esas bahías, ¿en cuál? Se concentra en el ligero crujido de la película de hielo, a la que sigue el chasquido de su pierna atravesando la nieve blanda. El sonido hipnótico le impide reflexionar, pensar en su arrebato. Recoge unos trozos de madera para hacer fuego cuando esté arriba y un palo para explorar la nieve.

El cuerpo de Louise entre en calor, sus articulaciones se engranan como una buena máquina. Solo con poner un pie delante del otro, Louise recupera viejas sensaciones, le recorre un fluido vital, una sensación de ser inmortal. Se eleva prudentemente por el valle, atenta para no dar un paso en falso, que supondría una catástrofe. Porque Louise está sola, completamente sola y, no sabe por qué, pero ahora esa idea la tranquiliza y la excita.

El día encanece cuando Louise se concede un primer descanso. Ha avanzado sin demasiadas dificultades hasta el glaciar, que seguramente será su primer gran obstáculo. La bahía, aún en calma, adquiere un color vinoso. Apenas se ve la base bajo la nieve. La mujer no quiere pensar en Ludovic. No, no tiene que hacerlo. A esa hora, él debe de estar despertándose, quizá alertado por el frío, porque ya nadie mantiene el fuego. Ludovic ha debido de palpar junto a él, sentir el vacío, el sitio frío, llamar, saltar de la cama, volver a llamar y sentir una repentina preocupación. Louise no puede dejar de imaginarlo. Él aún está grogui y ella espera que en primer lugar reavive el fuego. Necesariamente tienen que quedar brasas y lo conseguirá. Ludovic la busca, se pregunta por qué se ha ido tan temprano sin avisarlo. Echa un vistazo por la ventana. No, Louise no está en la playa cogiendo moluscos. Ludovic sale, encuentra la nota, corre afuera y la llama. En ese punto, Louise sabe confusamente que se cuenta la historia que le conviene. Ludovic volverá a entrar en casa, pensativo, aliviado porque ella no le haya pedido una opinión que él no habría sabido darle, y, confiando que su mujer regresará pronto, levanta la tapa de la estufa para freír su pingüino diario.

No es el momento de soñar despierto, Louise tiene que aprovechar al máximo el día, que es muy corto. Sacude la cabeza, fija los crampones y ataca la pendiente de nieve.

¿Cuántas veces ha pensado Louise en morir? ¿Cuántas veces ha visto su cadáver reseco, yaciendo en la ridícula postura en que quedó al caer, con la ropa rota y unos cuantos petreles hurgando en su carne desnuda? No lo sabe y qué importa. Ahora solo cuenta la concentración final que desarrolla para poner un pie delante del otro, para obligar a ese cuerpo que sufre a moverse, una y otra vez.

Louise no cuenta los días: cinco, seis, quizá siete. Ya no sabe cuánto tiempo hace que no ha comido, desde que se terminó el último pingüino. El estómago le ardió de hambre, la cabeza le pesaba como un yunque, luego se sintió ligera, tan vacía como las conchas que caracolean en la playa. Louise pasó más allá del hambre.

Louise piensa poco y mal, su mente divaga, salta de un recuerdo a otro, mezcla su vida de adolescente con el drama del naufragio y con el momento en que conoció a Ludovic. También es por falta de sueño. Desde la primera noche, el frío glacial la ha torturado. En las zonas altas de la isla, el único refugio es enterrarse en la nieve y ahí, acurrucada, Louise asiste impotente a la congelación progresiva de sus miembros hasta que ya solo le queda un puntito tibio en el agujero del estómago. De manera que, en plena noche, ya sople el viento o nieve, se obliga a levantarse solo para no morir. Las dos últimas noches, con una gran tormenta, no durmió en absoluto. Se mantuvo más o menos a cubierto en un acantilado y anduvo dando vueltas hasta que se hizo de día, convencida, como la cabra del señor Seguin, de que moriría al amanecer. Y no, no ha muerto. Ahora está bajando lentamente una pendiente de nieve abrupta y abajo, apenas visibles a través de la bruma y por su vista nublada, hay dos tejados rojos en la orilla del mar.

No pasó nada, por supuesto, según el guión que Louise imprudentemente elaboró cuando se puso en marcha. Desde el primer día, el glaciar se mostró diabólico. El hielo, bajo presión, estalla en mil pedazos, en mil trozos y forma un caos infranqueable, así que decidió rodearlo por lo alto. Le costó mucho, unas veces siguiendo la rimaya y otras en el revoltijo de grietas que una de cada dos veces la llevan a un callejón sin salida. En ocasiones, se hunde en una falla, se sumerge en el mismo corazón del glaciar y coge oscuros senderos entre dos precipicios fríos y traslúcidos. Luego, con mucha dificultad tiene que tallar escalones para salir de allí. La primera noche, consiguió encender un pequeño fuego en la propia roca, rodeada de un hielo al que la llama temblorosa le da reflejos rojos y dorados, haciéndolo parecer vivo. No consiguió apenas cocinar el pingüino, pero la carne tibia resultó reconfortante. Es la única vez que pudo hacer fuego.

Al día siguiente se levantó el viento y llovía. Se pasó todo el día remontando el glaciar a ciegas. Con el último fulgor del día se le apareció una amplia meseta. Allí empezó a enterrarse en la nieve, cuando no había suficiente luz para seguir adelante. En ese universo de hielo, nieve y agua, era imposible encender lo que fuera. Louise royó la carne cruda sin siquiera darse cuenta de que, unas semanas antes, esa carne

medio putrefacta la habría hecho vomitar.

Durante días deambula por la meseta rodeada de niebla. Sin brújula, le resulta imposible mantener una línea recta. Cuando un fantasmagórico sol asoma a través de la bruma, intenta reprogramarse, pero llegó hasta a volver sobre sus propias huellas. Es terrible y pese a todo tranquilizador, porque el campo de nieve inmaculada le produce vértigo. Nunca, ningún ser humano ha caminado por allí. Ese sentimiento, que le habría entusiasmado durante sus travesías alpinas, la sumerge en un abismo de espanto. ¿Dónde están los hombres que necesita con tanta desesperación? Parecen haberse desvanecido para siempre. Está sola en el mundo. Más tarde, volviendo a pensar en eso, será incapaz de decir cómo no murió de frío y de hambre, perdida allá arriba. Avanza como un autómatas. Cada zancada es un combate, le arden los músculos de las piernas. Tiene que sacar el pie de la nieve, pasar despacio el peso para no hundirse demasiado profundamente, traer de nuevo la otra pierna y volver a empezar. Así una y otra vez. Si Louise no hubiera tenido mucha experiencia y sobre todo una voluntad hipnótica de seguir, se habría derrumbado. Está tan cansada que, al final, cuenta quince pasos, se detiene para respirar y vuelve a contar quince pasos. Se acompaña canturreando canciones infantiles, las que recuerda de su infancia. En un momento, el sol reapareció y despejó la visibilidad. Consiguió alcanzar el borde de un precipicio y, abajo, a lo lejos, como por una especie de milagro, vio los tejados. Louise no sintió nada, está más allá, tan vacía de cuerpo como de alma. Solo recuerda que tiene que alcanzarlos.

Una enorme piedra y una barra de madera entre dos ganchos bloquean la puerta, que apenas chirría al abrirse. En la zona de entrada, hay un banco, evidentemente para descalzarse, a juzgar por las botas militares que hay encima, enfrente de unos percheros con impermeables usados. La otra puerta se abre ante una amplia habitación revestida de madera, un salón comedor cocina, muy doméstico: cocina de gas, frigorífico, fregadero, una mesa larga, sillas y hasta dos sofás delante de una caja llena de revistas. Las cosas están envejecidas, la limpieza es sospechosa, pero todo está ahí. Un poco por todas partes, los ocupantes, como si fueran niños, han esparcido en los muebles sus hallazgos de plumas, conchas o piedras. Un trozo de pared está lleno de fotos, carcomidas por la humedad, unos rostros tirando a jóvenes, sonriendo delante de un buen plato de comida, con un pájaro herido o un indescriptible equipo científico. Louise aún no ha abierto los postigos. Una luz débil se filtra por las contraventanas separadas y hace bailar rayos de polvo. Reina un gran silencio. Louise avanza y cae de rodillas en el suelo. Siente unas terribles ganas de vomitar, pero no tiene nada en el estómago desde hace mucho. No le queda energía, ni siquiera para revelarse. Le tiemblan todos los miembros. Lo ha conseguido, la pesadilla ha terminado.

En un último sobresalto de energía, Louise abre los armarios y devora, al azar, un puñado de azúcar, pasta cruda y barritas de cereales. Al final se arrastra hasta el sofá y cae medio desvanecida medio dormida. No sabe cuánto tiempo lleva durmiendo. Se despierta, es de noche, se duerme de nuevo, y así varias veces seguidas. Por fin, se despierta, es de día.

Pese al hambre, esta vez se toma su tiempo para sacar tranquilamente cada cosa de los armarios, y de paso siente el contacto frío y liso de la vajilla, el peso de la olla de fondo grueso, el crujido de los espaguetis cuando agita la caja de cartón. Se obliga a cocer bien la pasta, a calentar la salsa de tomate. Luego pone la mesa, sintiendo cómo la saliva le invade la boca. Una vez comida, vuelve a acostarse en una auténtica cama. Dos habitaciones más pequeñas, contiguas a la grande, muestran doce literas y sobre ellas hay unos edredones pacientemente ordenados. Louise se duerme inmediatamente con un sueño profundo, como una tapa encima de los meses que han pasado.

Durante los dos primeros días, Louise se siente infinitamente demasiado débil para arriesgarse a hacer el viaje de vuelta. Solo ir a buscar agua le cuesta mucho y le repugna, como si una varita mágica pudiera hacer desaparecer el refugio que al fin ha encontrado. Duerme mucho. Ha hecho detalladamente el inventario de las reservas, con más admiración de la que nunca ha sentido, ni siquiera en Navidad cuando era pequeña. Hay de todo: conservas, frutos secos, pasta, arroz, verduras deshidratadas. Creyó que moría de gusto cuando se zampó un orejón, dejando que el jugo almibarado le recorriera la garganta. Hasta lamió la tapa del bote de habas dulces.

En un recoveco de su cabeza, Louise sabe que Ludovic está allí, pero de momento la distancia le parece infranqueable. Precisamente piensa en él cuando, una vez que ha recuperado ligeramente las fuerzas, empieza a explorar sus dominios. Descubre lo que hace de cuarto de baño, un cuchitril con una bañera y un lavabo que hay que llenar con un cubo.

Debajo del lavabo, cubierto de cagadas de mosca, un espejo le provoca un violento sobresalto. ¿Esa es ella? ¿Ese pelo aplastado que le hace el cráneo de un pájaro? ¿Esos ojos desmesuradamente hundidos en sus órbitas de color violín? ¿Esa piel con cuperosis, llena de manchas negruzcas de mugre mezcladas con quemaduras del frío? Esa cara cadavérica, sí, es la palabra que le viene a la boca. Louise comprende que ha llegado al borde del precipicio, del agotamiento y de la aniquilación. En primer lugar debe protegerse antes de acudir en socorro de quien sea. Ella, Louise, debe vivir, después ya se verá. Eso le recuerda el aviso de seguridad en los aviones que siempre le ha impactado, el que explica que uno tiene que ponerse primero su propia máscara de oxígeno antes de ponérsela a su hijo. Ahora entiende por qué es así.

Si regresa allí, morirá. Sin ninguna duda. Aun admitiendo que encuentre el camino de vuelta, en la antigua base no hay suficiente alimento para aguantar hasta el verano y no podrá llevar allí bastante comida, ni tirar de Ludovic hasta donde ella ha llegado. Louise siente que le invade un egoísmo primitivo y animal que intenta justificar. ¿Un animal se sacrificaría por otro? No. El sentido de la vida es protegerse y cuidar de uno mismo antes que ocuparse de los demás. El altruismo vale para las sociedades ricas. Ha llegado a un punto de miseria en el que no es una regresión pensar primero en ella. Simplemente se trata de recolocar las prioridades.

En realidad, Louise sencillamente tiene miedo. Siente un terror absoluto ante la idea de arriesgarse de nuevo a atravesar la montaña y aún más a volver a la antigua base y al «40», que únicamente simbolizan el fracaso y la muerte. Solo con pensar en eso se le retuerce el estómago y se ahoga. Nada puede compensar lo que siente, ni siquiera la suerte de la persona a la que más quiere.

Parece ser que un herido grave segrega endorfinas que neutralizan el dolor. Del mismo modo, la mente de Louise, sin que ella se dé cuenta, con el paso de los días extiende una cortina de olvido en torno a Ludovic que le ahorra el dolor de su decisión. Instintivamente piensa cada vez menos en él, como si su imagen se disolviera en la bruma del ambiente, igual que el rostro de un muerto del que se acaba por olvidar los contornos.

Pasan los días. Louise sale poco. El sofá junto a la estufa de carbón le sirve de escenario para una vida entre paréntesis. Louise lee y relee siempre como la misma alegría las revistas insípidas y hace los crucigramas. Louise sueña despierta, mientras escucha el golpetear de la lluvia que cae en las planchas del tejado y saborea con gula

el hecho de estar a cubierto.

Se pasa las horas calentando agua para llenar la bañera, en donde flota, y solo sale de ese semicomá cuando la temperatura del baño se enfría. Con el pelo cortado a tijeretazos, las uñas cortas y vestida con una ropa demasiado amplia pero cómoda, lucha indolentemente contra la bulimia que la empuja a cocer pasta o arroz a cualquier hora. Louise se va recuperando. Ludovic ya solo es una sombra, un recuerdo encerrado en el fondo de su mente.

Unos días más tarde, Louise sale de su letargo para explorar la otra casucha. Al principio, cuando se dio cuenta de que solo era un laboratorio, la ignoró. Nada bueno para comer ahí dentro. Después, la curiosidad y la ociosidad la llevaron allí y descubrió un radiotransmisor. Comunicar, conectarse, hablar con otros seres humanos, pedir socorro, todo eso le produce escalofríos. En el *Jasón* no tenían ese tipo de aparatos, prefirieron un teléfono vía satélite. Pero en algunos refugios de montaña los usaban porque eran más baratos y, aunque sin prestar mucha atención, vio cómo funcionaban. Para empezar, hace falta energía, por lo tanto, arrancar el grupo electrógeno del cobertizo.

Pasan tres días antes de conseguirlo, casi por casualidad. No hay mucha gasolina, pero será suficiente. Esa primera victoria frente a la técnica la llena de esperanza. No hay que ser brujo para hacer que funcione un radiotransmisor. Gira unos botones, pone en marcha unos interruptores de manera aleatoria, unos números desfilan por la pantalla, el altavoz silba, gruñe, cruje. Echa pestes por no encontrar el manual de instrucciones. De vez en cuando, escucha unas voces extrañas y recupera la esperanza, grita al micro. Le exaspera ser tan torpe en la época de internet y no saber siquiera cómo funciona una radio. Actualmente todo va tan rápido, un aparato que no tiene veinte años ya está obsoleto o nadie sabe utilizarlo. El miedo a quedarse sin gasolina acaba por concretarse. Lloro, la invade el mismo sentimiento de impotencia que cuando el crucero desapareció en la bruma. Luego se resigna. No sirve de nada luchar. Las falsas esperanzas la desmoralizan, más vale esperar a que llegue el salvamento y la situación se resuelva para bien o para mal. Porque, ahora, lo peor ya no la asusta.

Louise espera. Cómodamente, Louise espera. Los días encanecen ante los cristales. Ha inventado nuevos rituales. Levantarse tarde, sabor de chocolate mezclado con el agrio de la leche en polvo, harina frita untada con mermelada, luego agua caliente para un aseo muy largo, esos pequeños placeres le ocupan una parte de la mañana. Leer, ir en busca de carbón, pensar en la comida, cocinar, comer, echar la siesta, ordenar, clasificar maníaticamente el contenido de los armarios y ya se acerca la noche. Justo el momento de prepararse otra comida y hacer que dure mientras contempla la sombra que invade la bahía. Duerme mucho. Hay carbón de sobra y alimentos para pasar el invierno ella sola. Llegará la primavera y con ella el barco científico y toda esta historia quedará atrás. Se ha tejido un caparazón que la mantiene con vida, o mejor dicho entre dos vidas, la de antes y la de después. Se

siente una larva. No tiene nada que hacer, únicamente esperar a convertirse en mariposa. No quiere saber qué pasa en el «40», ni siquiera pensar en ello. Aquí, está protegida, en su fortaleza, en su fortaleza solitaria.

Pasan al menos tres semanas, quizá cuatro. La isla está en lo más hondo del invierno, enterrada hasta la costa bajo metros de nieve. No se mueve nada, salvo el vuelo de algunos pájaros perdidos. En ese país sin árboles, el viento no tiene nada a lo que torturar, se contenta con rugir en la esquina de la casa y con provocar que la lluvia chasquee en los cristales. El mundo está en blanco y negro, apenas más verdoso junto al mar, más pardusco junto a los acantilados. Reina una sensación de eternidad.

Esa mañana, de manera excepcional, las nubes se han desgarrado y un azul líquido invade el cielo. Louise tiene ganas de dar un paseo. El buen tiempo le viene de perillas. Desde hace unas cuantas noches ya no duerme tan bien y le gustaría pensar que es por falta de ejercicio. En sus sueños, algo, o más bien, alguien, la llama.

En la parte resguardada de la bahía, el mar está congelado y la marea ha depositado unos abalorios de carámbanos que brillan al sol. Unos pájaros husmean por allí incansablemente. Louise solo desearía sentirse como ellos, absorbida únicamente por la vida diaria, alimentarse, dormir, pasar el invierno. Pero Louise no consigue entregarse a la rutina. ¿Acaso la atormentan unos remordimientos silenciosos? Unos *flashes* se forman en su cerebro: sus antebrazos llenos de manchas por la exposición al sol, el iris de sus ojos que se vuelve verde cuando se enfada, el extraño ruido gutural justo después del orgasmo. El aire revitalizante de esa bonita mañana disipa la capa brumosa que le invadió el cerebro, igual que lo hace con la niebla de la bahía. Cuanto más acelera el paso más imágenes le llegan a la consciencia. No es el hombre que sufre y desesperado el que se le impone, sino el que ella amó y al que siguió hasta ese extremo del mundo, un personaje alegre, enérgico, sueña con volver a lanzarse a sus brazos, un hombre al que casi había conseguido olvidar y que de pronto le viene a la memoria. ¿Por qué ahora? ¿Quizá porque se ha recuperado físicamente?

Entonces llega el momento de la duda y luego del desgarró. Louise recorre la playa. Hoy lleva ropa de abrigo. El viento ya no se mete por una chaqueta hecha jirones. Unas botas de suela gruesa la protegen de las piedras puntiagudas. De pronto le avergüenzan esas comodidades, luego se enfada por avergonzarse. Sin saber muy bien por qué, Louise echa a correr. Cansarse, cansar el cuerpo para apaciguar la mente. Se detiene en seco. Antiguamente, se había burlado tanto de las personas con las que se cruzaba que iban trotando por los caminos de los jardines de Montsouris. ¿Y de pronto a ella le da por ese inútil uso de su cuerpo? Ese derroche de energía tiene algo de obsceno cuando, tan cerca, otra persona se muere de hambre. Ya está, todo vuelve, todo se impone otra vez. La tregua del coma que ha vivido se disipa brutalmente. Louise lo lamenta inmensamente, sabe que no volverá a tener paz.

Acabaron con ella los días junto a la estufa.

Aún durante diez largos días, Louise busca escapatorias. Regresar a aquel tugurio apestoso para, quizá, encontrarse con un cadáver roído por las ratas y enfrentarse a las consecuencias de su desertión. ¿Para qué? Eso le da horror. Pero también se odia cuando abre un paquete de arroz o echa azúcar al café. ¿Qué hace la gente en la guerra? ¿Acaso no se salvan ellos primero? Las heroicidades de las que las novelas están llenas solo conducen a unas cuantas muertes más. ¿Vivir sola o morir en pareja?

Lleva diez días durmiendo mal, ya no disfruta de su vida tranquila. Diez días asqueada. Una mañana, le parece que ya no tiene elección.

Todo está en calma como cuando Louise se fue. La vieja base también duerme bajo la nieve. Louise tiene a la vez la impresión de regresar a casa, a la familiaridad de un lugar y, al mismo tiempo, de volver a descubrir con una nueva mirada las cisternas reventadas y los paños de pared ennegrecidos. Solo tardó tres días en volver allí. Le ayudó una climatología clemente y una forma física muy mejorada. Una vez que tomó la decisión, supo desplegar la energía que tanto admiraban sus compañeros de cordada, y cuanto más avanzaba más sentía que la invadía una sensación de urgencia.

Ni el menor rastro de humo, ni huellas en la nieve. Una vez más, Louise tiene ganas de huir, pero es demasiado tarde. Ahí está el «40», la puerta de madera, la escalera de hormigón, sus pasos resonando. Louise llama en voz baja, luego más fuerte. Una rata sale pitando de alguna parte. La puerta de la habitación chirría como siempre. La ahoga un potente olor, una mezcla de humedad, orina y excrementos. La luz gris destaca la inanidad de los viejos papeles que sirven de aislante, la suciedad de los andrajos que protegen la cama y la forma en el centro, como un ovillo, abandonada.

—¿Ludovic?

Louise no espera respuesta. Sin embargo, en el óvalo que apenas sobresale de la manta, ve dos ojos muy abiertos y los párpados que se cierran lentamente. Ese ya no es Ludovic. La piel gris se ha hundido alrededor de los huesos, lo que resalta la cresta de la nariz y le da el aspecto de un ave rapaz. La barba enmarañada, el pelo pegado está lleno de canas. Es un anciano quien la mira. No mueve ni un músculo de la cara, ni un esbozo de sonrisa, ni una palabra, solo los párpados.

Louise se acerca, lo llama en bajito, le tiembla la voz:

—¿Ludovic? ¿Ludo, me oyes? Soy yo, Louise.

Ahora los ojos la miran fijamente, pero sin ningún movimiento, ninguna expresión, como si el ser que está frente a ella solo fuera un espectador muy poco interesado.

Arrodillada delante de la cama, Louise le acaricia la cara deshecha. Debajo de la manta, siente un cuerpo puntiagudo, huesudo. Louise habla, llora, lo abraza. Ludovic no responde más que una muñeca de trapo. Si hubiera estado muerto, Louise lo habría aceptado mejor, ya casi se había resignado a ello. Pero esa mirada vacía la destroza.

Louise enciende el fuego, prepara leche con el polvo que ha llevado, y se la desliza entre los labios. Ludovic traga con dificultad, la nuez se levanta como a su pesar. De la boca entreabierta se le derrama una parte del líquido. Louise tiene la sensación de llenar un odre inerte más que de dar de beber a un ser humano.

Superando las arcadas, Louise intenta lavarlo. Cada articulación es una protuberancia debajo de una piel plisada como si fuera ropa demasiado ancha. Tiene las piernas marcadas de moratones, de costras y de rastros de excrementos. ¿Qué

pasó? ¿Intentó arriesgarse en la montaña? ¿Resultó herido y regresó allí a esperarla desesperadamente?

No hay otro colchón, así que se limita a deslizar unos trapos para aislarlo de la humedad.

Mientras lo maneja con cuidado, Louise lo ha visto volver los ojos hacia ella y suspirar. Eso la tranquiliza. Ludovic, su Ludo, saldrá de esa. Ha llevado suficiente comida deshidratada para que se recupere. Incluso está dispuesta a rehacer todo el camino para ir a buscar más. Luego, Ludovic lo entenderá. Tiene que entenderlo. No ha sido culpa de ella, estaba tan débil y tan cansada.

La noche la sorprende. Un rayo brilla en la base de las nubes y tiñe la habitación de rosa. Ahora Louise detesta lo que pacientemente amontonaron allí. Nunca más volverá a comer pingüino o león marino. Al comportarse como animales han estado a punto de morir como animales. La naturaleza salvaje que con tanta ansia buscó en el monte o en el mar ahora le parece un enemigo. ¡Qué locura ir allí! Lo pagaron con una terrible lección, pero todo se solucionará. Ludovic se repondrá, irán a buscarlos y recuperarán su vida normal. Por primera vez en mucho tiempo, Louise se ve haciendo el amor, se ve embarazada.

Louise habla en voz alta, como había oído que había que hacer con las personas en coma, para que eso las ayude a agarrarse a la vida. A la luz de una vela, sigue intentando alimentar a Ludovic, luego se acondiciona algo parecido a un colchón con periódicos al pie de la cama y se encoje en su anorak. No tiene valor para meterse en la cama junto a él. Ese catreapestoso impregnado de orina y, aún más, ese cuerpo frío y delgado le repugnan.

Louise se dice a sí misma que Ludovic dormirá mejor solo.

Por la noche, el frío la despierta varias veces; Ludovic duerme. De vez en cuando, Ludo suelta un gran suspiro y Louise piensa que sueña.

El alba no sorprende a Louise. En esas latitudes es muy larga. El día se niega a amanecer, remolonea detrás de una nube, se estira en gris, luego consiente en difundir una claridad azulada. Louise la aprovecha para dormirse por fin. ¿La saca del sueño ese gran suspiro? Louise se agita sobresaltada. Es Ludovic, debe de tener hambre. Pero no, no tiene hambre, nunca más tendrá hambre. Louise nunca ha tenido la ocasión de ver la muerte de frente. Del final de sus abuelos solo conoció el pesado ataúd de roble, porque «esto no es un espectáculo para niños». Sin embargo, no duda ni un segundo en descifrar la fijeza de la mirada. Ludovic ya no está, ya no es nada, solo un montón de células que ninguna fuerza de reconstitución anima, que entra poco a poco en la descomposición, el desmenuzamiento, el desvanecimiento. Al principio, Louise está como fascinada. ¿Cómo puede ser? No ha visto nada, no ha oído nada. Estaba junto a él, casi tocándolo, durante toda la noche. Y lo inconcebible se le ha escapado. Porque se trata de algo inconcebible. Ludovic ha muerto. Pronuncia la frase en voz alta, como para convencerse de ello. El sonido desgarrar un instante el silencio, luego parece que lo absorben las paredes, la nieve, el océano.

Se le pasa por la cabeza que Ludovic la esperó, mantenía la esperanza en ella y su llegada lo desencadenó todo. Eso es lo que le hizo abandonar la lucha, después de haberla visto una última vez. ¡Cómo se puede ser tan cruel! ¡No, Ludovic no puede haberle hecho eso a ella!

Pone la mano en el hombro enterrado debajo de las mantas y lo sacude ligeramente. No pasa nada. No siente las lágrimas que le gotean por la cara, se deslizan hasta el cuello y mojan el forro polar.

Louise llora, se vacía a través de los ojos, ahoga su pena, pero también esa impotencia que la tiene atrapada desde que aquella maldita travesía se fue al traste. Sentada en el suelo encima de la ropa embarrada, suelta lastre. El combate ha terminado, la vida ha perdido y con ella esa tensión, esa lucha diaria de cada instante para encontrar soluciones a lo imposible, para conseguir mantenerse en medio de la nada, lejos de todo y de todos. Esa naturaleza despiadada ha sido más fuerte, ¿habría que esperar compasión de los elementos de la naturaleza? Ahí, todos los días, los animales viven y mueren.

Louise solloza por estar sola, por no haber vuelto lo bastante pronto, por no saber qué hacer. Al cabo de un tiempo infinito, ya no tiene lágrimas. Se ha derramado toda el agua de su cuerpo, un río de desesperación. Solo quedan sus ojos heridos y una pesada migraña.

Ludovic ya tiene la mirada vidriosa, o, mejor dicho, imperceptiblemente velada. Algo en la pupila se le está solidificando y cerrando esa puerta entre los seres.

Louise permaneció un buen rato mirando, aturdida, cómo un sol blanco subía por la habitación. El aire es tan frío que en los rayos no baila nada de polvo, y está ese silencio, el de la nieve fuera, el de esa forma en la cama, el que la inunda interiormente.

Louise acaba por levantarse, recoge la mochila, que no tuvo tiempo de deshacer ayer, y abandona la habitación.

Aquí

—La reunión es dentro de una hora, ¿tienes algo? —La enorme pelirroja se ha asomado por encima del medio tabique del *open space* y estalla en carcajadas—. Oye, no tienes muy buen pinta, ¿estuviste de juerga ayer o qué?

Pierre-Yves gruñe. Sabía perfectamente que invitar a sus colegas a ver el partido un martes por la noche, cuando la reunión de redacción es el miércoles por la mañana, era una imprudencia. Sobre todo porque cuando ayer se marchó de la oficina no tenía su «algo», el tema que iba a defender e investigar durante la siguiente quincena. Una hora para encontrarlo no es mucho, pero no lamenta el tiempo que pasó la semana pasada con el tema de la adicción a internet y las largas entrevistas a esos chicos inmersos en un mundo virtual. Aquello lo fascinó. Pierre-Yves sabe que, cuando algo le apasiona, su artículo es bueno, incluso muy bueno, por eso trabaja en una publicación semanal que aún funciona más o menos, en medio de la debacle de la prensa.

L'Actu es un periódico de referencia, ni de derechas ni de izquierdas, especialista en enfoques insólitos y temas incongruentes, que aún le garantizan lectores. Marion, la pelirroja, se ocupa de cultura con bastante intuición; descubre a un escritor de Mali o un *happening* que pronto será de culto. Simon y Pierre-Yves se ocupan de la sección de sociedad y sucesos, bastante cómoda: una página de información a la semana y un reportaje cada quince días. Hasta anoche, Pierre pensaba hacer el retrato de un antiguo empresario que acabó en las calles y ahora se estaba matando para volver a crear una empresa de servicios para los sin techo. Pero había hablado con el tipo por teléfono y su tono sentencioso sobre el esfuerzo y la tenacidad le aburrieron. Si a él no lo divertía, a sus lectores tampoco.

La aparición de Marion tiene el mérito de sacarlo de su apatía, debida a la bien regada velada. Pierre-Yves se reacomoda en la silla. A fin de cuentas, le encanta trabajar bajo tensión, sentir cómo la adrenalina le produce escalofríos. Tiene sesenta minutos para dar con la buena idea. Durante un cuarto de hora, relee las notas que apuntó a vuelapluma durante las reuniones. Como de ahí no saca nada, se pone a fisgar en las webs de información anglosajona, que frecuentemente llevan un largo de ventaja. En Reuters descubre la perla. Es de esa misma mañana, de la sección «Oddly enough» que tanto le gusta, porque está llena de historias barrocas:

Stanley - isla Falkland:

El buque de investigación *Ernest Shackleton* del British Antarctic Survey, de misión en la isla de Stromness, informó haber descubierto a una mujer de nacionalidad francesa, cuyo velero habría naufragado ocho meses antes. Su pareja habría muerto debido a las privaciones y ella habría sobrevivido alimentándose de aves y focas, antes de descubrir la estación científica y

refugiarse en ella. La mujer será repatriada a Stanley lo más pronto posible, para que las autoridades le tomen declaración.

Una mujer Robinson en el siglo XXI, eso tiene buena pinta: dos dramas, el naufragio y la muerte de su pareja, la supervivencia en un universo hostil. Existe el riesgo de que resulte soez contarlos, pero también se puede hacer un bonito retrato, preguntarse por la miseria, la soledad, la pérdida de referencias sociales. Evidentemente, todo dependerá de lo que esa chica tenga que contar. Pero hay que apresurarse y asegurarse la exclusiva del relato, porque, Pierre lo siente, se prepara un notición.

La sangre de Pierre-Yves se acelera. Es excitante.

Es demasiado pronto para llamar a nadie en Stanley, por la diferencia horaria. Un vistazo a la Wikipedia: Stromness es una isla austral, montañosa, inglesa, toda ella declarada reserva natural. Solo la visitan investigadores en primavera y verano. De cinco a quince grados en verano, de menos cinco a menos quince en invierno. La isla es famosa por las grandes colonias de pingüinos rey: *Aptenodytes patagonicus*. A continuación unas cuantas fotos de paisajes sublimes, icebergs, colonias de aves hasta donde alcanza la vista y picos montañosos nevados... Perfecto, tendremos imágenes bonitas.

Lo primero que se le ocurre a Pierre-Yves es llamar al Ministerio de Asuntos Exteriores. Impepinablemente, tienen que estar informados. Cuando escribió el artículo sobre los franceses que trabajaba en el sector del petróleo en Siberia, hizo amistad con un encargado de misión. Su amigo lo remite al servicio de personas desaparecidas:

—Sí, El Foreign Office nos ha comunicado la información. La mujer se llama Louise Flambart, sus padres y los de su pareja, Ludovic Delatreille, declararon que habían desaparecido en el mar, en la ruta entre Ushuaia y Ciudad del Cabo. Hace ocho meses se emitió un informe marítimo. Según la nota de los ingleses, el comandante del barco la describe en estado de *shock* psicológico, pero con buena salud física. Las autoridades de Stanley quieren tomarle declaración, pero se trasladará a la mujer lo antes posible y a costa del Ministerio de Asuntos Exteriores. —El interlocutor añade suspirando—: Aún nadie nos ha preguntado por este asunto, pero no creo que tarden mucho.

Para conseguir el número de teléfono del *Ernest Shackleton*, Pierre-Yves tiene que negociar un buen rato. Afortunadamente, al tipo le gusta *L'Actu*.

La hora ha pasado pitando. Pierre-Yves garabatea una nota y entra en la redacción.

—Buenos días, Louise, ¿se encuentra bien?

Pierre-Yves sabe que tiene que actuar con cautela; además, el comandante del *Ernest Shackleton* se lo ha repetido hasta la saciedad:

—La mujer se encuentra mejor, pero aún está muy frágil, habla poco y llora a menudo.

Pierre-Yves ha insistido mucho en presentarse de parte del Ministerio de Asuntos Exteriores; de lo contrario, seguro que aquel hombre no le habría autorizado a hablar con ella.

—¿Quién es usted?

El tono es dubitativo, ronco, tirando a grave, a medio camino entre el de una mujer que ha llorado mucho y el de una cantante de *blues*. No le falta una cierta potencia, cansado pero con determinación. De la cuenta de Facebook de Louise, el periodista ha sacado algunas fotos: regreso de caminatas por la montaña, buenas comilonas con los amigos, las tiene delante de sus narices, pero no consigue hacer que las imágenes coincidan con ese timbre de voz. La silueta delgada y la carita triangular se corresponderían más con tonos agudos, casi como el trinar de un pájaro.

—Pierre-Yves Tasdour, me enteré de su historia, es fantástica, ha sido usted increíblemente valiente. Soy periodista de *L'Actu*. Me gustaría hablar un rato con usted. ¿Lleva mucho tiempo a bordo del *Ernest Shackleton*?

—Tres días.

—¿Puede contarme cómo fue cuando llegaron?

El periodista conoce su oficio, sabe seducir. A todo el mundo le gusta hablar de sí mismo. No hay que darle mucho tiempo a la gente para pensar, eso altera la espontaneidad que adoran los lectores.

—Los vi por la ventana, una mañana, me tomaba un café. El barco atracó en la bahía.

—¿Estaba tomando un café?

La voz no había adquirido ningún tono especial cuando dijo «me tomaba un café».

—¿Salió, los llamó?

—No. Al cabo de un rato, echaron un esqui al agua y llegaron a la base.

Pierre-Yves se siente confuso un instante. ¡Así que alguien que ve a sus salvadores después de unos meses horribles sigue tomándose un café tranquilamente! ¿Se está burlando de él? ¿Acaso ya ha preparado un discurso bien afinado para que la dejen tranquila o se ha vuelto realmente loca?

—¿No estaba impaciente? ¡Iban a salvarla!

—No sé. Yo estaba allí; de todos modos me habrían encontrado.

Desde que Louise cerró la puerta del «40» y volvió a refugiarse en la base, la invadió un profundo sopor. Le importa muy poco que pasen las horas, los días o las noches. Se queda absorta delante del agua en la que se cuece la pasta. Las burbujas son cada vez más gordas y explotan silbando. Contempla la lluvia que se acumula a lo largo de las ventanas y acaba filtrándose por el marco fijo. Con el regreso de la primavera, la deja fascinada la danza nupcial de los albatros. Sea cual fuere el tiempo, sale, se sienta en la hierba húmeda y observa cómo se mueven los animales solemnemente. Cara a cara, con las alas a medio desplegar, se entregan a una coreografía secreta, compuesta de pasitos, aleteos medidos, torsiones del cuello, cruce de picos, acompañada de vocales quejumbrosas y ruidos guturales. Esos cuerpos gordos están completamente impregnados de la gracia de la seducción. Hace mucho tiempo, Louise había leído que año tras año se formaba la misma pareja y que se reconocían por un baile único. Louise no sabría decir si esos espectáculos le causan alegría, consuelo o siquiera interés. No le quedan sentimientos, están en el «40», en la habitación fría. No puede, no debe volver a pensar en quien se ha quedado allí. La mente se le ha entumecido, inmovilizado, refrigerado como esa isla bajo la nieve. Solo su cuerpo actúa y realiza las tareas útiles para la supervivencia. Rebusca regularmente en los armarios para nutrirse. Mientras es de día, mantiene los ojos abiertos. Cuando llega la noche, cierra los párpados y duerme sin soñar.

Cuando apareció el barco, Louise no sintió ni alivio ni angustia. Sabía que algún día tenía que llegar y ahí estaba; era ese día.

Al principio, cuenta su historia por teléfono igual que a los oficiales del *Ernest Shackleton*, sin pensar, una palabra tras otra. La coraza de indiferencia que se construyó para sobrevivir no se desintegra en un día. A Louise simplemente le gustaría borrar esos ocho meses y que la dejaran con su cómodo atontamiento. No vería ningún inconveniente en seguir contemplando el *ballet* de las burbujas en la cazuela o de los pájaros en la arena. Pero tiene que responder a las preguntas. Aunque solo sea para que la dejen en paz.

—¿Mi pareja? Sí, se quedó en la base ballenera. Murió. Ya no sé muy bien cómo. Una mañana, ya no seguía vivo.

Por supuesto, no recuerda el sedante que le administraron para evitar que asistiera a la subida a bordo de un paquete largo envuelto en mantas de supervivencia. Así, se libró de ver los rastros de vómito en la chaqueta del teniente, que descubrió el cadáver roído, o mejor dicho lo que las ratas habían dejado.

La conversación con Pierre-Yves se prolonga y al final empieza a despertarse su lucidez. Ese tipo la irrita.

—¿Y por qué quiere usted saber todas esas cosas? ¿A usted qué le importa?

—Ya se lo he dicho, soy periodista.

Una sensación de desconfianza sacude a Louise, como el primer sobresalto de un electroencefalograma.

—Pero yo no quiero que se hable de mí. Déjeme tranquila.

Pierre-Yves está pensativo. Al principio, apuntaba concienzudamente las frases, porque nunca hay que confiar en las grabaciones. Ahora solo garabatea estructuras geométricas mientras mira las fotos. Se ha fijado en los hermosos y risueños ojos de entonces. Esos ojos han removido algo de compasión en él. Es más bien una buena señal. Si empatiza con ella, encontrará mejor las palabras para el reportaje. En realidad, es más que empatía, en Pierre brota la fascinación. Esa voz grave y tranquila que cuenta, como si nada tuviera importancia, el miedo, el hambre, la muerte. Por un instante, Pierre se pregunta qué sentiría él en su lugar. Pero esa mujer se le resiste.

—Escuche, Louise, su historia está trayendo cola aquí, mucha cola. —A eso se le llama una mentira por anticipación. Porque el periodista sabe que será efectivamente así—. Se expone a que le den bastante la lata. Todos los medios de comunicación querrán entrevistarla. Eso va a ser complicado para usted. Comprendo que necesita descansar y reunirse con su familia. No la molesto más. Si otros periodistas se ponen en contacto con usted, dígales que se dirijan a mí. Pierre-Yves Tasdour, de *L'Actu*, ¿lo recordará?

Por lo general, no hay ninguna posibilidad de que esa clase de absurdas propuestas funcionen, pero Louise dice que sí. Diría que sí a cualquier cosa. Está harta, aunque ese tipo parece amable.

—Ya la dejo, Louise. Iré a recibirla cuando llegue a Francia. Cuídese. Un beso.

¿Por qué ha añadido esa última frase? Es ridículo.

Ahora solo tiene que salir pitando hacia el despacho de Dion, el redactor jefe, para que suprima la estúpida primera página prevista sobre un escándalo inmobiliario, coger un tren a Grenoble e ir a ver a los padres de su protagonista.

Pierre-Yves ha descargado la foto del 23 de la calle Montenvert de Grenoble. Al ver la casa señorial, sin estilo, tras una gran barrera de tuyas plantadas muy rectas, se hace una idea de la familia burguesa un poco estirada. La realidad es caricaturesca. El padre es barrigudo, casi calvo, con unas enormes bolsas bajo los ojos y arisco; la madre, con una sonrisita difuminada, bien peinada, arreglada y sin una arruga en la blusa es una copia compulsada de su hija. En un salón con muebles encerados, tapetes y estatuillas, todo en su sitio, los padres de Louise agasajan a Pierre-Yves con té con leche. Él no se atrevió a pedir una cerveza; demasiada confianza.

Por supuesto, los padres están felices, infinitamente felices por haber recuperado a su hija. Sin embargo, mostrarlo de una manera muy efusiva no es el estilo de la familia. ¿Así aprendió Louise ese tono uniforme? Las manos no se mueven del brazo del sillón, la mirada pasa de la ventana al aparador, el tono es educado, es el tono con

el que la gente se dirige a un visitante al que uno no se atreve a echar.

Pierre-Yves piensa en sus propios padres. Era una generación que consideraba indecoroso molestar a los demás con asuntos personales. Había que disimular, ser «digno», apenas se concebían las manifestaciones sentimentales entre las parejas.

Entonces percibe irritación en la voz del padre.

—Y es que ella tenía un buen trabajo. ¿Por qué esa necesidad de marcharse a la aventura en un barco? Hay que decir que Ludovic no era un chico muy formal. ¡Ay! Por supuesto un buen chico, pero un poco irreflexivo, usted ya entiende lo que quiero decir.

Pierre-Yves adivina lo que viene a continuación. Le dieron una buena educación y esperaban que su hija abandonase esa manía de hacer montañismo. Ya tenía edad para ser madre. En lugar de eso, decidió marcharse. Su mujer y él se asustaron, no pensaron en denunciar su desaparición, pero los padres de Ludovic los pusieron en alerta y se encargaron de todo.

—¡Pobre gente!

La madre se queda casi sin voz.

Pierre-Yves renuncia a la foto en la que los padres simularían hablar con su hija por teléfono. Serán unos actores demasiado malos. Pero, por si acaso, consigue algunas fotos de Louise de niña y otras en las que está con Ludovic.

En el tren de regreso, el periodista mira detenidamente esas últimas fotos. Se siente con alma de detective y el tiempo apremia. Este asunto tendrá una tremenda repercusión en Francia; tiene todos los ingredientes. Normalmente, un importante reportaje de investigación le lleva tres semanas, en este caso le han concedido hasta que salga el próximo número y la primera página. La redacción lo apoya, le toca jugar a él. Louise no contará mucho más, ni ahora ni por teléfono. Está deprimida. Como para no estarlo. Los padres de ella lo han decepcionado, y en cuanto a los de Ludovic, Pierre-Yves teme encontrar únicamente a una familia desconsolada. Quiere y debe comprender el descenso a los infiernos de esa pareja sonriente y anónima que tiene delante de los ojos. Otros que no fueran él se lo inventarían todo de cabo a rabo. Él se debe a su credibilidad. Siempre ha considerado que el oficio de periodista era sacar las verdades, si no la verdad.

Mira detenidamente los rostros, las posturas.

Ludovic es fuerte, más bien guapo, tiene hoyuelos y el labio inferior carnoso, es un poco cascarrabias, la mirada es noble y azul. Debía de ser una persona segura de sí misma. Un hombre de éxito.

La ropa y la melena siempre desgreñada: ¿un signo de esa confianza social, de un tipo que puede permitirse saltarse las normas?

Los brazos siempre muy abiertos, las palmas separadas. O abraza, aprieta, toca. Se podría decir que está permanentemente en acción: ¿alguien hiperactivo? ¿Un enorme osito de peluche que necesita mimos? En cualquier caso, Ludovic confía en sí mismo y en la vida. Seguramente generoso.

La sonrisa prieta, la cara lisa: jamás ha sufrido.

Louise está más quieta, menos cómoda con su cuerpo. En varias fotos se la ve sentada con las piernas dobladas y los brazos apretados alrededor de las rodillas, la barbilla apoyada en las manos, en posición defensiva. Si Ludovic la coge del cuello, a ella le quedan los brazos colgando, un poco rígidos; parece incómoda.

Su cara es noble y juvenil, como la de Ludovic. Unos ojos verdes grandes y bonitos en los que se intuye un punto soñador o melancólico, los labios a menudo ligeramente apretados: ¿arrastra una frustración? ¿Teme perder a su bello Apolo?

Algo más pequeña que la media. ¿Delgada? Realmente no.

Pierre-Yves se concentra en las fotos. ¡No! Louise es musculosa y eso hace que, en comparación, las articulaciones de los puños y de los tobillos, el cuello y las caderas parezcan muy delgadas. Louise es fuerte y débil a la vez.

En todas las fotos, los dos se miran. Pierre-Yves no tiene la menor duda: estos dos se quieren. Alardea de entender de miradas enamoradas. Percibe esa chispa de excitación, esa sorpresa, como si se descubrieran continuamente. Adivina la sensualidad satisfecha.

Ya en París, Pierre-Yves se pone en marcha a tope. Tiene que pedir ayuda a Simon y ambos se enfrascan en una auténtica investigación: compañeros de oficina a los que abordan en la acera delante de la oficina de hacienda o de la sede de Foyd & Partners; Phil y Sam, los amigos de cordada; los padres de Ludovic, por supuesto, con los que ha tenido el buen gusto de no insistir; un científico que pertenece a las tierras australes y antárticas francesas para un retrato de las islas; un médico militar especialista en supervivencia; un nutricionista; un psicólogo, especialista en situaciones de crisis; tres antiguos amigos del cole de los que encontró la pista en Facebook.

Pierre-Yves tiene el contexto. No se ha equivocado en el aspecto psicológico. Pero le falta lo esencial: el desarrollo exacto de los hechos, la avería, la supervivencia, la muerte de Ludovic. Intentó volver a llamar al *Ernest Shackleton*, pero el comandante lo mandó a paseo.

La información acabó apareciendo en la prensa inglesa y cruzó el canal de la Mancha al día siguiente. Se ha abierto la veda, pero Pierre-Yves lleva un largo de ventaja. Con la excusa de hablar sobre el sueldo de los ciudadanos franceses desamparados por el mundo, invitó a comer a su contacto del Ministerio. Un restaurante de moda, un buen vino, buen ambiente..., y bingo, se entera de que Louise sale al día siguiente de las Malvinas con destino a Londres. Por la noche, el consulado se hará cargo de ella y saldrá hacia París en avión pasado mañana. El secreto no durará mucho. Como la prensa ya ha empezado a hablar del asunto, el subsecretario de Estado para los franceses en el extranjero tiene la intención de ir a recibirla a Orly. El comunicado de prensa se tiene que enviar.

Pierre-Yves apuesta fuerte.

¿El comunicado mencionará la escala en Londres? ¿Puede ir al consulado para encontrarse con Louise allí? Su contacto tuerce un poco el gesto. Ese no es su trabajo..., si eso se filtra... Entre el *carpaccio* de mango y el café, Pierre-Yves insiste. Nadie se enterará de nada. Deja caer descuidadamente que ya conoce a Louise, gracias a la gentileza de su interlocutor. Y de sopetón suelta:

—Por otra parte, esta historia me fascina, tengo la intención de hacer mucho más que un reportaje, quiero escribir un libro sobre esto. Así que, comprenderá usted, para mí es fundamental estar con ella antes de que la asalten los demás. Necesito autenticidad. Si el comunicado omitiese la escala en Londres...

Pierre-Yves acaba de inventarse la historia del libro, pero, a medida que habla de ello, no le parece tan mala idea.

Consigue que el otro llame al consulado. Nada de *e-mails*, eso deja rastros.

En el Eurostar, Pierre-Yves ya sueña con el escaparate de las librerías.

Cuando empuja la puerta del *pub* Kentucky, Louise se da cuenta de que los ingleses no tienen ningún gusto. La barra larga, que se viene abajo con los trofeos de fútbol, puede parecer cálida, pero lo demás es lúgubre. Los cubículos están miserablemente iluminados y el papel pintado con flores marrones lleva el estigma del tiempo en el que se podía fumar dentro de los establecimientos. Las mesas son de contrachapado, imitando a madera, y las banquetas, de escay rozado. Pese a todo eso, de allí se desprende una sensación de descuidada intimidad bastante familiar. Esos pensamientos arrancan a Louise una sonrisa interior. ¡Ya está! ¡Si le interesan esos detalles, es que está regresando a la vida!

Desde que la rescataron hasta que llegó a las Malvinas, Louise permaneció dentro de su letargo mental. La tripulación del *Ernest Shackleton* la trató con toda la delicadeza posible, pero se mostró bastante incómoda con semejante pasajera. ¿Podría «írsele la olla» si la acribillan a preguntas?

Así que la dejaron en paz, le llevaron las comidas al camarote y cuando se la cruzaban por los pasillos le dedicaban una sonrisa y hablaban del tiempo. Todos tienen prisa para dejar que las autoridades competentes se las entiendan con ese asunto.

Para Louise el primer *shock* fue desembarcar en Stanley, en las Malvinas. Unas casas limpietas, unos jardines en los que se abrían brazadas de altramuces, las típicas ventanas de guillotina, con visillos immaculados, hasta en ese extremo del mundo hace estragos el *english way of life*; todo es comodidad y moderación. Después de haber soñado tanto con esa normalidad, Louise no consigue apreciarla. Todo le parece mezquino, superficial. Ya no tiene los códigos. Se refugia en el hotel y pasa casi una hora en la ducha, hasta que el encargado de mantenimiento llama a su puerta y le pregunta si había una fuga de agua. ¡Una ducha caliente! La del *Ernest Shackleton* funcionaba bajo mínimos. Ahí puede dejar que corra el agua, percibir cada uno de sus músculos a medida que dirige el chorro hacia ellos. Louise tiene la sensación de lavarse tanto por fuera como por dentro. Con el agua tibia deja atrás el letargo, los malos sueños, la desesperación. Se mira la piel de las manos, cómo se vuelve blanda y blanquecina, hinchada alrededor de los callos y los microcortes a los que ya no presta ninguna atención. El alma es lo que se le reblandece. Las barreras de insensibilidad que erigió en su cabeza para sobrevivir caen al mismo tiempo. Por orden expresa del encargado de mantenimiento, acabó por salir de la ducha y se vio envuelta con la única toalla, en el vapor del cuartito de baño. Ahí, se da cuenta bruscamente de lo que pronto tendrá que afrontar. La vida empezará de nuevo, el trabajo, quizá los amigos, el «40», ¡el de verdad! ¿Es posible? ¿Tiene fuerzas para eso?

Piensa con horror en Ludovic. Recuerda que el comandante le dijo que se habían ocupado de él. Louise no preguntó más. Todo le viene a la memoria: la luz verdusca, la manta hecha un harapo y los ojos..., ¡sobre todo los ojos! La fijeza, aquel ligero velo, ya, y la pupila que se perdía. El hombre al que abandonó. Por primera vez desde que la encontraron, Louise formula esa idea devastadora. Nunca habría debido dejarlo, tendría que haber vuelto más rápido a buscarlo. Louise apostó por su vida contra la de Ludovic.

Le recorre un escalofrío, se seca durante un buen rato. Con la vida normal, no solo recupera el agua caliente, sino también muchas otras realidades menos agradables.

Luego, todo vino por culpa de aquellos inspectores idiotas. En la comisaría, los dos hombres envarados, que tenían que tomarle declaración, la sacaron de quicio. En aquel país sin crímenes, en el que los delitos se resumen en algunas degradaciones alcohólicas, esos hombres se hacen los importantes. Empiezan una conversación que dura media hora sobre la moral: Louise y Ludovic cometieron una infracción al ir a esa isla. Podrían transferir el caso al procurador. Aunque admiten que los naufragos atacaron a especies protegidas, como los pingüinos y los leones marinos, para sobrevivir, le piden que describa con todo detalle las «degradaciones» que les hicieron padecer en la estación.

—Un monumento histórico, lo entiende, señora.

Sencillamente, unos perfectos idiotas, los considera Louise.

En un arranque de lucidez, cuando esos hombres pasaron a la muerte de Ludovic, Louise entendió que más valía ser escueto: tenían hambre y frío, Ludovic se debilitó, y enfermó intentando alcanzar el crucero. Ella no pudo hacer nada. Punto.

Esa explicación pareció bastar con creces a los dos maderos, a los que les importaba un bledo saber exactamente cómo murió ese *franchise*.

Louise se siente aliviada y, ese día, retiene que no es bueno decir toda la verdad. Nada le devolverá a Ludovic, así que puede evitar explayarse en historias enredadas y malsanas. Por otra parte, ¿quién podría comprenderla realmente? Solo quien haya roído pingüinos durante meses puede concebir lo que significa salvar el pellejo.

Louise no espera mucho rato en el *pub*, delante de un té con leche. El tipo, vestido con un pantalón vaquero negro y una chaqueta de pata de gallo, la cara redonda y sonriente, con la mirada al acecho detrás de unas gafas cuadradas con la montura verde, tiene que ser él. Solo un periodista parisiense puede tener semejante aspecto. La aborda sin titubear.

—Louise, ¡qué alegría! ¿Cómo se encuentra?

El hombre calza el barrigón en la mesa y pide una cerveza con un excelente

inglés.

Louise es tal y como la imaginaba, huesuda, dentro de un jersey grande de color malva que debieron de darle en las Malvinas. Pierre-Yves se fija en las manos y en las articulaciones protuberantes y en los ojos, sobre todo en esos ojos verdes que le comen la cara. O quizá es el efecto de las ojeras que le hunden las mejillas. Louise ha perdido su aspecto ligeramente infantil e ingenuo. A Pierre-Yves lo impresiona. Tiene la mirada de esos emigrantes a los que ha entrevistado alguna vez al salir de una patera, ese aire perdido, lleno aún de un pasado trágico. Por supuesto, no la espera el Centro de Estancia Temporal, pero Louise es como ellos, tiene la fragilidad de los seres zarandeados entre dos mundos.

Se le acelera la mente. Al contrario que esos pobres indigentes que no importan a nadie, Louise es una europea blanca, una «ciudadana de a pie» con la que sus lectores podrán identificarse. Resulta siniestro decirlo, pero los sin papeles forman una masa indiferenciada. Louise, ella es única. Pierre-Yves se da cuenta de que casi no ha escuchado la respuesta a su pregunta.

—Gracias, estoy bien, bueno, mejor, pero todo está pasando tan deprisa... Me siento un poco perdida.

Louise tiene miedo. Se acerca peligrosamente a la zona en la que tendrá que recuperar el control. A partir de mañana, tendrá que tomar decisiones. Desde las Malvinas ha hablado mucho rato con sus padres por teléfono y ha declinado la invitación de ir a vivir con ellos. Seguro que en el «40» habría estado bien, pero cuando se fueron lo subarrendaron a unos amigos. No se ha atrevido a llamarlos. Y además le angustia volver a su casa sin Ludovic. Un hotel se correspondería mejor con su estado de indecisión, aunque le espante su lado impersonal.

—Entiendo, entiendo. —Pierre-Yves se recupera—. Escuche, tengo muchas preguntas que hacerle, espero no cansarla, pero antes tengo que decirle dos o tres cosas que la ayudarán.

En este caso, es sincero. Casi le gustaría tratarla como un padre. Sus cínicos amigos del periódico bromearían diciendo que tiene reacciones de vieja arpía ante un gato perdido. Y es al contrario. Esa chica frágil lo conmueve de verdad. Va a ayudarla. Se convertirá en su consejero y ella lo va a necesitar tremendamente.

Pierre-Yves se lo suelta todo: la jauría de periodistas que la esperarán mañana con el subsecretario de Estado, las innumerables peticiones, las entrevistas, los magazines televisados, los transeúntes que la reconocerán por las calles, los editores, los realizadores... No le dejarán ni un ápice de tranquilidad. Ahora bien, él se ha dado perfecta cuenta de que necesitará paz. Nadie sale de semejante experiencia en unos días. Él le ayudará a gestionar todo ese circo y, si hiciera falta, a buscarle un responsable de comunicación. Pierre-Yves está pensando en Alice, una vieja amiga, una cincuentona firme que ya ha representado a extravagantes deportistas famosos. Una mujer con tacto, que domina de maravilla la gestión de las crisis.

Louise está aterrada. Ella no quiere nada, no ha pedido nada, ni magazines, ni

representante. Quiere que la dejen tranquila. A ella le gustaría ir al monte, a escalar, cansar el cuerpo, concentrarse en una presa, en una vena rocosa que un hilo de agua ha oscurecido, en el olor a magnesio en la punta de los dedos. Apaciguarse. Y en lugar de eso Pierre-Yves habla de ruido y frenesí.

—En definitiva, Louise, usted no podrá desaparecer. Todo el mundo la espera. Su experiencia es única. ¡Verse sin nada, como en la época de las cavernas! ¿Qué le permitió aguantar? ¡El combate diario debió de ser demencial! Esto apasionará a toda Francia.

Esa perspectiva supera a Louise. La ansiedad le retuerce el estómago. ¿Así que nunca acabará esta pesadilla? Se sujeta la cabeza con las manos y se estremece como un animal acorralado. No quiere que la interroguen. Se quedará en Londres.

Pierre-Yves siente una pizca de irritación. Solo le traiciona el repiqueteo de los dedos en el vaso de cerveza vacío. Tiene que controlarse y seguir hablando tranquilamente. Por supuesto, Louise no se da cuenta. Aún está en estado de *shock*. Obviamente, podrá sentirse agredida por las peticiones, la curiosidad podrá rozar lo malsano, lo impúdico. ¿Y cómo va a escaparse de eso? La vida de Louise se ha vuelto pública. Es una especie de deber compartir su experiencia. Al ver su sufrimiento, el periodista no se atreve a hablarle de las consecuencias contantes y sonantes. Ser una heroína puede reportar pingües beneficios. Pasta para luego ir a tocarse las narices al monte tanto como quiera. Pero, para eso, hay que jugar a ese juego, jugar fuerte.

—Bueno, vale, la invito a cenar, este sitio es horrible.

Jamie's Kitchen es lo opuesto al Kentucky. Es un restaurante agradable, con las paredes cubiertas de madera barnizada y colores pastel. Pierre-Yves siempre pasa por allí cuando va a Londres. La camarera es una criatura de pelo azul, que exhibe unos dientes resplandecientes y una sonrisa perpetua. En un rincón, una hilera de plantas amortigua el ruido del comedor. Pierre-Yves ha reservado precisamente esa mesa. Ha acertado. Por primera vez, Louise saborea el bienestar. Soñaba con eso: estar calentita, comer bien, sentir la proximidad de otros seres humanos, tener libertad de movimiento, levantarse de la mesa si le apetece, abrir la puerta, ver otras caras...

Pierre-Yves reanuda prudentemente la conversación. Le cuenta algunos acontecimientos sociales que se ha perdido, la ostentosa boda de un famoso, un éxito de taquilla, los chismes de los últimos Juegos Olímpicos. Antes fue demasiado bruto. Luego vuelve despacio a la carga.

—No se preocupe. Yo estaré con usted. Me ocuparé de las peticiones y solo aceptará lo que quiera. Ahora, estoy ansioso por escucharla, Louise. En realidad, tengo toneladas de preguntas.

Louise, más serena, acepta que Pierre-Yves conduzca la entrevista. En ese preciso instante, si el periodista la hubiera dejado soltar su historia, Louise le habría contado todo, le habría contado sencillamente lo que pasó. Pero el periodista tiene prisa y la

estructura de su reportaje perfectamente construida en la cabeza. Durante esa hora y media de cena, necesita respuestas concretas a preguntas concretas con lo que llenar las ocho páginas que ha prometido. Lo que quiere es la enjundia, la carne que rodea al esqueleto que él ya ha construido, unos detalles que serán los fragmentos del artículo, para atraer a los lectores. Generalmente, el periodista escucha más, pero esta vez tiene poco tiempo y sobre todo tiene miedo de que Louise se derrumbe por el camino.

Pierre-Yves hace las preguntas y Louise responde dócilmente.

—¿Qué sintió cuando descubrió la bahía vacía? ¿Cómo estaba acondicionado el «40»? ¿A qué sabe el pingüino? ¿Cómo hicieron para cazar al león marino? ¿Cuándo empezó a enfermar Ludovic? ¿De qué murió, según ella? ¿Cómo encontró la estación de investigación? ¿Qué desea hacer en el futuro...?

Louise se explica. Esas preguntas le parecen algo tontas, pero no ve cómo zafarse de ellas. Se interrumpe frecuentemente para saborear el curri de cordero y el crujiente de verduras. Preferiría solo hacer eso, sentir cómo se deslizan por el paladar las fibras de la carne, el granulado del crujiente, el sabor de los condimentos, ese sabor mezcla de picante y dulce.

Poco a poco, Louise se vuelve locuaz. Contar su historia la libera. Tenía miedo de revivir la pesadilla al convocar los recuerdos. Pero se produce lo contrario. Si cuenta esa historia es porque está ahí, viva, en ese agradable restaurante londinense, con ese amable tipo. Al final, ha triunfado.

Todo sería perfecto si, cada vez que se pronuncia el nombre de Ludovic, no sintiera un temblor en lo más profundo de su ser. Ludovic no está ahí, saboreando el cordero y el crujiente. Cuando Louise habla de él, baja la voz, como si quisiera que no se la oyese. La mujer lo esquivo y Pierre-Yves, por consideración, no insiste.

El periodista no le ha preguntado sobre el viaje hacia la estación científica, que le parece un asunto menor, y Louise no ha precisado que lo había hecho dos veces. En ningún momento se ha aludido a ese extraño y vergonzoso paréntesis. Es un trozo de vida y Louise no tiene palabras para justificarse, ni siquiera para contarlo. Más vale que se quede allí, en la isla desierta, lejos de los oídos humanos.

Louise se imagina que está en la habitación de un ogro. En la cama cabrían cinco personas. Enfrente, la pantalla de la tele mide más de un metro de ancho. A su lado, una pesada mesa serviría sin problemas para una reunión de ocho personas. Por otra parte, si se quiere celebrar una reunión, también hay una segunda habitación, con otra mesa, otra pantalla, unos sofás de cuero rodeando una gigantesca mesa baja de cristal ahumado. Un ramo de flores, también desproporcionado, domina en la habitación junto a una cesta de frutas. En una tarjeta de formato A4, Pierre Menegier, director general del Hilton Concorde:

«Le da la bienvenida y le desea una pronta recuperación».

Por primera vez desde hace semanas, Louise ríe. Completamente sola en esa inmensa habitación, se deja llevar por la insensatez delante de esa incongruencia. Ya tuvo ganas cuando llegó al vestíbulo, cuando el botones le preguntó ceremoniosamente si había que llevar las maletas a su habitación. Louise le entregó los dos ramos de flores que le habían dado en el aeropuerto y la bolsa de plástico con los artículos de aseo que había comprado en las Malvinas. El botones los dejó en la cómoda como si se trataran del Santo Sacramento. Louise oyó el ruido seco de la puerta al cerrarse, se instaló el silencio acolchado y se echó a reír.

Louise coge la botella de la cubitera. Normalmente, jamás se le habría ocurrido beber sola, pero es compulsivo. Solo para oír el ruido del corcho, llenar el vaso, tirarlo por el lavabo si le da la gana. ¡Derrochar! Ya no más contar, ni gestionar la penuria, ni sufrir pensando en mañana, estar de vuelta en el país de la abundancia.

El cuarto de baño es del tamaño de una habitación. Louise vacía en la bañera todos los frascos de sales que están alineados como soldaditos alrededor del lavabo y se hunde bajo cincuenta centímetros de una espuma con un fuerte perfume de vainilla. El agua está tan caliente que se le pone la piel del color rojo de un cangrejo de río. No piensa en nada, casi se adormece en ese líquido amniótico.

Tendrá que conseguir poner un poco de orden en su cabeza, en su vida; solo le vienen a la memoria instantáneas de las últimas horas.

Recuerda el tipo con traje que le besa sin ganas y le entrega unas flores; Pierre-Yves le sopla que es el subsecretario de Estado. El fotógrafo le pide que sonría pero sin abrir la boca, porque no queda bien en la foto. Una señora le da un papel y un boli y Louise no entiende para qué. Una vez más, Pierre-Yves le sopla... autógrafo... Antes de la entrevista, el monitor de televisión elogia una comida para perros que parece más apetitosa que lo que ella engullía hace unas semanas. Se enfrenta a micrófonos, preguntas, aún más micrófonos, aún más preguntas. Lo que más le sorprendió fueron los aplausos sin fin, cuando entró en el salón de honor de Orly.

A Louise le parece haber llegado al seno de una extraña tribu de la que ya no entiende las costumbres.

Y sin embargo es el mismo mundo, los mismos seres humanos que dejó hace menos de un año.

La comida familiar que le organizaron fue un fracaso total. Solo se admite en el restaurante a sus padres, sus dos hermanos y sus mujeres y la cuenta la paga *L'Actu*. Es un restaurante grande, cerca del periódico, ruidoso y con mucha gente, lo contrario de lo que Louise necesitaría. Entre el alboroto de las conversaciones, en medio del ir y venir de los camareros, la familia intenta el reencuentro. En el comedor de honor, por supuesto se han abrazado bajo el ojo vigilante de las cámaras, pero la familia Flambart está dividida. Los padres preferirían que el escándalo se calmase. Temen los cotilleos de los vecinos y los interrogatorios del carnicero o del panadero. Los hermanos de Louise rinden menos culto a la discreción. Ha sido un alivio encontrar a su hermanita viva, su hermanilla, «la pequeña» y están orgullosos de esa repentina notoriedad, que en parte repercute en ellos.

A Louise le hubiera gustado que el encuentro fuese sencillo. Con las personas a las que se quiere, aun después de una larga separación, la conversación se reanuda donde se dejó. Solo te mueve la complicidad y el cariño. Pero desde siempre ha habido tan poca conversación entre ellos, una complicidad tan débil. Por sus reflexiones, Louise entiende que resulta incongruente que sea ella, «la pequeña», la que ocupe el primer plano de la escena. Pareciera que van a pedirle que se justifique, que se excuse por ser el origen de ese barullo.

La mayoría de las preguntas se refieren al naufragio, a la supervivencia y al drama. A ella le parece un menosprecio. Le gustaría también contar toda la felicidad del viaje, los maravillosos meses de vagabundeo. Una de sus cuñadas insiste sin cesar en los peores acontecimientos. Por un instante, Louise se la imagina pavoneándose en la peluquería:

—Pues sí, mi cuñadita estrangulaba a los pájaros con las manos y se los comía crudos... ¡Se dan cuenta!

Louise no sabe si esa visión le da risa o la ensucia, como si la exhibieran. ¿De la relación familiar, solo quedan esos reproches o esas tentativas de acaparar notoriedad? Louise se reprocha ser insensible al sufrimiento de su familia, ninguno de ellos ha pedido nada ni ha disfrutado de su aventura. Solo han vivido angustiados porque ella había desaparecido. ¿Puede criticarlos por no entender nada?

Su padre acaba soltando:

—En cualquier caso, yo ya te había dicho que ese viaje no era ninguna buena idea.

A Louise le gustaría gritar: ¡Sí! ¡Quizá acabó mal, pero nunca había vivido algo tan rico, tan denso! Nunca había saboreado tanto la vida como durante ese viaje. Ella juraría que es eso lo que le reprochan. Se da perfecta cuenta de que no conseguirá que la entiendan. Siempre ha sido diferente, incomprendida. No ha cambiado nada. Sin

embargo, la Louise de hoy ya no es «la pequeña», ha crecido con la adversidad. Ellos aún no se han dado cuenta y Louise no sabe cómo hacérselo ver. Vencida, mete la nariz en el plato, como una niña.

Cuando su madre le pregunta qué va a hacer en el futuro, si puede volver al trabajo inmediatamente, recuperar su casa subarrendada, responde al límite de la educación. No tiene ni idea y no le importa nada.

Al menos, algo está claro: no quiere que su familia se mezcle en su vida.

Afortunadamente, la tarde está tranquila. La famosa Alice ha entrado en acción. Es una mujer guapa, rubia decolorada, vestida con una elegancia descuidada, una tromba de energía, extrovertida, de risa fácil y contagiosa. Trata a Louise como si fuera una antigua amiga e insinúa que todo eso es una gran broma y que ellas manejarán los hilos. Ya ha negociado esa semana gratuita en el Hilton Concorde.

—Ya verás, va a ser genial. Bien que te lo mereces Kookaï y Zara aceptan vestirme. Pensé que ese sería tu estilo y vas a necesitar ropa. También mañana voy a ver peluquerías. ¿Y te apetecería algún masaje? ¿O un baño turco? ¡Es tan relajante!

Louise se deja hacer. No le preguntan nada, se lo dan todo, la miman, le hacen cumplidos. Mientras va y viene al probador, Louise se preocupa vagamente cuando oye a Alice negociando por teléfono con revistas, radios y televisiones. A veces, se trata de dinero.

—No te preocupes, yo gestiono todo e iré contigo a todas partes para que no te den la lata. Coge esa torerilla, te sienta bien; en cambio, el jersey verde te hacía una pinta horrorosa.

Alicia ríe, revolotea y todo se vuelve fácil.

Louise acaba por salir del baño y se envuelve en un grueso albornoz. Se entierra en la doble hilera de cojines dispuestos encima de la cama. Ese lujo supera con creces lo que ha conocido, por no hablar del cuchitril de la antigua base, y le produce una sensación de alivio.

Una hora más tarde, una cena hace las veces de consejo de guerra: Louise, Alice y Pierre-Yves. Han pedido que suban la cena a la habitación y Louise descubre cuánto pesan los cubiertos de plata.

Desde la sesión de compras, Alice, que no se olvida de que es una mujer de negocios, ha cerrado unos contratos de imagen que Louise tiene que firmar.

—Lo vamos a petar. Ya me he metido a casi todo el mundo en el bolsillo. Las teles esta noche, los periódicos de mañana y sobre todo las ocho páginas de *L'Actu* van a subir la puja.

Después de dar una explicación detallada de los medios que tiene en el punto de mira, Alice se hace un lío explicando las negociaciones, las entrevistas gratis, las

pagadas y por cuánto. Dice el orden casi protocolario que seguirán los periodistas, el número de páginas que se espera de cada uno, con o sin foto, en directo o en diferido.

Pierre-Yves se da cuenta de que Louise se ha puesto a alisar el reposabrazos del sillón igual que lo hacía su madre, cuando él iba a verla. Ese tic familiar aparece en momentos incómodos, cuando se arremete contra el tabú de la intimidad.

—Louise, te has convertido en un personaje público. A lo mejor no te apetece, pero es así, de manera que más te vale aceptarlo y ver las ventajas que tiene. Soy periodista desde hace quince años e historias como la tuya no se oyen a menudo.

Louise niega moviendo el brazo sin ganas.

—Te lo repito: no puedes hacer nada contra eso. La fuerza de tu aventura es que todo el mundo puede proyectarse en ella. Todos tenemos miedo a perderlo todo, a vernos desclasados, en el paro, a sufrir un atentado, una catástrofe nuclear, yo qué sé. Tú, tú luchaste y has sobrevivido. ¡Qué inspiración! Cuando eras pequeña, ¿no había gente a la que admirabas, que te hicieron crecer en tu cabeza, que te empujaron a seguir adelante? Pues mira, hoy eres tú la que tiene ese papel. ¡No los decepciones!

Pierre-Yves apunta bien, sus intuiciones han sido certeras desde el principio. De algún modo, esa tarde, da en el clavo cuando apela a la razón y al altruismo de Louise. Relatar su historia adquiere una dimensión moral que atenúa el aspecto exhibicionista.

—Ya verás, todos te harán las mismas preguntas, ya puedes preparar las respuestas. El secreto es que tienes que ser tú la que manejes el juego. Alice no dirá lo contrario. Más tarde, para el libro, nos ocuparemos de ir al fondo de las cosas. Te confieso que a mí también me fascina lo que te ha pasado.

Alice le coge cariñosamente el brazo.

—Me conozco de memoria a esos periodistas, incluso a los que, como Pierre-Yves —añade Alice—, van con una risita de conejo. Te garantizo que todo saldrá bien.

En ese instante, rodeada de sus dos aliados, Louise se siente segura. Al margen de que, desde que Pierre-Yves pronunció la palabra «sobrevivido», otra cosa le estorba en la cabeza: ella tiene un deber. La idea traza el camino en su cerebro, se revela poco a poco, como lo hacían los positivados en las cubetas del club de fotografía del instituto. En un principio solo se ven unas vagas manchas oscuras, luego se definen los contornos y por último los detalles, el grano de los materiales, las sombras y, repentinamente, la realidad estaba allí, tumbada en el papel. Por fin pone palabras a lo que lleva confusamente dentro, desde que el barco de investigación apareció en la bahía: tiene que llamar a los padres de Ludovic.

Tiene que hablar con ellos, porque ha sobrevivido. Pero no está muy segura de qué podrá decirles.

—Servicio de habitaciones, señora.

Louise, que ha dormido pesadamente después del champán y dos vasos de Chablis, se despierta bruscamente cuando oye llamar a la puerta. Por un instante se pregunta dónde está y qué día es. Luego recuerda todo y salta al albornoz, ya incómoda por hacer esperar al camarero.

Igual que ayer, el servicio le parece rebuscado pero se le hace la boca agua cuando ve un cestillo desbordado de minibollería, pan crujiente y una hilera de tarritos de mermelada. Hasta con el desayuno hay una servilleta gigante bordada y una retahíla de cubiertos. Louise empieza a entender que riqueza rima con grandeza, pesadez y número.

—Me han dicho que también le traiga la prensa. Que pase un buen día, señora. Nuestro establecimiento está orgulloso de recibirla.

Un montón de periódicos se sale del carrito. Louise se queda en *shock*. Aparece en la primera plana de la casi totalidad de los periódicos. Unas fotos, todas similares, que se hicieron ayer en el aeropuerto, en las que aparece con un aspecto lamentable con el jersey de color malva demasiado grande. Las luces de neón de la sala de Orly le acentúan la tez pálida y destacan las ojeras. El pelo mal cortado le cuelga a cada lado del rostro y se lo alarga aún más. Casi se ríe de eso, pero los titulares le provocan malestar. No son más que unos «Escapó del infierno», «Sobrevivió al frío», «Louise Flambart: la muerte de frente» y otras tantas variaciones. ¡Esto es demasiado! Ella se había imaginado cierto énfasis, pero aquello supera los límites. Al margen de dos artículos que se mantienen dentro de los hechos, la mayoría exageran hasta el infinito respecto al frío, al hambre, a la muerte de Ludovic, a la soledad. Aunque reconoce algunas frases entrecomilladas, el contexto destaca el aspecto dramático. Se da cuenta con enfado de que la describen sobre todo como abrumada, impotente, abandonada a los elementos. Sin embargo, ha contado muchas cosas sobre el modo de organizarse y de luchar.

El titular de *L'Actu* desentona respecto a los otros y la enfurece: «Sobrevivió en el fin del mundo». Cree percibir en ese titular cierta sospecha, casi una acusación. ¿Acaso es culpa suya estar viva?

Por un instante, Louise se pregunta si Pierre-Yves se habrá enterado del primer viaje a la base científica. No recuerda haber hablado de eso con nadie.

Cuando ve la portada le recorre un escalofrío. Reconoce inmediatamente la foto. Ludovic y ella están abrazados y sonríen. Ella aún lleva una cuerda enrollada en un hombro y él levanta muy orgulloso el puño. Era hace cinco años. Louise recuerda como si fuera ayer aquella salida por una vía fácil en la aguja de la Glière. Debía de ser la segunda o la tercera vez que lo llevaba y salió bien de aquello. Ludovic aún tiene la cara roja por el esfuerzo y los rizos pegados por el sudor. La camiseta, un poco demasiado ajustada, le destaca la musculatura. Está guapo. Acaba de llegar y

Louise lo felicita y aprovecha para colarse en sus brazos. Debe de ser Sam, su eterno compañero de cordada, el que hizo la foto. La imagen está un poco borrosa, lo que subraya la precipitación con la que se lanzaron el uno hacia el otro. Hay tal fuerza de despreocupación, de vitalidad, de impactante cariño que Louise, de pronto, ve el luto de frente.

Desde la muerte de Ludovic, Louise se ha quedado con las imágenes del «40» y no echaba de menos a ese hombre. También estaba demasiado preocupada consigo misma. Sobrevivir le absorbía toda la energía y no dejaba espacio para los sentimientos o el afecto. Ahora que está físicamente a cubierto, el cuerpo y la mente recuperan sus derechos. Delante de ese retrato, Louise tiembla de deseo, quiere sus ojos azules, la pulpa de sus labios, sus brazos que, a veces, la aplastaban demasiado, su sexo ávido. Le invade un inmenso vacío, que parte del pecho hacia el estómago, hasta el hueco de sus muslos. Louise se siente inútil, como si un ácido la royera por dentro y solo le dejara el esqueleto. La última vez que lloró a Ludovic fue en el «40», delante de aquel rostro descarnado. Hoy la amante se desespera, se compadece por su pérdida.

El té se ha enfriado y la taza se cubre con una fina película de reflejos plateados. En la enorme habitación, los sollozos disminuyen poco a poco. A Louise solo le gustaría dormir, irse, hundirse.

Casi una hora más tarde, cuando Alice llama a la puerta, la encuentra aún en alboroz, con la cara descompuesta. Alice se percata de los periódicos esparcidos y de que apenas ha tocado el desayuno. Le pasa el brazo por los hombros, como se hace para calmar la tristeza de un niño.

—Valor, Louise, imagino lo que sientes. Yo perdí a un hermano, se suicidó hace tres años.

Alice se ha tragado su eterna sonrisa y se le ha roto un poco la voz mientras le alisa el pelo a Louise, mecánicamente.

—Realmente, uno no se recupera, pero se puede seguir adelante, la vida volverá a alcanzarte. Es necesario continuar y sobre todo estar con gente, mantenerse activo. — A medida que habla, Alice se controla y su voz se reafirma—. Has demostrado lo fuerte que puedes ser, también sabrás sobreponerte a esa pena. Venga, vístete, las dos tenemos un día muy largo por delante... Todo saldrá bien —añade, como un mantra.

Louise se deja llevar de la mano: agua fría en la cara, ducha ardiendo, té caliente, ropa nueva, taxi...

—Toma, te he comprado un móvil. Ten cuidado, no des el número a la prensa; de lo contrario no te dejarán en paz.

Louise no había previsto que el regreso fuera tan difícil. Allá le obsesionaba la idea de regresar a casa, comer, estar caliente, volver a ver a seres humanos. ¿Antes era la vida tan complicada? ¿Simplemente olvidó o idealizó el mundo de las personas? Si estuviera sola, volvería gustosa a hibernar, como en la base científica. Pero está Alice, que se ocupa de todo y no la deja ni a sol ni a sombra. Hace un rato

descubrió una grieta en todo ese entusiasmo de Alice y no quiere disgustarla. Así que Louise se deja dirigir y que esa mujer exuberante y maternal la tranquilice.

Los días pasan a toda velocidad. Ya han pasado tres semanas desde que la aplaudieron en Orly y, desde entonces, Louise tiene la sensación de que no han dejado de aplaudirla. Alice está ahí, siempre, todo el tiempo, repitiendo como una antífona:

«No te preocupes, no te preocupes».

Juntas corren de los platós de televisión a los estudios de radio, pasando por los bares de los mejores hoteles para reunirse con la prensa escrita. Incluso han ido a Ginebra y Bruselas. Al principio, Louise se dejó remolcar de un sitio a otro, con tal de que no la abandonaran. Ahora, admite que eso le gusta. Sobre todo, le divierte la televisión. ¡Tanta gente para ese irrisorio resultado! Pero todo el mundo es simpático. La llaman por su nombre. A Louise le gusta abandonarse en manos de las maquilladoras. Ella, que apenas se ponía sombra de ojos, está encantada con que la emperifollen otras personas. Las chicas se esmeran con la cara, a toquecitos, como si pintaran un cuadro, revolviendo en montones de lápices y tubos de base de maquillaje. Esas chicas siempre tienen una frase sobre su valor, o le piden un autógrafo, lo que ya no la desconcierta. Le espera un camerino con su nombre en la puerta, cestos de dulces, que Louise traga como si aún tuviera hambre. En broma, le suelta a Alice que debe de ser genial ser actriz y que a ella le encantaría probarlo. La otra estalla en carcajadas, como siempre, y luego retoma el tono serio:

—Pues, si te apetece, podría ser prometedor. Hablaré con dos o tres directores para que te hagan una prueba.

Alice es formidable, no se le resiste nada.

A Louise lo que más le gusta de la televisión son los oscuros bastidores, esas personas que parece que hablan solas con sus micros. Es un *ballet* que se ajusta al milímetro. Cada uno espera, de pronto cumple con una tarea que parece mínima y el puzle se completa. A ella le gusta quedarse ahí, en medio de los marionetistas, en el reverso del decorado.

Repentinamente, la empujan hacia la luz.

—Es su turno.

Louise entra, la aplauden. Le hacen las preguntas previstas. Responde, siempre lo mismo. Louise identificó rápidamente algunas anécdotas o buenas palabras de las que comprobó el efecto y las vuelve a colocar. A fuerza de relatarla, su aventura se vuelve leyenda. Louise esculpió sus detalles, como cuando se contaba sus historias de pequeña. Al principio, se avergüenza de convertir lo más complaciente en el centro de atención. Poco a poco deja de distinguir la realidad del relato. No hay auténticas mentiras, solo mejoras y omisiones. Alice tenía razón, lo que importa es que la historia sea bonita. Nunca nadie podrá verificarla. Algunas situaciones exigirían demasiadas explicaciones. ¿Cómo va a contar que Ludovic y ella se pegaron cuando el episodio del crucero? ¿Para qué explicar que a veces ella tenía deseos asesinos por

una cucharada más de un guiso repugnante? ¿A quién le iba a importar el hecho de que ella fuera una primera vez a la base científica y que luego volviera? Todo eso no tiene ninguna importancia dentro de ese gran juego, en esa relajante trivialidad.

La noche del primer día mediático, Louise no puede dormir, pese al cansancio. En cuanto apaga la luz, el silencio de la habitación la perturba. O, mejor dicho, no es eso lo que le produce ansiedad, sino el móvil que Alice le ha dado. Desde que lo tiene, se ha quedado sin excusas para no llamar a los padres de Ludovic. Se sintió aliviada cuando vio que no estaban en Orly. Louise es incapaz de ir a verlos, pero al menos tiene que llamarlos por teléfono, rezando para que eso sea bastante.

Nunca se ha explicado por qué siempre se sintió incómoda con ellos. La acogieron amablemente, pero con esa pizca de condescendencia de los padres acostumbrados a ver al enésimo ligue de su retoño. Aunque se fueron volviendo más cariñosos con el paso de los meses, Louise tenía la sensación de que la consideraban abocada a desaparecer. Antes que ella, pasaron por allí Charlotte, Fanny, Sandrine y no se sabe cuántas más. Después de ella, seguirá desgranándose la lista. A veces, Louise comprendía, después de un ínfimo titubeo, que los padres de Ludo se esforzaban para no meter la pata equivocándose de nombre.

Tampoco ella admitió nunca realmente que tenía envidia. Sí, envidia de esos padres cultos y modernos. Cuando las dos familias se reunían a comer, para Louise era un suplicio. Su madre iba demasiado arreglada con un vestido digno de los ochenta; su padre, ridículo con traje y corbata. Hélène, su suegra, estaba guapísima con un pantalón elástico negro y una sencilla camiseta debajo de una chaqueta rosa y su suegro, Jef, mostraba descuidadamente una camiseta de *rugby* con las siglas de Eden Park. Instintivamente, Louise se ponía de parte de sus padres y mentalmente reprochaba a sus suegros acentuar la diferencia.

En el fondo, volvía a encontrarse en el papel de «la pequeña», pero en otro sentido: la pequeña amiga, luego la pequeña prometida pero aún poco espabilada, la que no sabía preparar un cóctel ni hacer vela y a la que se llevaba a ver a Jeff Koons para educarla. Esas atenciones la humillaban, aunque nada en la actitud de sus suegros pudiera nunca provocar una crisis. Eran muy considerados. En el fondo, les importaba un bledo que fuera ella o cualquier otra.

Cuando Ludovic y ella decidieron hacer el viaje en barco, Hélène y Jef les felicitaron:

—Qué buena idea, aprovechad mientras seáis jóvenes. Además, a lo mejor vamos a reunirnos con vosotros en Sudáfrica. ¡Es un país magnífico, tenemos un gran recuerdo de cuando estuvimos en el Parque Nacional Kruger!

Tanto para ellos como para Ludovic, la vida tenía que ser una fiesta. Por supuesto, no serían los padres de Louise los que se fueran de vacaciones al Parque Kruger.

En la comida familiar, después de su regreso, Louise se enteró de que fueron Jef y

Hélène los que primero empezaron a preocuparse. Se habían acostumbrado a recibir uno o dos *e-mails* semanales y les pareció extraño que dejaran de responderles. Entonces alertaron a todas las instancias posibles: a la policía, al Ministerio de Asuntos Exteriores, al servicio de salvamento marítimo, a los consulados de Argentina, Chile y Sudáfrica, a las revistas de vela y a las páginas web de viajeros. Luego encontraron pistas de veleros que habían estado por la zona y mantuvieron con ellos una abundante correspondencia. A través de amigos, se pusieron en contacto con una de las personas más famosas del servicio meteorológico para la navegación marítima, que hizo una investigación sobre las tormentas que se habían producido desde Ushuaia hasta Ciudad del Cabo durante los seis últimos meses. Pero nada, su único hijo había desaparecido.

La mesa del salón ya no se utilizaba para cócteles sociales; entonces se parecía a la del Estado Mayor, llena de mapas, mensajes, hojas de cálculo de una hipotética deriva según las corrientes marinas. Y Hélène habría empezado a beber, decía la madre de Louise, que hablaba por teléfono regularmente con ella.

Louise sabe todo eso. Durante todo el día, en compañía de Alice, ha rechazado el momento de llamar por teléfono: demasiado ruido, no suficiente tiempo, pocas ganas de que la oiga el taxista, demasiada prisa por cambiarse para ir a cenar, por último, era demasiado tarde. Y ahora se aburre sin poder dormir. Mañana a primera hora, tiene que pasar por eso, no puede retrasarlo más. Es algo así como los deberes escolares, más vale ventilarlos el sábado a mediodía, al volver del colegio, so pena de ver cómo te fastidian el fin de semana.

Hélène descuelga al primer timbrado, la voz es más dura y cortante de lo que Louise recuerda.

—Soy Louise.

—Ay, mi pequeña Louise, ya he visto que habías vuelto.

«Mi pequeña», empezamos mal. Y esa crítica apenas velada de no haber dado señal de vida antes. Louise se hace cargo, esa mujer ha perdido a su adorado hijo. Nadie se repone nunca de eso.

—Perdóname, Hélène, he estado tan ocupada estos dos días. Pero no hago más que pensar en vosotros.

Es verdad, los padres de Ludovic la persiguen. Los remordimientos por lo que no ha dicho a nadie la corroen. Lo ha rumiado durante toda la noche: decirlo o no.

—Te lo ruego, Louise, cuéntame todo. Nos veremos pronto en el entierro, pero quiero saberlo inmediatamente.

¡El entierro! Claro, en las Malvinas le dijeron que habían rescatado el cuerpo y que lo repatriarían, pero se obligó a no pensar en eso. El cuerpo..., las ratas... Le invadieron unas furiosas ganas de vomitar. Louise murmura:

—¿Lo traerán de vuelta?

—Sí, no sé cuándo, parece algo muy complicado, pero lo harán, es fundamental.

En la voz de Héléne hay una determinación trágica.

Entonces, Louise habla: el accidente, el combate por la vida, y miente, por omisión, pero miente sobre la famosa estancia en la base científica. De cualquier modo, la verdad no traerá de vuelta a Ludovic. Héléne se desespera imaginando que podría haber existido una alternativa. La noche en la que Louise decidió irse, se había dado cuenta de que Ludovic estaba casi muerto, roto por dentro. Pero eso es algo inaudible para una madre.

La conversación dura tres cuartos de hora y la entrecortan los sollozos tanto de un lado como del otro. Lloran por Ludovic, lloran por su propio dolor, lloran por el fin de una forma de inocencia.

Louise acaba por colgar asegurando que, por supuesto, tienen que avisarla inmediatamente de la fecha de las exequias.

Pero no hay nada en el mundo que desearía más que escapar de eso.

Louise está completamente ocupada con la reorganización de su vida. Nunca había prestado atención a la complejidad ordinaria de la existencia. Volvió sin nada más que el ridículo neceser de las Malvinas, necesita documentación nueva, una tarjeta de crédito, comprar un ordenador y un teléfono solo suyo. Tiene que resolver los problemas con la aseguradora del barco, que se niega a pagar con el pretexto de que naufragaron cerca de una isla en la que estaba prohibido desembarcar. De manera que recorre las administraciones y utiliza su repentina notoriedad con la que se gana a funcionarios y banqueros. Los amigos que viven en su piso se ofrecen a marcharse rápidamente, pero Louise lo rechaza. Le horroriza la idea de volver al escenario de su vida feliz. Después de una semana en el Hilton, se instaló en un modesto hotel de Montrouge. No consigue decidirse a buscar un piso, como en su época de soltera.

La oficina de Hacienda del distrito 15 le preparó un recibimiento de ministro. La directora pronunció un cálido discurso, sus compañeros la aclamaron y le regalaron «un kit de vuelta a la vida parisiense»: bolso, sombrero, guantes y paraguas. Administrativamente su año sabático ha vencido, de manera que está teóricamente excluida de las listas de personal; sin embargo, le prometieron que el informe ya estaba de camino hacia altas instancias y que se haría una excepción. Louise no está muy segura de que ese acuerdo llegue a buen puerto e, igual que con su piso, no tiene demasiadas ganas de volver a su antiguo trabajo. La sola idea de dejar el centro por la noche para no ir al «40», de no oír el tintineo de las llaves de Ludovic en la cerradura, de no coger el bolso e ir a cenar en pareja, todo eso le reproduce ese sentimiento de vacío insoportable que sintió la primera mañana en el Hilton y que la atormenta con regularidad.

El único episodio desagradable fue la comparecencia en la comisaría del distrito 15.

—Señora, lo sentimos mucho, pero nos vemos obligados a tomarle declaración. Entiéndalo, ha muerto un hombre.

En realidad, la mitad de la comisaría se las arregló para pasar por el despacho y el interrogatorio fue totalmente incoherente. El comisario principal, que se adjudicó el caso, le soplaba las respuestas a medida que le hacía las preguntas y le ofrecía un café cada tres palabras. Así pues, Louise no recuerda realmente lo que firmó. Rompió la declaración al salir.

Cuando no anda corriendo por los medios de comunicación con Alice, pasa el tiempo con Pierre-Yves. Se encierran en la habitación del hotel y piden cafés y agua mineral. En el espacio claramente menor que el del Hilton, Louise está en la cama, apoyada en la almohada, en su eterna postura, las piernas dobladas y los brazos alrededor de las rodillas. Pierre-Yves está sentado en la única silla, a la que ha dado la vuelta para ponerse frente a ella, y hace algunos garabatos en un cuaderno con cuadraditos. La auténtica herramienta de trabajo es el magnetofón, un viejo PCM que

acarrea desde hace lustros. El adelanto que ha negociado con el editor le permite pagar a un estudiante para que le transcriba las grabaciones. Pierre-Yves solo apunta lo que se le pasa por la cabeza a medida que Louise habla: preguntas que volver a lanzar, imágenes o referencias que buscar, personas con las que ponerse en contacto y, sobre todo, temas que estructurarán el libro. Porque Pierre-Yves no quiere un simple relato de aventuras. Desde el principio, está convencido de que la historia de Louise y de Ludovic retumbará en cada lector. Esa historia pone un espejo delante de nuestra sofisticada sociedad, en la que el desclasamiento y la pobreza acechan a todo el mundo. Esa historia coincide con algunas teorías de vuelta a la naturaleza, forzada o consentida, que actualmente han recuperado vigencia. En la primera página de su cuaderno, Pierre-Yves anotó las principales ideas:

- Estar, de repente, solos.
- Pasar de la sociedad del todo a la de la nada.
- Estar aislado en la época de la comunicación global.
- Enfrentarse a una naturaleza hostil.
- Reaprender las intuiciones y los gestos ancestrales.

Cuando intenta ponerse en su lugar, eso es lo que le habría causado mayores problemas. Louise y Pierre-Yves han repasado juntos la infancia, la formación, el espíritu con el que fue educada. Luego abordaron el porqué del viaje, su preparación y el desarrollo. El periodista aún no sabe si todo eso aparecerá en el libro, pero lo necesita para impregnarse de esos dos personajes.

Sin embargo, a Pierre-Yves le gustaría aún más profundizar en la relación de esos dos seres abandonados. Después de haber hecho una rápida bibliografía de los naufragios, entendió hasta qué punto lo que está en juego muy a menudo es el estado de ánimo del grupo, las jerarquías, las alianzas que se instauran. Cómo los protagonistas se revelan ángeles o demonios, los que descompensan psicológicamente, lejos de toda referencia social. Es ese aspecto lo que quiere trabajar con Louise.

En el fondo, lo que fascina a Pierre-Yves es que el sueño de Louise y Ludovic lo comparte mucha gente: escapar de esta sociedad latosa y apremiante, de la contaminación de las grandes ciudades, alcanzar alta mar y la libertad, reencontrarse con la naturaleza y con las auténticas relaciones humanas. Sin embargo, bajo esos ojos, la utopía se convirtió en pesadilla. A Pierre-Yves le gustaría entender. ¿Fue culpa de ellos? ¿Lo desmerecieron o no habían tenido ninguna posibilidad de conseguirlo, por sus orígenes? ¿La sociedad de la opulencia les cortó los reflejos indispensables?

Por un instante, Pierre-Yves se pregunta si a él no le gustaría probar la experiencia de que lo soltaran en una isla desierta durante un tiempo, solo para ver. Pero el ejemplo del sufrimiento de la mujer que tiene delante lo disuade.

Para Louise, lo que parece una confesión se convierte en una terapia. Por primera vez en su vida, ella es el centro de atención, el tema esencial y no un elemento

añadido. Hasta ahora, solo Ludovic le había prestado atención de verdad. La mirada que se posa en ella, a través de la cobertura informativa, es positiva pero superficial. Ahí, enfrente de Pierre-Yves, en el confinamiento de esa habitación austera que se parece a la consulta de un psicólogo, Louise tiene la sensación de existir de verdad. Su vida ocurre, se pone en perspectiva. No cree que ese fuera el sentido de su aventura, pero al menos sí la planificación, el encaje de las piezas del puzle que la llevaron hasta ahí.

Pierre-Yves, al acecho, anota los temas que le alteran la voz, como el primer día, cuando habló con ella por teléfono desde el *Ernest Shackleton*. Son los temas sobre los que piensa insistir más adelante. No quiere forzarla, mucho menos herirla, ya ha tenido lo suyo.

El periodista se pregunta, un poco cínicamente, si mantendría una relación sentimental con ella. En ocasiones es conmovedora, frágil, acurrucada en la cama, con esos ojos verdes confusos y un rayo de sol de noviembre que destaca su piel blanca sobre el flequillo negro. No. Más bien se siente como su hermano mayor. Si le apetece abrazarla es para consolarla por la pérdida de Ludovic, que le parece irreparable, para protegerla de ese duro mundo que probablemente la rechace cuando ya se haya hartado de sus programas en horario de máxima audiencia. Un pintor puede enamorarse de su modelo a la que magnificará, pero él quiere sobre todo diseccionarla, mirar con lupa los ocho meses de ruina para sacar de eso algunas verdades intangibles.

A Louise no le ha costado mucho esfuerzo hablarle de la pelea cuando llegó el crucero y de todas los pequeños desacuerdos. También le ha hablado sobre las emociones comunes, la solidaridad, la complicidad y eso hace el contrapeso. Al fin y al cabo, Ludovic y ella vivieron una relación de pareja normal, con buenos y malos momentos, apenas empeorada por la situación. El único episodio que sigue sin poder mencionar es la primera ida y vuelta. Pierre-Yves olfatea una peripecia secreta al ver que se retuerce las manos de una manera poco habitual cuando explica que se marchó después de que él muriera. Luego achaca esa actitud al sufrimiento de recordar la agonía de su pareja. Todo es plausible: quedarse en el «40» resulta impensable después de esa muerte, Louise parte hacia una aventura un poco suicida y por casualidad da con la estación científica. Entonces ¿por qué ha apuntado en el cuaderno que tendrían que volver a hablar de ese viaje?

Louise no consigue explicarse por qué se calla ese episodio, incluso a ese hombre en el que confía plenamente. La invade una vergüenza salvaje; cuando intenta pensar en ello se le paraliza el cerebro. Tendría que expresar que traicionó a su amor, traicionó sus sueños infantiles de justiciera, traicionó su propia humanidad. Cuanto más habla de su aventura sin mencionar ese momento, el momento se vuelve más inenarrable. Revelarlo ahora sería un desastre. Desde que regresó, vive sobre un capital de imagen y simpatía que le sirve de viático para volver a poner en marcha su vida. Que te consideren una heroína abre muchas puertas. Pero una heroína no tiene

derecho a equivocarse. Tiene que ser pura, perfecta, irreprochable. Volver sobre ese único episodio desestabiliza todo el resto, siembra la duda.

A veces, a fuerza de contar una realidad mutilada, Louise cae en la negación. ¿Cómo pasó realmente todo aquello? ¿Permaneció tanto tiempo en la base científica antes de volver al «40»? Después de todo, no contó los días. ¿Habría hecho Ludovic alguna imprudencia cuando estaba solo, tal y como demostraban las moraduras de las piernas? ¿No habría tenido él la culpa?

A menudo, cuando Louise y Pierre-Yves consideran que ya han trabajado suficiente, salen del brazo a tomar una copa. El ruido de las cafeteras y de los posavasos que se apilan y los cristales empañados que atenúan el paisaje urbano, el olor de los abrigos mojados: Louise vislumbra la vida que le gustaría. Frente a frente, delante de unas cervezas, parecen una pareja cualquiera que se reúne después del trabajo.

Eso es lo que le gustaría a Louise: volver a ser normal. Pero una heroína no es normal.

Hélène acaba por llamar. Louise empezaba a confiar en que esa llamada ya no se produciría, en que Ludovic se quedaría en las Malvinas, en el pequeño cementerio lleno de alhelíes que vio. Pero no, el embrollo administrativo se ha resuelto.

—El entierro será el jueves. Nos encontraremos en casa a las diez. Te he enviado la lista de las personas en las que yo he pensado y tengo sus direcciones. Entre unos y otros seremos unos cien, pero si ves que me he olvidado de alguien, ¡completa la lista! Yo no conocía a todos vuestros amigos.

Hélène tiene una voz átona. Da la impresión de que pasa completamente de a quien Louise quisiera invitar. Se entierra a su hijo, no a la pareja de Louise. De cualquier modo, esta última no tiene ganas de mezclarse en eso.

En el cementerio, hace bueno. La luz blanca de principios de invierno hace que brillen las losas de granito. Louise se da cuenta de que le gusta estar en el exterior. Desde que regresó, ha huido de todo lo que podía recordarle a la naturaleza, incluso ha rechazado las propuestas de Pierre-Yves de dar un paseo por los jardines de Montsouris. Cuando Louise no estaba ni con Pierre-Yves ni con Alice, se quedaba tumbada delante de la tele en su habitación. No quería sentir el viento ni la lluvia ni, sobre todo, el frío.

Todos están ahí, los más allegados y los más remotos, los amigos del colegio que se presentan porque Louise ni siquiera los conoce, todo un ramillete de ex, Phil, Benoît y Sam que habían llegado por la mañana de los Alpes, las dos familias, Pierre-Yves y Alice... El ambiente, que el sol anima, está a caballo entre un entierro, una reunión social y un encuentro de antiguos amigos. Uno se quita una lágrima, otros se dan un fuerte abrazo, pero también hay quien exclama al volver a ver a fulano o mengano y se ríen al mencionar un recuerdo común.

Cuando Louise vio el ataúd, estuvo a punto de desvanecerse. Ella es la única que puede imaginarse lo que hay dentro. Nada que ver con el cuerpo atlético que todos conocían, sino una papilla, trozos. Repentinamente recuerda el episodio de las ratas, cuando habían ido a buscar pingüinos a la bahía James y se sobresalta como si una de ellas fuera a salir del ataúd con el pelaje húmedo de sangre y mucosidad. Para el traslado internacional sellaron el ataúd y ni siquiera a Jef y a Hélène les permitieron abrirlo.

En el instante en el que el ataúd baja a la tierra, Louise se sorprende pensando con alivio: «Ludovic se lleva mi secreto a la tumba».

Ya está, todo se ha acabado, Ludovic descansa en paz, tal y como dice la expresión consagrada, y ella también va a conocerla.

La ceremonia es rápida. Los padres de Ludovic, ateos convencidos, no quisieron un oficio, pero sí pidieron a los participantes que fueran a su casa después del entierro, para recordar a su hijo. Cada uno ha preparado un poema, una anécdota, la grabación de una canción que le gustaba, unas fotos.

Entonces Louise entiende que la paz no es para ella. Cada recuerdo de Ludovic la crucifica; llora tanto que sus amigos se plantean interrumpir la celebración. Ese torrente de amistad, de amor y de consideración la agobia cuando debería consolarla. Cada palabra que se pronuncia la hunde en su sufrimiento. Solo tiene una obsesión: no ha dicho la verdad, los ha traicionado. Si hubiera asesinado a Ludovic con sus propias manos no se detestaría más.

Alice y Pierre-Yves asisten, con preocupación, a la licuación de su protegida y deciden, de común acuerdo, apartarla de aquella compañía.

—Lo siento por los padres, los alpinistas y por todos los demás, pero, si Louise se queda aquí, mañana está en un hospital psiquiátrico —sentencia Alice—. Vamos a tomar un té a mi casa y cambiar de tema.

El piso de Alice, en el distrito 19, es una bombonera, no muy grande; ser *freelance* no es un trabajo fácil. La casa está desbordada de objetos insólitos, unas colecciones empezadas de lechuzas de todos los tamaños, hileras de muñecas con trajes regionales, máscaras africanas, cuadros, fotos pegadas con celo o clavadas con chinchetas de cualquier modo. Cuesta mucho ver el color del papel pintado debajo de la avalancha de estanterías y muebles. El piso desprende exactamente la misma vitalidad que demuestra su propietaria. Ese caos da la oportunidad a Alice de encadenar anécdota tras anécdota respecto a cada objeto. Pierre-Yves se preocupa porque necesitarán una semana para comentarlo todo, pero la cara hinchada de Louise le incita a echar más leña al fuego. También él cuenta los sinsabores de sus principios en el periódico, las manías de sus compañeros, los escándalos de la famosa Marion, la pelirroja que lleva las páginas de cultura.

El té de jazmín es perfecto, los macarrones de la pastelería Ladurée, excelentes; cualquiera diría que es una tarde entre amigos, para mantener a distancia la desagradable noche de invierno y, sobre todo, la tierra removida del cementerio de Antony.

—He mentido.

Louise suelta esa frase en voz baja, aprovechando una pausa en la conversación. Le sigue un silencio desconcertado. Los otros dos intentan hacer como que no han oído nada.

—Os he mentado a todos. Aquello no sucedió así.

Su voz sube a tonos agudos, como una niña que quiere hacerse oír entre adultos.

Alice se queda con la mano en el aire sin llevarse la taza de té a la boca y esboza una mueca. Ese tono no le dice nada bueno. Pierre-Yves se recobra el primero. Es su oficio. Por poco no saca el cuaderno de cuadritos.

—¿Qué dices, Louise? ¿Cuándo has mentado? ¿En qué?

Louise baja la nariz. Fundamental no mirarlos. Eran sus amigos. Ahora la odiarán. No ha podido aguantar, no le quedaban fuerzas. En aquel simpático piso, con esas dos personas que la respaldan desde que regresó, debería haberse sentido más amparada que nunca. La página de Ludovic acaba de pasar, ya nada volvería a

atormentarla. Es precisamente el fin de la amenaza lo que la confronta con la situación: nunca conseguirá salir a flote mientras cargue sola con ese peso.

—El ojo estaba en la tumba y miraba a Caín —balbuceó Louise.

Ese ojo que la persigue, el que sobresalía del montón de harapos, hace ya unos meses, y que aún la persigue. Louise no puede olvidar ese aspecto infinitamente cansado, sorprendido y aliviado al verla, pero, sobre todo, indescriptiblemente triste. No habría sabido decir si era el abatimiento de la muerte o de la traición lo que prevalecía. Louise no puede quedarse sola con esa mirada.

Louise lo desembucha todo. Sin pretender explicar lo inexplicable, solo soltando palabras, unas detrás de otras, intentando volver a trazar el encadenamiento de los hechos en bruto.

Le sigue un largo silencio. O Alice y Pierre-Yves esperan más revelaciones, o se han quedado pensando, mientras miran cómo la oscuridad se apodera de los cristales.

Es Alice la que rompe su postración. Se levanta, va a sentarse junto a Louise, le pasa el brazo por los hombros, como le gusta hacer.

—Cariño, ¿eso es lo que te tortura? Pues hiciste bien.

Deja que pasen unos cuantos segundos para asegurarse de que Louise la ha entendido.

—Sí, desde luego que hiciste bien, en general. Todo lo que has dicho de Ludovic desde el principio va en el mismo sentido. En un momento dado, él se abandonó, dejó de luchar. Ese día, enfermó y, participaras tú o no, su suerte estaba sellada. Es terrible decirlo, pero tú no tienes nada que ver con eso.

Alice inspira profundamente antes de seguir:

—Ya te conté que uno de mis hermanos se había suicidado. Llevaba unos años así, después de una asquerosa historia de acoso laboral, ya no vivía, no luchaba. Mi otro hermano, mi madre y yo hicimos de todo. Lo llevamos de vacaciones, lo acompañamos a las terapias, le presentamos chicas; incluso me instalé unas semanas en su casa para distraerlo, hablar, suplicarle. Todo eso no sirvió para nada. Tú hiciste lo que debías, tú te salvaste, a ti.

De pronto, Pierre-Yves se da cuenta de que ese es el elemento que buscaba desde el principio, lo que había olfateado. Ahí está, la confrontación primitiva con la vida, la que empuja a actuar más allá de todo código y de toda regla e incluso más allá de los propios sentimientos. La confesión de Louise se convierte en la pieza clave de la obra. Por ahí, la historia adquiere una dimensión universal.

Louise estalla en sollozos. Se ha acurrucado con una postura fetal en el sofá. Imposible saber si ha oído, y menos aún si ha entendido, el discurso apaciguante de Alice. El llanto se agolpa de tal manera que se queda sin respiración. Tiene hipo, gime, se sofoca como si su garganta no fuera lo suficientemente grande para dejar salir ese torrente de tensión, mezclada con miedo y asco. Esa violencia deja estupefactos a los otros dos. Alice le pone de nuevo la mano en el hombro, con un «ahh... ahh... ahh» impotente.

Pierre-Yves toma aire:

—Bueno, creo que tiene que dormir. ¿Puedes vigilarla esta noche? Es incapaz de ir a su hotel. ¿Tienes algún somnífero? ¡La pobre! Pensar que ha guardado todo eso en la conciencia desde el principio.

Alice durmió en el sofá. Consiguió desnudar a Louise, que se deja hacer como una muñeca de trapo, y se durmió profundamente, tanto por los efectos del medicamento como por el agotamiento nervioso. Mañana, a primera hora, Alice llamará a Valère, el psicólogo con el que ya ha contado para gestionar las crisis de sus clientes.

Son casi las diez. Louise acaba de despertar toda hinchada. Ha tomado dos aspirinas, otros tantos cafés y mordisquea un cruasán. Pierre-Yves llega con unas flores. Lleva la misma chaqueta de pata de gallo que el día que se conocieron en Londres. Eso le produce un sobresalto a Louise, la devuelve a la realidad. Durante un rato, charlan prudentemente del color de las poinsetias de Pierre-Yves y del tiempo asqueroso que oscurece el cielo de París. Todos dan vueltas en torno a las revelaciones de la víspera, con miedo a desencadenar otra crisis, pero solo piensan en eso.

Por fin, Alice empieza:

—Louise, ¿cómo te encuentras? Esta mañana he llamado a un amigo, el doctor Valère. Es realmente un tipo estupendo, un psicólogo. Está dispuesto a recibirte cuando quieras, para ayudarte. O, si prefieres, una amiga mía tiene una casa en Luberon y ha accedido a dejarnos las llaves.

Louise suelta un suspiro, que Alice interpreta como un consentimiento. Así pues, continúa:

—Y repito lo que dije ayer. Actuaste bien. Todas las personas sensatas habrían hecho lo mismo que tú...

Alice no tiene tiempo de terminar, Pierre-Yves coge la pelota al vuelo:

—Luberon, una magnífica idea. Yo voy con vosotras. Estaremos tranquilos los tres y podremos volver a empezar el libro desde cero.

Pierre-Yves ha pasado parte de la noche trabajando y se siente tan excitado como pocas veces lo ha estado antes. Ahora sabe que esa primera ida y vuelta es el punto culminante, el *crux*, como dicen los alpinistas, de la historia. Recuperó todas sus notas y comprobó que todo se encadenaba para llegar a ese episodio. Está dispuesto a explicar las tentaciones y los frenos que se enfrentan en la cabeza de esa mujer abandonada e impotente. Por un lado el amor, el humanismo, por el otro, el instinto de supervivencia.

—No nos des la tabarra con tu libro. Louise necesita unas vacaciones y olvidar.

Pierre-Yves pretende ser conciliador.

—Vale, no hay ningún problema, daremos paseos, iremos a Lourmarin, a Gordes, a Bonnieux. Conozco unos restaurantes excelentes y en esta época del año estaremos

allí tranquilos, como reyes. No te preocupes, gallina clueca, no agobiaré a tu polluelo con el trabajo. Aunque debemos entregar una copia dentro de un mes. No hay que tardar mucho en publicar y, ahora que tenemos que revisar todo, queda mucha tela que cortar. Yo puedo sacar adelante la mayor parte, pero aún necesito un poco a Louise para que me explique algunos puntos. También tenemos que ver entre los tres cómo manejamos la noticia.

—¿Qué noticia?

—Pues claro, cuando restableceremos la verdad. Pienso que es mejor hacerlo antes de que salga el libro.

—«¡Restableceremos la verdad!»—. —Alice le lanza una mirada furiosa—. Anda con el fiscal de la República. Pero tú, ¿dónde te crees que estás? ¿En el juzgado de lo penal? Louise nos ha contado algo porque confía en nosotros, no para que lo pregonemos a los cuatro vientos.

—Quizá, pero, ahora que lo sabemos, no podemos hacer como si nada. En el libro tendré que hablar de eso.

A Pierre-Yves le resulta tan evidente que le coge desprevenido el comentario de Alice.

—¡Tu libro nos importa un bledo!

Alice se incorporó en el sofá como si fuera a saltarle encima. A Louise, que siempre la ha visto sonriendo y con aspecto relajado, le desconcierta verla con los ojos brillantes y las mejillas rojas.

—No me digas que tienes intención de rajar. ¿Y con qué derecho? ¿Sabes lo que pasará si cuentas eso? ¡Estás apuñalando a Louise por la espalda! Tú conoces a esas buenas personas de la prensa. Tú también eres uno de ellos. Vivimos eso a diario, asuntos, secretos que se airean.

—Pero, en definitiva, eso acabará filtrándose —protesta Pierre-Yves—. Louise hoy nos lo ha dicho a nosotros, otro día puede decírselo a cualquiera. Al contrario, nos corresponde a nosotros organizarnos para que esto pase de una manera llevadera. Ahora, nosotros tenemos la mano, podemos aprovecharlo.

—¿«De manera llevadera»? ¡Te estás riendo de mí! Eso será su sentencia de muerte, lo sabes perfectamente. Los periodistas la demolerán tanto como la han ensalzado. Y aún con más maldad, porque tendrán la impresión de haberse tragado su patraña. No le darán ni un minuto de tregua. Pedirán ayuda a los padres de Ludovic y la imputarán por denegación de auxilio a persona en peligro. ¿Eso es lo que quieres? ¡Louise, díselo!

Louise está muda, se ha arrinconado con los cojines encima y los escucha discutir. Ayer se sintió aliviada al confesarlo todo. Esa mañana se abre otro abismo ante ella. Tendrá que pagar. El comentario de Alice no la tranquiliza. ¿Realmente irán a por ella? Ya ni siquiera la panadera, ni los presentadores complacientes, ni la gente que ahora se desvive por ayudarla serán amables. En un segundo se imagina las portadas de las revistas en las que la declaran «traidora», «mentirosa», «mitómana», con una

foto lo más horrible posible, en la que tendrá la mirada esquiva. Louise se da cuenta de que no había calculado el alcance de las consecuencias. Le asedia su vulnerabilidad. Su suerte ya no depende de ella sino de aquellos dos, sus supuestos amigos, que ya están discutiendo. Así que Louise se calla, alisando obstinadamente el reposabrazos.

A Alice le da pena ese silencio y se tranquiliza un poco. Tampoco le apetece tener un conflicto con Pierre-Yves. Lo respeta y le proporcionó ese trabajo. Cambia de estrategia.

—Escucha, desde hace un mes, te estoy haciendo el plan de comunicación para preparar tu libro gratis, ¿de acuerdo? He conseguido a todas las cadenas francófonas y anglófonas, desde Télérama hasta Voice, desde France Culture a BFM. Louise es una heroína, todo el mundo la conoce y todo el mundo la quiere, no me sorprendería que estuviera en la próxima lista para la Legión de Honor. Louise peleó e hizo locuras. Ni tú ni yo haríamos una cuarta parte, ¿vale? Y quieres estropearlo todo porque hay un detalle que no mencionó y que, por otra parte, no cambia en nada la historia. Sabes que todas esas buenas personas, que estaban delante de la tele mientras ella se moría de hambre, se otorgarán el derecho de hacer comentarios, de juzgarla. Y eso será asqueroso, porque esas buenas personas nunca comprenderán nada de todo aquello. Twitter, Facebook, todos los frustrados de la tierra tendrán una opinión, ¡y sienta tan bien machacar a alguien al que se ha adorado!

Entonces Alice se esfuerza por recuperar el tono ligero y profesional que todo el mundo conoce.

—Louise tiene una cita la próxima semana para hacer una prueba con Miromont. Si funciona, quizá tenga su primer papelito. Estoy segura de que será buena. Si tú juegas bien las cartas, puede que a ese tipo le interese la adaptación de tu libro. ¿No te gustaría? Pero, cuidadito, ese hombre no hará nada por una chica a la que se va a considerar una traidora y una mentirosa.

Pierre-Yves piensa de otro modo. «Traidora», «mentirosa» son palabras. A él lo que le excita es la confrontación con la realidad.

—Bueno —formula Pierre-Yves con un falso tono de tranquilo—. No estamos en la misma longitud de onda. Yo pienso lo contrario. Lo que Louise nos dijo tiene una fuerza increíble y aún le interesará más a la gente. No tengo nada claro que vayan a descuartizarla.

Pierre-Yves finge buscar las palabras:

—Tú, tú haces comunicación, yo, periodismo. Tengo una información y mi trabajo es darla. No te preocupes, sé cómo plantearla y, sobre todo, no le deseo ningún mal a Louise. ¿Tú lo sabes, Louise? —dice, tomándola a su vez de testigo, sin obtener respuesta—. Para no ocultarte nada, desde el principio sentía que había algo extraño en esa historia. Tengo un cierto olfato —añade, bajando modestamente la voz—. Así que, ahora, volvemos a empezar de cero. Louise, seguimos siendo un equipo, pero te ruego que no me ocultes nada más.

—¡Olfato! ¡Planteamiento! —Alice explota de nuevo—. Eres igual que todos, un tipo al que solo le importa él mismo. Tu famoso olfato, eso es atacar a un chica sin defensa. ¡Me das asco! ¿Además insinúas que habría mentido sobre otros hechos? ¿Y por qué no ella mató a su chico y hundió el barco?, ya que estás.

—Yo no lo sé, solo lo sabe Louise.

—¡Cabrón!

Pierre-Yves se levanta de un salto.

—Anda, vamos a dejar de insultarnos. Creo que todos necesitamos tranquilizarnos. Louise, te llamo mañana y hablamos tranquilamente, y no te preocupes, no habrá consecuencias lamentables para ti.

Coge su abrigo apresuradamente y se larga, dejando a las dos mujeres atónitas en el sofá. Alice atrae de nuevo a Louise hacia ella.

—Pobrecita, cariño, no tenías ninguna necesidad de esto. Ese bestia no entiende nada. Yo ya te lo dije, he vivido episodios de este tipo. Aún me persigue la idea de que podría haber impedido que mi hermano actuara. Pero todos los psiquiatras saben que el instinto vital no se comunica. Tú y yo lo tenemos, ellos no. Es terrible, pero cierto. Escucha, mañana tienes que decir a ese periodista de pacotilla que te equivocaste o que dijiste cualquier cosa, porque no te sentías bien después del entierro, que te reprochabas no haber salvado a Ludovic y que te lo inventaste todo. De todos modos, no puede demostrar nada y no le interesa hacer la mínima alusión de lo que sea, porque tiene garantizada una demanda por difamación. Pierre-Yves no se arriesgaría a eso y si fuera necesario yo testificaría a tu favor y tú ganarías. Te aconsejo enérgicamente que pases de ese jodido libro, te ayudaré a anular los contratos. —Respira con fuerza y exhibe de nuevo su sonrisa—. Tienes que prometerme que nunca hablarás de esta historia con nadie. O únicamente con un psicólogo, si eso puede ayudarte. Ya te dije que tienes uno a tu disposición y, ahí, podemos contar con el secreto profesional. Venga, promételo.

Alice pone el mentón de Louise en su mano y le levanta el rostro, como se hace con un niño al que se quiere arrancar una promesa. Y por un segundo se angustia al ver la mirada vacía de su amiga, su pupila ausente, que un sufrimiento interior ha absorbido.

Alice conoce esa mirada. Se la cruzó un montón de veces hace tres años; era la de su hermano.

Louise se ha equivocado en todo, ha fracasado en todo, ha perdido todo, Ludovic ha muerto, ella no tiene trabajo ni casa. Sus dos mejores amigos acaban de pelearse por su culpa. Su futuro está hecho trizas. Tendrá que decir adiós al cine. La tierra entera se erigirá en su contra, hasta llevarla al juzgado. La solución de Alice no es realmente una solución, porque lo que les dijo es la verdad, la que le atormenta desde hace meses. Louise sabe bien que no la callará.

Aún no es mediodía cuando regresa a su hotel. Se desnuda, toma dos somníferos y contempla la caja un buen rato, luego se acuesta y enciende la tele. Es su manera de no pensar.

La mañana siguiente es magnífica. Un fuerte viento del norte ha echado a las nubes. Louise mira mucho tiempo por la ventana, sin saber muy bien dónde está ni qué hora es. Y luego recuerda todo. No se mueve, espera sin saber qué. Pasan dos pájaros, cree reconocer a dos ocas, raras en el cielo de París, de camino hacia alguna desconocida migración que su instinto les dicta. Se le ilumina la mente. Las imitará: se irá, o, mejor dicho huirá, dejará tras ella ese embrollo que no se puede desenmarañar, desaparecerá, esta vez, definitivamente.

Le atrapa la urgencia y se levanta sin tomarse el tiempo para una ducha, deja la ropa en los armarios, coge solo el ordenador y el teléfono y baja a pagar la cuenta.

Louise está en la calle, corre al metro: Montrouge, Montparnasse, el autobús de Air France a Roissy, como si fuera una viajera normal de camino hacia un destino de verdad. Llega al vestíbulo del aeropuerto, consulta el enorme panel de salidas de las próximas cuatro horas. Siempre adoró la sensación de que el mundo está ahí, al alcance de la mano: ¿Lima? Estuvo a punto de ir de vacaciones, pero a su grupo de amigos les pareció el billete demasiado caro... Auckland, ¿por qué no? Realmente es el otro extremo del mundo, ¡lo que ella necesita! Pero los dos vuelos están completos. También intenta Vancouver y Tahití, sin mejores resultados. Louise se conforma con Glasgow. Menos extremo, pero tiene prisa, tiene que irse. Recuerda una escapada a Ben Nevis, la mayor elevación de Escocia, con sus inseparables Phil, Benoît y Sam, el agradable olor de la landa y, desde allá arriba, el maravilloso revoltijo de islas. A principios de invierno allí no habrá ni un gato.

En un último arrebató, para apaciguar su conciencia, envía un mensaje circular, en desorden a sus padres, a Pierre-Yves, Alice y a sus amigos del «40»: «Necesito unas vacaciones. Me voy unas cuantas semanas. Con total seguridad no habrá internet ni teléfono. No os preocupéis, estoy bien. Un abrazo. Louise».

Espera que esto sea suficiente, pero añade un SMS especial para Alice: «Estoy MUY bien».

No hay nada más lúgubre que Glasgow en diciembre. Solo los adornos de Navidad

dan unos reflejos amarillentos a las fachadas austeras. Louise no se detiene mucho tiempo allí, lo justo para comprar una maleta y ropa en el Debenhams local e informarse sobre un hotel, un alojamiento, o lo que sea, pero en un destino muy tranquilo. Explica un cuento en la oficina de turismo: va a escribir un libro y necesita concentración y soledad.

—Sí, claro, por supuesto —le responden—. Están las islas Mull o Skye, unos pueblos con mucho encanto y acceso diario en *ferry*... O Islay, la tierra del *whisky*... Eso puede ayudar a la inspiración —aventura el encargado, sin reírse—. ¿Más lejos? ¿Más perdido? —El tipo se pregunta qué novela negra necesita semejante entorno—. Quizá Jura, doscientos habitantes, un solo hotel, tengo que comprobar si está abierto en esta época... Seguro que sin acceso a internet pero, por supuesto, el teléfono móvil... Los acantilados frente al Atlántico y la corriente más fuerte de Europa, que hace hervir el mar, es espectacular...

Pese a todo, el empleado intenta promocionar el lugar.

—Se tarda una hora y media en tren hasta Clachan, luego dos ferris seguidos, el primero a Islay y el siguiente a Feolin, el muelle de carga de Jura.

¡Perfecto! Louise se lanza a la aventura con la impresión de que está desbaratando un seguimiento: autobús a la estación, tren, ferris, cuanto más irregular se vuelve el trayecto y más abierto y desértico el paisaje, mejor se siente ella. Cuando el último transbordador atraca en un pobre dique de hormigón, Louise ya respira más libremente.

El dueño del hotel, el señor Terence, un tipo sonrojado y patiocorto, perfectamente adaptado al fuerte viento local, va a buscarla a Feolin, en un todoterreno que ha visto de todo. Lluve a cántaros y las ráfagas de viento tambalean el coche. El conductor, impertérrito, le comenta los meandros de la única y mala carretera, casi invisible a través del barro del parabrisas, la cortina de agua y la noche que llega.

En la habitación, con un papel pintado descolorido, la colcha de croché, una mesa pequeña de formica, huele todo a una humedad que nada eliminará jamás. Como muy a menudo en los países del norte, hace calor dentro. Louise abre la maleta igual que un marinero que vuelve a puerto.

Echa un último vistazo a los mensajes del teléfono. Pierre-Yves debe de estar furioso. Le ha enviado un montón de mensajes, igual que sus padres, a los que el periodista debió de llamar para intentar seguirle la pista. Apaga el aparato sin leer nada, lo guarda junto con el ordenador en el antiguo armario y se mete en la cama. Sin premeditación alguna, Louise inicia una cura de sueño. Es algo espontáneo, una manera de evacuar por fin esa tensión inhumana que no ha parado desde que un día, hace lustros, se fue con Ludovic en busca de un lago seco en una isla perdida.

A los hospederos les cuenta la misma historia de una escritora que busca tranquilidad. Louise se levanta hacia las nueve, se toma unas tostadas embadurnadas de mermelada de arándanos casera, un plato de huevos con bacon y alubias cubiertas de una insípida salsa de tomate y luego, con el pretexto de la inspiración, vuelve a su

habitación. La cama le atrae físicamente, se acurruca, le produce un auténtico placer tirar del edredón hasta la barbilla, mientras lanza suspiros voluntariamente sonoros. Incluso después de una buena noche, Louise vuelve a dormir profundamente, como si ese sueño nunca hubiera acabado con un desgarrador cansancio. Eso le procura el mismo efecto terapéutico que durante una gripe. Mientras duerme, cree que unas misteriosas y benefactoras conexiones se ponen en marcha y reparan poco a poco la herida que siente en el alma.

Vuelve a aparecer hacia la una de la tarde, haciendo creer que ha trabajado mucho, a por un plato de carne fría con mahonesa. Luego, todos los días, sea cual fuere el tiempo, se pone la parka que compró en Glasgow y sale tres horas seguidas. Ahora, el frío y el viento ya no la asustan. Pueden enfurecerse cuanto quieran, empaparla, marearla, empujarla, cuando se harte, los Terence estarán allí con el *tea and scones* que tan bien le sale a la señora Terence. Encontrará su habitación caldeada, su cama, la guarida para echarse una siesta hasta la hora de la cena si le apetece. Ya no la asusta nada.

Las dos primeras semanas, según hiciera bueno o malo, y ella estuviera de un humor guerrero o pacífico, Louise visita la costa abierta al viento o protegida del viento. Los arbolitos sin hojas y la hierba que el invierno ha secado le parecen al unísono de su disposición mental. Ella también espera la primavera.

Louise camina deprisa, deja que los helechos y las aulagas del camino le empapen el pantalón. Se detiene regularmente para observar un cormorán inmóvil que se seca las alas como si tuviera toda la eternidad por delante, o un barco pesquero que lucha con la pluma. El aire la emborracha y la relaja, desata las cosas muertas en su interior. Ahora deja salir hasta las visiones más mórbidas, porque, allí donde está, ya no las teme. Puede gritar a los cuatro vientos y nadie, que pudiera hacer mal uso de sus palabras, la oirá.

Louise camina y la mecánica física parece volver a poner en marcha la mecánica psíquica. En ese sencillo país, con su landa y sus borrascas, Louise recupera esa sensación que tan a menudo ha sentido en el monte: el cuerpo y la mente son uno. Cada paso que gana en el barro de los caminos, cada aliento que conquista contra el viento estimulan imperceptiblemente unas reflexiones. Louise se desherrumbra mentalmente y se compara con aquellas herramientas olvidadas que Ludovic y ella pusieron en condiciones con tanto esfuerzo para reparar el ballenero. Pensar de ese modo, libremente, no se puede hacer en la inmovilidad de una habitación. Al ritmo de sus músculos se despiertan sus neuronas.

Dejar de luchar contra sus pensamientos es un alivio infinito. Louise regresa al hotel saciada, con los ojos ardiendo de viento y el corazón cada vez un poco más en paz.

Un día, aprovechando que estaba despejado, quiso ir a la otra punta de la isla. El señor Terence amablemente la llevó los treinta y cinco kilómetros que separan la aldea de Craighouse del famoso Corryvreckan, el estrecho paso entre las islas Jura y

Scarba, más al norte.

—Siga unos cuarenta y cinco minutos por el sendero, se encontrará con la vieja granja de Barnhill, luego ataje por la landa hacia el norte. Tenga cuidado con las ráfagas de viento que pueden tirarla al fondo del acantilado. Yo estoy ocupado, volveré a buscarla sobre las cuatro de la tarde.

El estrecho paso, que por un lado está abierto a las olas del Atlántico y por el otro recibe el torrente de las grandes correderas costeras, está continuamente atormentado por furiosas corrientes de hasta nueve nudos. Y para complicarlo más, un islote justo en el medio lo hace aún más estrecho y agresivo. Con el tiempo en calma, parece que unas gigantescas marmitas están en ebullición. El tipo de la oficina de turismo no mentía.

Ese día, el viento del oeste es todavía constante y la marea que está bajando se enfrenta a él. Uno y otro luchan sin tregua. El mar enloquece y no sabe a qué amo seguir: al viento o a la corriente. Las olas estallan en todos los sentidos, salen a chorros como géiseres, rebotan contra la roca solitaria y sumergen sus treinta metros como si jugaran al potro. El océano batido va del color gris al verde traslúcido y acarrea montones de espuma amarillenta. Cuando el sol atraviesa las nubes, se crean decenas de arcoíris, según las salpicaduras. Reina una impresión de bravura primordial, de fuerza bruta que una banda de demonios hostiga. Aún es más terrible el ruido, el furioso estruendo, el silbido, el bufido de esas aguas que babeaban de rabia como si fueran a faltar a una importante cita.

Louise tiene instantes de casi recogimiento ante ese estruendo. La naturaleza, una vez más, como en Stromness, siempre es la más fuerte. En las contracorrientes a lo largo del acantilado, Louise ve ramas y hojas aglomeradas que forman pequeños islotes que maltratan las olas. Bailan y se revuelcan en todas direcciones. En cuanto parece que, por fin, encallarán, una ola las arranca y las devuelve a la batalla. Louise casi ve en eso una alegoría de los meses que han pasado. Ella ha sido esa brizna que han zarandeado las circunstancias, incapaz de atracar. Louise sueña con encontrar aguas tranquilas, una corriente apaciguada que la llevará, igual que a sus semejantes, a un día a día monótono. Y, de pronto, estalla en carcajadas ante la banalidad de esa comparación. Se ríe de ella misma, sin reservas; eso no le había ocurrido desde la primera noche que pasó en el Hilton. Hacía tanto tiempo. Por otra parte, ni siquiera era la misma risa. Una era nerviosa, tensa, molesta, la de hoy la percibe más libre, aliviada. Porque, precisamente ahora, ya no está en el corazón de la batalla. Está en la orilla, resguardada, y todo aquello no es más que un espectáculo.

Las quince horas de sueño se espacian. Para mantenerse ocupada, coge prestados del salón libros de bolsillo con el lomo roto, *Jane Eyre*, *La isla misteriosa*, lo que le cae en las manos de la escasa oferta del hotel. También intenta dibujar a lápiz, algo que le gustaba hacer cuando era adolescente, y recorre la landa con un triste cuaderno que el

señor Terence encontró entre sus cosas. Ahí, se vive de lo que se tiene o se improvisa mientras se espera al barco, al pedido de Islay y del continente.

Esa pobreza contribuye a su redención. No necesita exprimirse el seso, basta con coger lo que hay, entregarse a lo cotidiano.

Louise come cada vez más a menudo con la señora Terence, que calienta su reumatismo en el rincón del radiador eléctrico, tan rojizo como una falsa hoguera. La simpática mujer se siente muy orgullosa de que George Orwell hubiera ido allí a escribir *1984*. Antes de comprar la granja Barnhill, el escritor pasó unas cuantas semanas en el hotel. La madre y el padrastro de la señora Terence regentaban el hotel. Ella se acuerda de aquel hombre oscuro, de su cara larga y delgada, y de los ojos tristes. Ni siquiera le sonreía a ella, que era una niña pequeña. No es de extrañar que hubiera escrito ese libro tan terrible que le provocó pesadillas cuando tuvo edad para leerlo. «Un pobre viudo desconsolado», decía su madre.

Louise empatiza con aquel ser herido que fue a buscar allí, igual que ella, una forma de paz.

A todas luces, la señora Terence ya se ha hecho una idea sobre Louise y suelta indirectas:

—¿Niños...? ¿Irás a pasar la Navidad en familia?

La señora Terence está convencida de que Louise tiene problemas sentimentales.

Es verdad, llega la Navidad. Louise la pasa en el hotel, es el único huésped, lo que le da derecho a compartir una oca salvaje asada deliciosa y un pudín, que no lo está menos. Entre Navidad y Año Nuevo, nieva mucho. Louise sigue dando sus paseos con unas enormes botas que le suministra el señor Terence.

—Son de mi nuera. No hace falta que le diga que los hijos ya no vienen nunca en invierno. ¡Prefieren las Baleares!

El único entretenimiento en aquella aldea perdida se produce a las cinco de la tarde, cuando algunos empleados de la destilería, que está enfrente del hotel, van a beber algo al salir del trabajo. Siempre son hombres, un puñado de solterones y, el viernes, dos encargados de más edad y el contable. Louise envidia esa convivencia que podría considerarse monótona. Una cerveza, luego dos, comentarios sobre el trabajo del día, algunos chismes del pueblo, reproches contra «los de Londres», promesas de votar por el independentismo, y todo ello con ese acento que se come la mitad de las palabras. Louise regresa a menudo de sus paseos a esa hora y ellos la invitan a unirse a la conversación.

—Así que, señorita, ¿progresa su libro? La próxima vez que haga bueno, debería ir hacia cabo Fenearah, por allí se ven ciervos...

Nadie le pregunta más sobre eso; dentro del conjunto, ella ocupa el sitio de una «escritora francesa». Nadie quiere saber de dónde viene, ni lo que ha vivido, ni lo que escribe.

Ed, uno de los chicos, se la come con los ojos. Y se lo dejó claro cuando le propuso llevarla en moto a dar una vuelta por las destilerías de Islay, el sábado. Pero

Louise no está preparada para iniciar una relación, ni aunque sea superficial. Sin embargo, también en ese aspecto entra en convalecencia. La otra noche, antes de dormirse, se puso una mano en el pecho y la otra se abrió camino entre los muslos, despacio, tímidamente y, al final, Louise gozó. Era puramente sexual, pero eso la tranquilizó sobre una forma de normalidad recuperada.

Una noche, Louise descubrió *1984* y se fue a la cama con él. Se acordaba de algo del libro. El fragmento de la tortura con la rata, que ya antes la había impresionado, ahora que había experimentado la rapacidad de esos animales, le provoca horror especialmente. Pero algo capta su atención como un destello y lo lee tres veces. En la novela, el protagonista, Winston, rescata un libro que escribió un tal Emmanuel Goldstein, que se supone encabeza la conspiración contra el Gran Hermano. En ese relato, el disidente desvela los métodos del totalitarismo y, en el capítulo sobre la información, una frase le hiela la sangre: «Quien tiene el control del pasado tiene el control del futuro. Quien tiene el control del presente tiene el control del pasado».

Esa frase la conmociona. Nunca le había dado la impresión de que la literatura se dirigiera tan directamente a ella, o pudiera ayudarla a ver claro. Las novelas eran historias y Louise descubre que pueden interferir con la realidad.

Orwell desarrollaba su argumento. La sociedad reposa sobre el hecho de que el Gran Hermano es infalible. De modo que es indispensable adaptar el pasado al presente para evitar cualquier análisis histórico, cualquier comparación o cuestionamiento. Con Stalin, se retocaban las antiguas fotos del Politburó para que desaparecieran de ellas los que habían acabado en el gulag. Así pues, los miembros del partido deben estar perpetuamente en el estado de creer que lo negro es blanco y viceversa; eso es a lo que Orwell llama el «doblepensar».

Eso es exactamente lo que ella, Louise, ha estado a punto de hacer: travestir su pasado. La reescritura de la historia no estaba exenta de ventajas, pero fue más fuerte la culpabilidad. Igual que Orwell, Louise se escondió. Verbalizar su mal es una liberación, es el punto álgido del proceso de maduración que está viviendo desde que llegó a la isla de Jura. Louise llevaba dentro dos verdades, una de más. Es tan sencillo ver las cosas así.

Louise se levanta, abre la ventana y una bocanada de aire helado invade la habitación. Después de haber estado lloviendo todo el día, el cielo ha recobrado, bajo la luna, una pureza cristalina. Las arboledas, los árboles, las ramas destacan sobre el fondo nevado con una nitidez surrealista. Eso es lo que Louise quiere, lo puro, lo verdadero.

Louise se enfada consigo misma: nunca jamás se dejará desposeer de su pasado, como los habitantes de Oceanía. Nunca, igual que el pobre Wilton de Orwell, acabará diciendo que ella no tiene opinión sobre cuánto son dos más dos. Esa idea le produce la sensación de ser una resistente.

¿Algún día desenredará las razones de su comportamiento en Stromness? ¿Para qué hacer comentarios sobre un impulso? La introspección no cambiará nada, solo la

atrapará en el remordimiento. De pequeña, soñaba con ser una heroína, pero la vida se burla de los sueños. Su lado oscuro la ha hecho crecer. Ya no es «la pequeña».

Louise empieza a temblar por la brisa, pero se empeña en seguir así, como para que tanto el cuerpo como la mente recuerden esa singular hora. Por poco no va, en plena noche, de peregrinaje a la casa de contraventanas azules donde le parece que, setenta años antes, un hombre le tendió la mano.

Louise inhala profundamente y el soplo de aire helado le quema la tráquea. Imagina que la limpia por dentro.

Al día siguiente, el viento sopla fuerte. En cuanto se calma, Louise sale dispuesta a luchar cinco horas para llegar de un tirón a Beinn an Oir, la cima de la isla, a 785 metros.

Empieza siguiendo la linde del bosque; ahí la nieve es menos espesa. Rápidamente, llega a la zona de la pradera y pierde de vista el sendero. Cuanto más se empina la pendiente, más difícil le resulta abrirse paso. Sigue en sus trece, clava los puños en aquella gruesa alfombra para apoyarse, levanta las rodillas hasta la barbilla, incluso se impulsa con el vientre. La nieve se le mete por las botas y le sube por las mangas. La sangre latiéndole en las sienes le provoca mareos, pero eso le trae sin cuidado. Esa pelea la divierte. Cuanto más cansada está, más le parece que, por fin, recupera su energía vital. Esa vitalidad es su seña de identidad, lo que siempre le ha permitido aguantar, creer en sí misma cuando era una adolescente a la que no hacían ni caso, encontrar su camino en la vida, sobrevivir cuando parecía que todo estaba perdido. Las andanzas de los meses anteriores la habían ocultado, pero ya ha recuperado la fuerza y una felicidad indescriptible. Alicia tiene razón: no puede evitarlo, ella es así.

La noche anterior saldó una antigua cuenta. La vida continúa. Siempre habrá en alguna parte un dolor, una tristeza y un muerto. Louise tendrá una cicatriz con el nombre de Ludovic. Sobre todo no quiere olvidar.

A medida que sube, Louise disfruta de la vista que se desvela ante ella. Finalmente, desemboca en la última redondez y toda la isla se extiende a sus pies. Desde ahí arriba, la vista es grandiosa y con ella llega una sensación de poderío. A un lado, las islas carcomidas de fiordos hasta donde alcanza la vista y los contrafuertes violáceos del viejo macizo caledonio; del otro, el Atlántico norte, de un gris verdoso moteado del blanco de la eterna rompiente.

Louise se da cuenta de que ya no necesita el modesto refugio de la isla de Jura. Incluso tiene prisa por marcharse, como si fuera una convaleciente a la que irritase tener que guardar cama. Va a regresar al frente, va a encontrar un trabajo, a conocer nuevos amigos y nuevos amores.

En cuclillas, en lo alto de la montaña, delante de las islas que empiezan a bañarse de rosa y de gris, Louise mira fijamente hacia delante. Siente como el sudor se enfría y le recorre la espalda. De un modo mecánico hace molinillos con los brazos para entrar en calor. Tiene que volver a bajar; ese será el último paseo que dé por la isla.

Su futuro no se jugará en torno a una película o a un libro. La ruleta de la actualidad da vueltas rápidamente. Dentro de unos meses ya nadie la reconocerá, y dentro de unos años su aventura se habrá olvidado.

¿Y hasta entonces? ¿Va a desaparecer entre las brumas escocesas? Tiene un título que debería serle útil y habla inglés correctamente. Seguro que necesitan contratar auditores en el sector del petróleo, el turismo y la minería. Louise está dispuesta a

hacer cualquier cosa: traductora, guía de grupos, en Glasgow, en Oban o en Aberdeen. La impresión de página en blanco es vertiginosa y excitante al mismo tiempo.

No son ni las cuatro de la tarde, la luz se decolora rápidamente y borra las huellas que Louise dejó a la ida. Desciende rápidamente por la nieve virgen con auténtico placer.

Hace exactamente un año que el *Jasón* embocaba el canal de Beagle, con dos muchachos a bordo embriagados de felicidad, hacia la isla prometida.



ISABELLE AUTISSIER (París, 1956) es escritora y aventurera. Es célebre tanto por sus novelas como por ser la primera mujer en haber completado la vuelta al mundo en navegación en solitario (BOC Challenge 1991). En 1998, en medio de otra travesía en solitario, Autissier naufragó y fue rescatada en el Cabo de Hornos, una experiencia extrema que no hizo más que aumentar su interés por la Patagonia y su insólito paisaje.

Autissier también hace expediciones regulares a la Antártida y es, además, presidenta de la delegación francesa de la fundación encargada de la preservación del medio ambiente WWF.